BIBLIOTECA LATINA INTERNACIONAL

ZIG ZAG

POR

J. ZAHONERO

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martinez, núm. 1
1881

ZIG ZAG

J. ZAHONERO

ZIG ZAG

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martinez, núm. 1
1881

A Alberto Ramos en venganza del mal que hacen sus recetas, pero en tributo debido á su pluma debe evitarse que lea esto. José Zahonero

No te acobarde la idea de tu pequeñez ante la grandeza de las instituciones que trabajan el mundo; pues si cada grano de pólvora pensase que por lo poco que ha de contribuir á la descarga podría bien pasarse sin arder, ningun proyectil llegaría á su destino.

(LETAMENDI.—*Discursos.*)

AL LECTOR.

Bien puede creerse que un libro es algo más que un hombre, siquiera éste valga mucho más que un libro. El libro, ademas de ser invariable y ofrecer perpétuamente igual carácter, y de poder llegar á hacerse eterno, reune mayores y más distinguidas cualidades; es un hijo del que el hombre es madre, que puede perpetuar su especie, reproducirse y multiplicarse de un modo prodigioso; á todo esto añade una propiedad superior; el libro, sin dejar de pertenecer á su autor, es ó puede ser posesion de todos.

Somos de los que pensamos que no existen libros malos, áun apesar de exponernos con esta afirmacion á sérias censuras; con valor lo diremos, no hay malos libros ni áun el nuestro lo es.

¿Véis esa obra de mal trazado, desigual estilo, sin propósito en su fondo, sin luz ni belleza en su diccion, que lleva la firma de un desconocido autor que, exaltado por el deseo de nombre, por las aspiraciones de gloria, inesperto y con escasa cultura se lanza á conformar un libro? pues esa obra es, por lo ménos, el anuncio de un gran momento de progreso, del momento en que la aspiracion al desenvolvimiento intelectual forma una parte indispensable de la vida del individuo.

¿Qué no puede decirse hasta en defensa de los libros de moral sospechosa?

¿Podríase sin Ovidio conocer la relajacion de la Roma de los Césares? ¿Podríase sin el Arcipreste de Hita conocer la época del amancebamiento y del desórden eclesiásticos? Sin Bocaccio, ¿conoceríamos la degradacion florentina? Sin Louvet, ¿la corrupcion de fines del siglo XVIII? Sin Zola, ¿el pantano del imperio?

El libro no es obra del autor, es siempre reflejo de un accidente, de un momento, de un estado, de una cualidad circunstancial de la época en que fué escrita. Unos desde las alturas hácennos medir la extension de los cielos

ya teñidos por la risueña aurora, otros en lo más imperceptible denuncian lo insalubre de un lugar.

La ruda tarea periodística; las falsas enseñanzas recibidas; la natural impresionabilidad nerviosa; las contrariedades sufridas y las esperanzas no realizadas todo esto tiene que dejarse sentir en el libro, como la enfermedad del padre es heredada por el hijo; todo esto tiene que reflejarse en la obra. Todo esto se le ofrece al lector. El comienzo de un trabajo que sólo Dios sabe cómo terminará.

¿No véis esa negra oruga en el ángulo que forma la rama unida al tronco, como de éste á aquella tienda imperceptibles hilos? Por insignificante que sea su tarea, vuestra curiosidad excitada dedicará un momento de atencion á su trabajo: si cruelmente destruyérais su obra dejaría el gusano de labrar su capullo.

Todos los escritores, buenos ó malos, labran su capullo; unos mueren en él, otros escapan convertidos en séres alados: para unos su propio trabajo es una tumba, para otros la cuna en que se preparan á renacer en la inmortalidad. Pero, ¿puede haber nada más respetable

que ese paciente trabajo solitario de meditacion y de estudio?

Sea cualquiera el resultado, respetad los primeros momentos de trabajo.

Los trabajos todos en este libro incluídos, representan ó un dolor ó una esperanza en el principio de la carrera literaria. Algunos otros escritos, que hubieran podido con mayor motivo figurar en la coleccion, se han extraviado ó yacen olvidados en algunas redacciones de periódicos.

Adolecen nuestros trabajos de los defectos que resultan de la inexperencia, pero se han sentido en el alma; están en armonía con nuestra conciencia republicana.

El estudio, el alejamiento de los centros de corrupcion política, la vida entre el pueblo, la observacion educada y el sentimiento dirigido, y más que nada, la voluntad endurecida en un propósito firme, quizá hagan que podamos llanar en parte todo cuanto soñamos: ¡Trabajar para vencer!

Dichosos nosotros si podemos formar en las filas de esa valerosa falange, entusiasta por la idea de su siglo; entre esos jóvenes á los que nada acobarda, contra los cuales no hay cor-

rupcion posible, ni se doblegan á la violencia del tiempo actual.

Oscuros, desconocidos, reuniendo nuestros mal pergeñados trabajos, con sobrado candor é inexperiencia, defectuosos, queremos, ántes que nada, formar de los últimos al lado de esos jóvenes, algunos maestros ya, perdónense los primeros pasos en gracia á nuestro buen deseo y á nuestros mejores propósitos.

Artículos no bien acabados, cuentos mal dispuestos y un esbozo de novela, ofrecemos como para probar fortuna; nosotros enmendaremos nuestras faltas anteriores ante la suerte que nos quepa.

La crítica suma de opinion, fuerza que segun sea recibida puede ó ser utilizada ó no utilizada, nos amenaza.

Tengamos por lema el enérgico grito de desesperacion de los marinos; sepamos que todo primer libro es resultado de un sueño que provoca una audacia y ¡proa al huracan!

En cuanto al crítico ultramontano, viva bien entre el clérigo que quiera someter el sentimiento á la ordenanza del catecismo, y el pedagogo que con su programa quiere someter el pensamiento al patron ultramontano.

El culto lo dirije el corazon libremente; los conocimientos *se adquieren* no se *reciben*, y el literato se forma estudiando él mismo sus propios desaciertos.

EL AUTOR.

ARTÍCULOS Y CUENTOS.

GRANADA [1]

I.

Unid á los encantos de la luz los deleites del perfume, á la satisfaccion que produce la realidad las delicias del sueño; haced que el cielo presente su más esplendente fase y el suelo la más exuberante vegetacion: esto es Granada.

Todo el imponente fausto, todo el aparato, toda la soberbia exterioridad del poder y toda la tierna belleza, todo el encanto infantil de los jardines.

Lo más contradictorio reunido, lo más opuesto.

La torre guerrera y el kiosco del enamorado; mole pesada, maciza la una; sútil, airoso, ligero el otro; con estrechas ventanas aquélla por las que apénas penetra el sol, cubierto éste de follaje, por el cual entra la luz en mil rayos de oro; el ceñudo castillo desde cuyas almenas se lanza la muerte, y el palacio de artesonados

(1) Publicado en *El Constitucional* y en *La Revista Ilustrada*.

de encaje, donde la vista se deleita, y por cuyos dibujos el pensamiento cruza evocando un recuerdo, ó en el delirante sueño de esperanza, como si de la espectacion de una nube tempestuosa que os aterra y en cuyo seno palpita el rayo pasárais á la contemplacion de una noche serena y estrellada, en cuyo fondo halláis el éxtasis.

El habitante de toda ciudad necesita alejarse de ella, preparar una excursion el domingo, si quiere salir al campo, si se halla ávido de aire puro, de luz dorada, de ambiente perfumado.

El ciudadano de Granada encuentra esto al término de cualquier calle y áun dentro de la misma ciudad.

La casa que no tiene jardin, tiene macetas en su patio; la que carece de éste, bordea de flores sus ventanas.

No se sabe dónde empieza la libre naturaleza y dónde termina la ciudad.

La calle de Elvira da en el paseo de Triunfo, la del Dauro en el paseo de los Tristes, la de los Reyes Católicos en la Carrera de Genil, y ésta en la Bomba; la empinada cuesta de Goméles prepara á su término una de las más profundas sorpresas, sorpresa que ha hecho que Francy llame á esta penosa subida, «camino de la virtud;» al atravesar aquella puerta morisca, rojiza y pequeña, surge á vuestros atónitos ojos el bosque de la Alhambra, bosque espléndido, fantástico, entrada del Eden; bosque igual á esos sombríos llenos de rumores desconocidos y laberínticos senderos que sueña el lápiz de Gustavo Doré.

La ciudad se halla desparramada en aquel Eden; sus casas, de construccion castellana, de construccion francesa ó de estilo morisco; las iglesias de Herrera, las dormidas mezquitas de estilo andaluz; toda esta extraña

agrupacion rodea la Alhambra y es á su vez cercada por la vega.

Babilonia asentada en el Paraíso.

Hay allí una alegría eterna; parece que en el cielo os sonríe una mujer amada, y que por las calles de árboles váis á emprender una carrera tras de un niño que os es querido.

En las encrucijadas se han puesto querubes sonrientes y maliciosos para, cuando paséis, cubriros de flores. Así se explican los bruscos cambios de decoracion.

Un poder inteligente y tierno dispone aquellas sorpresas.

II.

La naturaleza parece que ha tenido conciencia de lo que hacía; ha sido artista, y el artista ha llegado hasta donde se puede llegar, hasta ponerse en relacion con la naturaleza.

Las grandes alturas, los valles extensos forman los más grandes contrastes; por ellos la superficie del globo presenta los puntos más luminosos y proyecta las sombras más dilatadas; de ellos arrancan las tintas oscuras y brillantes que dan mayor vigor y entonacion enérgica al cuadro grandioso del Universo.

Granada vése cercada por las montañas más altas de la Península, al pié de las cuales desarróllanse los valles más deliciosos del mundo.

Los detalles que llenan este cuadro están teñidos de un encanto é iluminados por una magia incomparables.

Bosques, jardines, prados, vegas deliciosas, laberintos de flores, como si el suelo quisiera en su modesta belleza copiar los planos misteriosos que en líneas de

soles presenta el espacio ilimitado. Y allí, en medio del Eden, la más ideal de las obras de arte, copiando la gigantez y aspereza de las sierras, las rejas macizas, torres de la Alhambra, sobre las cuales brillaron las armaduras, como sobre la roja sierra las nieves de Huley-Hasen reflejan la luz solar.

Las columnas del palacio, esbeltas y sutiles, semejan el trono gallardo y airoso de la palmera; el rico bordado de los techos, tan confuso como el juego de las ramas y las flores entrelazadas, tan extenso como la enredadera que se pierde á vuestros ojos en espirales elegantes.

Labores de colores múltiples, variados, desde el dulce morado y bello azul de la campanilla silvestre hasta el carmin de las rosas, el fuego de la clavellina y el blanco-plata de la azucena.

Delicadeza y gracia en el colorido, magnificencia en el decorado, dulzura y majestad en el trabajo.

¡Misteriosa creacion!

Algunos de aquellos dibujos son inscripciones; aquellos trazados están llenos de armonía. ¡Son alabanzas al Todopoderoso!

Al dirigir la vista por todas partes, siente uno el pesar de no poder leer en aquella belleza; el mismo pesar que el misterio de los astros os produce en el firmamento: hay caractéres indescifrables; el creyente sólo lee en ellos.

En una de las puertas está escrito con caractéres cúficos: «Felicidad.»

Aben-Alhamar había tomado en anticipo el cielo prometido.

Mirando despues las covachas que se hunden en la tierra, viendo los barrios miserables, se hace irónica la inscripcion y olvida uno á Epicuro, que es la desigualdad, por Jesus, que es el amor.

Torrentes de luz, que la refraccion que produce Muley-Hasen aumenta, inundan aquella comarca.

Y á la accion de esta poderosa luz preséntase el grandioso panorama: rodeada por sus bosques, álzase imponente la Alhambra con sus cien torres de color de fuego; bajo ésta la ciudad, con sus dos cintas de plata, el Dauro y el Genil, sus casas blancas, sus palacios suntuosos, sus jardines, las plazas de las zambras y los torneos, las calles tortuosas, los barrios moriscos, los templos cristianos; despues de todo esto, la vega donde se halla el Soto de Roma, fértil, de imperiosa vegetacion, regalo hecho á Wellington por las Córtes de 1813, que recuerda la quinta dada por Siracusa á Timoleon, su libertador, y cercando este cuadro las lontananzas de las sierras azuladas, indecisas, extendidas como murallas que ocultan el más bello lugar del orbe.

La ciudad escogida de Fátima, con las montañas más altas, los jardines más hermosos, el aire más puro de España.

El Dauro y el Genil hicieron exclamar á un reverendísimo: «¡Dos ríos, dos ménos que el Paraíso terrenal! ¡Por algo había de valer este lugar ménos que el Eden verdadero!»

III.

En Granada se ha verificado la conjuncion de dos ideales: el ideal que conduce á la posesion del bien terrestre y el que guía á la perfeccion celestial; el epicureismo damasquino y el estoicismo cristiano.

Hay edenes, como Generalife, donde gozar, y puntos sombríos como el Paseo de los Tristes donde podéis realizar ese trabajo grave, tranquilo, ascético, cristiano: la meditacion.

El primero de estos lugares es, y os brinda la vida, segun la comprendieron los moros; el otro el valle de destierro, donde contrito ora el nazareno.

Parece que allí se han hallado á gozar de la misericordia divina á un mismo tiempo el creyente que cree y goza, y el creyente que cree y llora.

El que piensa que la tierra es la antesala del cielo, y el que considera el mundo, la vida y la naturaleza como tentaciones que pueden alejarnos de la mansion de los justos.

El que en el destino humano ve la ley divina, y el que tiembla ante la terrible justicia del Eterno.

El uno tiene una carta en su viaje por la tierra: el camino del Eden está cubierto de flores, piensa el mahometano; la senda que conduce al cielo se halla sembrada de espinas, piensa el nazareno.

Aquél ha restablecido el culto á la naturaleza al hacerla altar de la vida; el otro la naturaleza del culto, convirtiéndole en el más grave trabajo del espíritu.

Y ambos, sin embargo, son culpables de un mismo error, el error que engendra el fanatismo, y de un grave delito que da orígen á la tiranía.

De ahí el harén, esė lupanar-palacio, y el santo tribunal, ese abismo.

IV.

Pero sobre ambos hállase ese supremo ideal conquistado por la fé, la filosofía y la revolucion; ni hemos sido creados para gozar únicamente, ni nos hallamos condenados á llorar tan sólo. La vida es trabajar.

Debemos decirlo, aunque introduzcamos reflexiones de cierta índole en este capítulo, y aunque nos veamos obligados á emplear un dicho harto comun.

Al musulman que goza y al nazareno que llora, contesta el profundo sentido del pueblo: «A Dios rogando y con el mazo dando.»

El trabajo, pensamos, nos es el empleo de una facultad única: siendo el medio de perfeccion, y consistiendo ésta en la armonía, armónico debe ser el desenvolvimiento de la incansable actividad.

Bajo Granada la rica, la hermosa, la predilecta, yacía Granada la fétida, es decir, el pueblo miserable.

En nombre de la redencion y de la libertad cristianas gemían las víctimas en el potro, atadas á la rueda, sumidas en los *Impace*, retorciéndose en la hoguera.

Pero la justicia suprema hácese visible con el curso de los tiempos.

Las ricas estaciones de la Alhambra, inhabitadas, vénse á un lado; los claustros de la Cartuja, inhabitados, vénse al otro, ambos mereciendo la compasion y suscitando las reflexiones del pensador.

Y en tanto, en la ciudad sibarita y en la ciudad penitente desarróllanse fuerzas que enaltecen al pueblo, elévanle á la realizacion de sus altos fines, conquistan para él los beneficios que atesoraban sus señores, quítanle la supersticion con que le atormentaron los frailes, y trayéndole á la plenitud de la vida moderna, le hacen partícipe de las grandes conquistas del libre pensamiento.

¡Todos los cultos al amparo de la ley, los derechos todos reconocidos!.... Generalife, mansion de príncipes, lleno de surtidores, de sicomoros, de adelfas, de palmas, de limoneros y naranjos, impregnado del sensual perfume del azahar, parece el paraíso prometido por el profeta de Medina..... convertido en escuela Froebel: es un paraíso cristiano; le ha conquistado Jesus para los niños.

V.

¡Si enumerar pudiéramos todo lo que allí, en Granada, se encierra!

Es tanto como querer contar los astros.

El astrónomo sólo marca la direccion de la Vía Láctea, donde engarzados se hallan los soles de nuestro sistema planetario.

No hemos intentado sinó referir al ideal hermoso, surco de luz, las bellezas de Granada.

¡Granada! Allí, en aquellas barbacanas y aquellos ajimeces, los soldados guardaban el placer de su señor y las esclavas esperaban la llegada de su tirano para rendirle en holocausto la más bella y preciada de las flores, más bella aún que las que guarda Generalife.

Allí, en aquellos claustros, sórdido el fanatismo, esclavizaba al hombre en su pensamiento y apartaba á la mujer de la vida de la naturaleza.

Digamos, como los árabes, *¡adios!* á la antigua Granada, taza de esmeraldas, cofre de marfil para guardar sublimes recuerdos, arca de tesoro.... ¡Queda á Dios, espléndido y generoso en flores río Genil!... Y tú, Dauro avaro, que como el usurero guardas tu oro en tu cieno... Adios, Granada: pasaron las zambras y las cañas, los regocijos y las guerras para no volver.

No harán tus reyes cómplice á Dios de sus rapiñas ni de su sensualismo.

Ni tus frailes le harán cómplice de su fanatismo.

Granada renace; de su pasado queda un vestigio; su porvenir es inmenso.

Su porvenir es el progreso.

Tal es el bien que se oculta en el término de las cosas.

EL PRIMER DUELO

—Hija mía, ¿por qué lloras?
—He subido al torreon
Y no encontré mi paloma,
Bajé al jardin y en monton
Ví plumas blancas y rojas.

EL CANDOMBE

UN RECUERDO DEL SUR AMÉRICA

I.

Todo pueblo tiene hogar, templo y baile, dijo un escritor.

Ese tierno grupo, formado por la reunion del padre, la madre y los hijos bajo la techumbre de paja de la cabaña, tan dulce copia del nido de las aves, es el orígen de la sociedad.

Y ese ídolo informe, toscamente modelado en la piedra ó en el tronco del árbol es el nacimiento de la más grande de las aspiraciones humanas: la aspiracion hácia lo desconocido.

Cubre el hombre su primera necesidad, dirige á lo infinito su primera interrogacion, y siente en sí mismo la altiva tendencia á imitar: de aquí la música y el baile.

El vertiginoso movimiento que el huracan presta á las secas hojas arrastradas en remolino, el hondo rugir del Océano, el incesante y armonioso eco de las cataratas plateadas, el vuelo y el canto de los pájaros que se persiguen amorosos dan la idea del canto y del compas.

Acelera, midiéndolas, el corazon la vida pasional; ábrense al puro aire los pulmones, y al mirar los ojos embebecidos la esplendorosa luz, un grito de alegría arranca del pecho y llena el espacio.

El hombre libre es dichoso; toma parte en el concierto de la naturaleza; mide cadenciosamente sus horas felices.

Este canto se halla cerrado por dos notas tristes: el primer llanto y el ¡ay! último del trágico estertor mortal.

Esto en cuanto al baile.

En cuanto al hogar dirémos, que si el hogar es como la cabaña del gaucho, ó la madriguera del lapon, hundida en la tierra como la guarida del topo; si en su construccion preside, más que la direccion del arquitecto, el gusto del castor ó la forma de la colmena, bien sólo sean algunas ramas para librar del sol, y un hoyo en la tierra para preservarse de los hielos, podrémos acusar la falta de cultura y de progreso, mas no negarnos á reconocer en ambas fábricas el orígen del hogar, de ese hogar confortable, segun los ingleses, deleitoso, segun el árabe, fresco, segun el andaluz, lujoso, segun el francés.

En el templo ha sido anterior el ídolo á la imágen.

El culto tambien ha tenido un humilde y oscuro orígen.

El ídolo del indio es el dios horrible, es el bestia-dios, el mónstruo mostrando su negra boca en todos los abismos, llenando de veneno el diente del insecto, de odio

la garra de la fiera, de saña el pico del ave, de supersticioso temor el corazon humano, de sombras profundas el espíritu; pero este odioso dios, al que se le dirige en el paganismo el nombre de furia y se le adula llamándole pío, bueno, magnánimo, es el dios primero de todos los pueblos.

Esta hidra de los tiempos pasados se ha ahuyentado ante la luz clara y eterna que brotó de las llagas de un Dios mártir, y de aquí hemos llegado al inquirir altivo de la filosofía.

En lo que se refiere al baile, muy diversas consideraciones pudiéramos apuntar, y á este propósito intentamos referir un espectáculo que llenó de amargura nuestro corazon y llamó sérias reflexiones á nuestra mente.

II.

Hace pocos años nuestras desventuras condujéronnos á la América del Sur, y de ésta á la bella capital de la República del Uruguay, á la libre ciudad de la region oriental, á la patria del culto é ingenioso Magariños Cervantes y del valeroso Flores.

Presentados al Sr. Bauzá, distinguido escritor, político honrado y hombre de notables condiciones para el trato social, fuímos puestos en relacion con M. A. de T., corresponsal de una casa francesa.

Una tarde, M. A. de T. y el que escribe estas líneas caminaban por la calle del 18 de Julio, ancha y hermosa avenida que recuerda, por su empedrado y lo espacioso de sus aceras, un boulevard parisien, y por la construccion de las casas el Meeting Street de Charleston, dirigiéndose á una glorieta que se halla al final, y donde se eleva esbelta, aérea, elegante y altiva una hermosa co-

lumna, sobre la cual está la deidad americana, la diosa del Nuevo Continente, la amada de Washington, la conquista de los treinta y tres orientales, el imposible para Europa, la realidad del Nuevo Mundo: la estátua de la Libertad.

¡Ah! nos decía M. A. de T., he visto el Panteon, el Arco de la Estrella, la columna de Vendômen, el Vaticano; nada me conmueve como esta linda figura sobre un monumento sencillo, á cuyo pié juegan los niños, alrededor del cual se abren todos los templos y trabajan todos los hombres.

Mil serias reflexiones nos preocuparon á nosotros viejos europeos y locos amantes de la libertad, «hija del Evangelio, hermana de la Justicia y compañera de la Verdad,» como la llama Laboulaye.

¡Cuán calumniados son estos pueblos por los aventureros y los malignos! ¡no quieren fijarse en que, nacidos ayer, son positivamente más libres y más felices que sus venerables y presuntuosos padres del viejo continente! Para probar esta verdad, á que habíamos llegado en el curso de nuestras reflexiones, M. A. de T. y el que esto escribe fueron invitados por Wierbon á presenciar un Candombe.

III.

El Candombe es el baile infernal, llamado por Saiz el derecho del pataleo; en efecto, el último derecho del condenado, retorcerse en su dolor, amoldarse á la espiral de la llama.

Este baile ha desaparecido, creemos, por completo con la esclavitud.

Da una idea de lo que estos pueblos han sido, lejanas

y oscuras lontananzas de una region tétrica que á sus espaldas ha dejado este vigoroso y jóven pueblo oriental, tan amante de la libertad, tan bien dispuesto para el progreso.

Pero allá se ven aún las excrescencias de las montañas que han atravesado; allí quedan la esclavitud, la ignorancia, la pereza y el fanatismo, la danza avérnica: el Candombe.

Cuando el baile sometido á una dulcísima música expresa la gracia mímica y la ligereza voluptuosa del andaluz, la enérgica franqueza del aragonés, la libre entereza y melódica expresion del zorzico euskaro ó la idílica ternura de la gaita y la inocente travesura de la seguidilla, preséntase á los ojos un pueblo de grandes sentimientos, de independencia en su vida, de libertad en sus acciones, de altas miras y escogido gusto.

¡Ah! pero cuando en una barraca, donde apénas puede por el hedor respirarse, vense congregados negros y negras, casi desnudos, agitándose en convulsiones violentas, se padece profundamente, se presencia la danza del esclavo.

Una mecha pendiente del techo comunica al recinto una luz rojiza, de la que brotan nubes de espeso humo. Óyese un chasquido particular que no puede adivinarse de dónde parte, producido por una violenta sacudida que dan ó sus lenguas en la parte superior del paladar algunos negros; el choque de algunas piedras y el estridente sonido del trapecio de huesos, esa lira del infierno que, pendiente del cuello, cae sobre el negro pecho de modo que parece que el Orfeo del abismo ha hecho estrellar su tórax, saca sus costillas y rasca su propio esqueleto..... ¡horroroso estruendo!

Óyese la monotonía de los ruídos inanimados, incesante, igual, incómoda y formidable.

Y luégo vése avanzar una fila de negros por un lado, otra de negras por el opuesto, con los hombros levantados ¡corcovados! el cuerpo recogido ¡contra-hechos! el paso desigual ¡cojos! los ojos medio velados ¡ciegos!

Parece que á las gracias opone el infierno el cinismo de un mónstruo burlando las danzas olímpicas, oponiendo con descoco á la esbeltez su horrible deformidad.

Abren hasta el terror los ojos y los cierran como en la muerte; hinchan sus carrillos, dilatan y encogen los labios, imitando desde el hozar del cerdo hasta el amenazador abrir de boca de la pantera.

La horrible frivolidad del tití, ese reverso del querube, la hedionda lascivia del perro, la sórdida crueldad del gato, toda la oscura é inocente perversidad, la bestia: ese es el esclavo.

El movimiento se hace cada vez más violento; más que un baile parece una lucha; se buscan, se miran con una lascivia tan enérgica en su expresion como el hambre.

Véis agitarse y moverse aquellas criaturas... apartáis horrorizados la vista; el baile se precipita, se acelera, hácese vertiginoso y llega á un punto tal que en el fondo de vuestro corazon sentís deseos de extender las manos, coger alguno de aquellos infortunados y decir: «hermano mio, te amo, regenérate.»

Lo horrible inspira lo sublime.

Este baile es la epilepsia del esclavo.

Recuerda uno aquellas palabras del Galileo, hablando de la condenacion: «Allí será el temblar y el crujir de dientes.»

Durante mucho tiempo no se aparta de vosotros tan trágico recuerdo.

Y recordáis que en las épocas de esclavitud y decadencia políticas aparecen en las naciones danzas tan

degradantes, si bien ménos horribles que el Candombe.

Recordamos el *can-can* del imperio.

IV.

Poco tiempo despues asistimos al Club Libertad.

Una sociedad escogida y distinguida llenaba el salon; las lindas montevideanas hermoseaban aquel lugar.

La cortesanía, la cultura más exquisita, esa tranquila franqueza y suave seriedad de la sociedad americana nos ofrecieron sus encantos.

Vimos á una bella señorita entablar una discusion para evitar que un galan cortara una flor, ¡estaba tan lozana, tan fresca en su tallo! ¡Qué contraste!... Al recordar el Candombe, nosotros pensábamos: «aquellos negros y estas señoras son nuestros hermanos; lloremos por aquéllos y sintamos placer por la felicidad de éstas.»

¡El Candombe ya no se baila en Montevideo!

Pasó la barbarie, se extinguió la esclavitud; hoy, con la risa en los labios, miramos al pueblo gozando cultamente y al pobre negro en el regazo del pueblo.

Un negro, hombre libre, metodista de religion, contribuyente á una asociacion vecinal para la enseñanza, elector y elegible, que concurría allí durante las sesiones del Club Universitario, me decía:

—Ya cantamos de un modo distinto; hé aquí nuestra cancion:

> Orientales, la patria ó la tumba;
> Libertad, ó con gloria morir,
> Es el grito que el alma pronuncia
> Y que todos sabrémos cumplir.

Era el himno nacional.

¡Oh progreso, maná de los cielos!

SARAGUETE DE LOS RATONES.

I.

¡Vaya una despensa que habitaba, no hace mucho, una familia de ratones!

De Jauja puede uno reirse pensando en tan provisto lugar; allí había perniles, chorizos y uvas pendientes del techo; grandes cajas de jalea, un número prodigioso de quesos manchegos, y galletas, y pastas que no había más que pedir.

Formadas en hilera, lustrosas y relucientes, veíase un batallon de botellas, con morriones plateados las del Champagne, etiquetas doradas y elegantes por bandas y petos, con monteras de oro las que contenían vinos generosos, y bonetes encarnados las del vino de mesa; y tan soberbia legion parecía por su esbelta presencia dispuesta á llevar á cabo los más gloriosos finales de un banquete.

Con decir que en aquella despensa no faltaba ni mazapan, ni turron, que había sacas de azúcar, y de vez en

cuando se guardaban en ella algun que otro pastelon, hemos dicho lo bastante para comprender la sabiduría que el viejo patriarca de una familia de ratones tuvo al elegir por morada lugar de tanta abundancia y riqueza tanta.

Sí, señor; allí se habían bonitamente colado, abriendo un agujerito por detras de una panzuda olla de manteca, toda una familia de ratones, padre, madre, hijos y parientes políticos.

El lugar era á propósito; pintábase en el suelo de la semi-oscura despensa un disco de luz que parecía una luna llena; pero sí que los ratones eran tontos; desde luego comprendieron que aquel redondel luminoso no era, ni mucho ménos, la luna, sinó la luz que penetraba por una gatera; ergo había gato en la casa; de aquí la necesidad de andarse con precaucion.

¡Qué fortuna haber hallado lugar tan espléndido! No carecía de peligros; pero, ¿qué riqueza se encuentra sin graves riegos? ¿qué tesoro sin miedo y sobresaltos?

El viejo raton lo inspeccionó todo ántes de permitir que salieran á recorrer sus posesiones su codiciosa familia.

—¡Precaucion, hijitos, mucha precaucion; hay gatera; puede existir sin que exista gato en la casa; yo, en mi larga vida, he observado esto; pero difícil es que nuestro enemigo, adulador y egoista, no haya encontrado colocacion en casa de tanta abundancia; bueno es él para vivir alejado de donde se coma bien y se viva descansado.

La madre pasaba su hocico temblorosa por el hociquito de sus hijuelos pequeños que la estrechaban. Una vez se había hallado ella delante de un horrible gato, del cual milagrosamente había podido escapar, y el recuerdo la aterraba.

Prudentes y precavidos anduvieron los primeros días; no se atrevían á recoger sinó miguitas, ni á roer sinó cortezas; recogíanse temprano, y en cuanto sentían el más leve ruído huían despavoridos.

Al cabo de algunos días pasóseles el miedo; la puerta de la despensa se abría de tarde en tarde; el gato ni por curiosidad había penetrado, de lo cual se dedujo que no debía existir gato alguno en la casa; no tenían vecindad; solamente allá, en el techo, una miserable araña vivía preocupada en su telar, sin apercibirse siquiera de la presencia de los ratones, y todo esto, unido á la codicia que despertaba la riqueza de aquel lugar, les hizo pronto olvidar sus primeros temores.

¡Qué vida se dieron! Apénas podían moverse de gordos; corrían y danzaban llenos de alegría, y estaban del mejor humor posible.

Ya por fin pensaron en lo que suelen pensar todos los poderosos: en hacer ostentacion de sus riquezas y gozar provocando la admiracion de los demas.

—Es preciso dar un sarao; invitaremos á Roe-cuero y á su familia, á Tritura-grano y la suya, á todos nuestros vecinos del sótano y, en fin, tú formarás la lista,—dijo el viejo raton á su compañera.

—Corriente,—contestó la ratoncita;—pero ántes debemos hacer un ensayo, no sea que pasemos por ratones de poco trato; esta despensa nos es conocida; pero debemos ántes disponer todo de manera que comprendan nuestros convidados que sabemos disponer un banquete.

—Yo,—dijo un ratoncito de la familia,—tengo un talento privilegiado para descubrir el dulce; ya me sé yo dónde hay unas excelentes cajas que manducar.

—Yo distingo las especies de quesos, y no se servirá sinó el más delicado,—añadió un segundo raton.

—Pues lo que es á mí nadie me gana á horadar un saco y hacer que de él caiga un chorrito de azúcar de modo que parezca nuestro banquete fiesta de príncipes donde se dejaran correr fuentes de leche.

Cada uno fué dando pruebas de su talento y ofreciendo para la fiesta su especial inteligencia ratonil.

—Perfectamente,—añadió uno;—todo estará muy bien; pero sería conveniente que en una reunion de familia, á manera de ensayo, simuláramos el baile y el convite, teniendo entre nosotros al sabio Roe-libros, aquel raton que no podíamos entender, que nos hablaba de golosinas desconocidas, y que toda su vida la ha pasado comiendo sabiduría.

—Sea,—dijeron casi todos.

Uno solamente, moviendo el hocico de un modo particular, atrevióse á rechazar la idea.

—Un raton fino,—decía él,—se sabe mejor que otro alguno proporcionar por sí mismo su alimento y librarse de los peligros. ¿Qué hay mejor que nuestros dientes para distinguir lo bueno de lo malo?

Decidieron, no obstante, llamar á Roe-libros, y hé aquí que á poco estaba entre ellos un raton flaco, de ojos envidiosos é hipócritas, receloso en su mirar y tardo en su paso.

—No huele aquí muy bien,—dijo al entrar;—pocos papeles se hallarán en este lugar.

¡Ah pobres ratoncitos! ¿á qué se atrevían? ¿á celebrar una fiesta? ¿No les quedaba nada que oir de boca del sabio? ¿Tenían buenos tomos? ¿Había algun Plutarco en pergamino? ¿Qué repuesto de cola y engrudo había en su despensa? A él nada podía asombrarle; había roído á Ciceron, Séneca, las Pandectas, y se estaba merendando un Quinto Curcio de lo más sabroso.

Bendito Dios, y qué á oscuras se quedaban los pobres

ratoncitos oyendo á Roe-libros; en vano le mostraron del mejor queso, del más delicado azúcar, del más rico tocino pociones que bastaran á satisfacer al raton más hambriento.

¡Ah, lo que es la sabiduría! A Roe-libros nada le complacía, y el saraguete dado en su honor parecíale del peor gusto.

No se fijaban; tal era su sencillez y su modestia, en que aquel raton tenía el gusto poco educado y acostumbrado tan sólo al papel, al engrudo y á la cola.

Así es que no se atrevía el ratoncito hábil para descubrir el dulce á lucir su habilidad, ni los demas intentaron lucir las suyas.

Nada, absolutamente, le agradó; seguía pronunciando nombres de alimentos raros y dándose tono de crítico y censurando cuanto intentaban en su honor hacer los amables individuos de aquella distinguida familia.

Muy descuidados se hallaban oyendo al crítico, cuando por la gatera arrojaron al fondo de la despensa un envoltorio de papel. Asustóles el ruído; mas pronto se apercibieron de que no era otra cosa que una nueva golosina.

—¡Papel!—dijo el sabio.

Y se arrojó al envoltorio.

No bien muerde un trozo, cuando se extremece, se hincha su barriga, y cae muerto con dolorosas convulsiones. Estaba el papel polvoreado de arsénico.

Huyeron despavoridos los demas ratoncitos, diciendo:

—¡Diablo! ¡Si éste es el único alimento apetecible y el único por él conocido, puedo reirme de la ciencia del pobre Roe-libros!

¡A qué peligros no se vieron despues expuestos! Pero su instinto les hizo desconfiar de los papeles y de todo;

diéronse una buena vida obrando con prudencia y no atendiendo sinó á los consejos que les daba la sabia experiencia.

En el trozo de periódico que envenenó á Roe-libros se leía el título de un artículo que decía en letras gordas: *Dedicado á un crítico.*

---

* * * *

Nace en dorada nobiliaria cuna,
(Hay un blanson ilustre en sus pañales),
Crece robusto, sin molestia alguna,
Empieza andar, aprende las vocales,
Y, jóven ya, malgasta su fortuna
Con lacayos, rameras y animales.
Tiene fuerza bestial, ciencia ninguna,
Y es sordo siempre á los agenos males.
Aunque él, por privilegio, no hace nada,
Alcanza en el boxar fama notoria
Y es su destreza suma celebrada;
Logra de lidiador la justa gloria
En una aristocrática torada.
¡Oh, cuánto de él nos hablará la historia!

EMILIO ZOLA (1)

L'ASSOMMOIR

IMPRESIONES DE LECTOR APUNTADAS A VUELA-PLUMA.

A MI QUERIDO COMPAÑERO N. AMOROS

(¿Cómo? ¿No ha de haber críticos? No. ¿Ni ha de haber censura? Tampoco. ¿Tiene explicacion todo? Sí.—*William.* —*Shakespeare.—Victor Hugo.)*

I.

EL LECTOR Y EL CRÍTICO.

No intentamos formular un juício crítico; es superior á nuestras fuerzas é inferior á nuestros sentimientos; hemos formado en los años de nuestra vida, y durante el curso de nuestros humildes estudios, una opinion acerca de la crítica, que no por apartarse de lo que en

(1) No teníamos periódico donde publicar el presente artículo, y se nos concedieron las columnas de *La Union*. Vió la luz en esta publicacion, seguido de esta nota:
«Insertamos con gusto este trabajo con que nos ha favorecido el Sr. Zahonero, pero sin aceptar todas y cada una de las ideas que

este punto piensan la generalidad de los escritores hemos de pasar en silencio.

Cuando la crítica en general señala decadencia ó degradacion; cuando denuncia la falsa literatura oficial, tan amanerada como poco espontánea; cuando intenta librar al pensamiento de la inquisicion del poder y de la corrupcion al gusto, la crítica es útil cual todo medio de protesta empleado en los tiempos de infortunio para el arte y la libertad.

Frente al polizonte que secuestra, al fiscal que denuncia y al obispo que maldice, el caricaturista y el crítico.

Pero cuando el crítico es polizonte á su vez; cuando la envidia le inspira; cuando se ceba en el que libremente piensa y valerosamente dice; cuando se ensaña en el pobre desconocido escritor y olvida los grandes sacrílegos del arte, los grandes falsarios y áun los adula y sonríe, el crítico es un pobre diablo que tiene hambre.

De todos modos, el crítico, como dice Teófilo Gautier, es el eunuco del arte.

Quema incienso al éxito; si puede empañarle con su incienso, lo hace.

En cuanto al pobre escritor que alza cobarde y tardo su vuelo primero, ¡oh! á ese le aguarda la zarpada del crítico.

El crítico, que denuncia lo malo, puede ser inocente: en su propósito supone que el público, que el gran público no percibe, juzga y sentencia.

El crítico que, elevado en su trípode, es injusto, no

---

expone. En este caso, como en todos aquellos en que tratamos asuntos literarios, científicos, y en general cualesquiera otros no enlazados íntima y directamente con nuestra política, dejamos toda la responsabilidad de lo que en los artículos se sostenga al autor de los mismos artículos, lleven éstos su firma ó no la lleven.»

hace sinó provocar la risa espontánea, desatada de la opinion.

Un escritor, hablando de Víctor Hugo, nos ha hecho reir, como nos hacen reir Zóilo, Avellaneda ó Trublet.

El buen señor, á que nos referimos, *concede ingenio* al primer poeta de nuestro siglo; pero el libro Fantina es *anti-social y extravagante. ¿Risum teneatis?*

Sobre el crítico pedante, desfacedor de entuertos, crisol por el cual todo pasa para purificarse y limpiarse, «visto bueno» de un lindo y ligero juez que hace frases con el apellido del autor, y si se llama éste Voltaire, dirá, con el P. Valcárcel, Voltereta por el aire; y si se llama Perez, dice el *señor de Perez,* y habla de si el autor es gordo, flaco, soltero ó viudo y otras gentilezas: por cima del júicio de éste está el lector.

El lector siente y piensa; toma el libro, recorre ávidamente sus páginas; se entristece, si el libro presenta pasajes tristes; sonrie al festivo giro del alegre autor, y da al libro los latidos de su corazon emocionado y el júicio de su grave pensamiento.

Ve lo que el crítico no puede ver.

El crítico es miope: tiene que acercar mucho el libro á su cara, y sólo ve detalles.

Su júicio de investigacion es peregrino por demás.

Un crítico ve la descripcion de las luchas entre güelfos y gibelinos en la comedia del Dante; otro en el pasaje en que D. Quijote deshace la procesion y da al traste con las imágenes, ve una clara manifestacion de protestantismo.

Se mira un nombre escrito en el muro, y el crítico escribe: «Los nombres de los nécios están escritos en las paredes;» pero un desconocido, incomodado, añade por bajo: «cuando uno escribe estas sentencias las firma.»

«Aprenda ese autor á escribir, ese autor zopenco, ese ganso, ese atun, ese autor hipopótamo, aprenda.»

Y el aludido contesta: «¿en tu elegante y culto estilo?»

El lector se conmueve leyendo *L'Assommoir;* el crítico insulta á Zola.

¿Qué es *L'Assommoir*? «Es el pueblo decadente del imperio. La falta de ideales produce esta degradacion.»

Cuando se teme á un pueblo se le narcotiza; de aquí los circos romanos, de aquí ¡pan y toros! de aquí el can-can.

Leed *L'Assommoir* y pensaréis en la antigua reclamacion que la miseria formula: ¡luz! gritaréis sumidos en el fondo de ese abismo.

¿Quién es, pues, Zola? Un gran artista.

Repetimos que nuestro propósito no es otro que el de presentar las ideas que un libro extraordinario nos ha inspirado.

II.

LA IDOLATRÍA.

> Tanta la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera; y tanto más agrada, cuanto tiene más de lo dudoso y posible.—(*Cervantes.*)

Haced de oro el cayado, armiño la pellica, de plata la sandalia, de diamantes las lágrimas, ¿qué queda del buen pastor?

Un dige.

No se olvide nunca toda la verdad cruel del martirio; Apolo con su lira no conmueve como Jesús en su cruz.

Y es que el primero es un adolescente cualquiera, bien

formado y hermoso; es la realidad hecha dios fabuloso: y el segundo es la divinidad humanizada, hecha hombre Dios.

El primero recibe culto en el olimpo de los Césares, y el segundo adoracion en el cielo de los mártires.

¿Qué haréis al presentar dorado, purpurado, adornado al mártir del Gólgota?

Una idolatría quizá; pero verdaderamente una mentira.

Presentad fielmente la imágen, pero derrocad el ídolo.

De otro modo se falsea la historía.

El arte todo lo ilumina, porque el arte es una fase de la verdad.

Cuando todo es indeciso, la luz que ténuemente aparece, roba á las sombras no más que los vagos delineamientos de los objetos; este momento es el momento del crepúsculo.

El arte tambien ha tenido momentos crepusculares; jugaba con la fábula como hoy sueña con la hipótesis.

Sólo que la fábula señala el tiempo, durante el cual el mundo lentamente se iluminaba, y la hipótesis determina la hora en la que el mundo despide su luz hácia lo desconocido.

Ftá y Vénus, Loki y Ceres, Fudo y la Salamandra, Júpiter en su trono de rayo, Buda de cuclillas en lo infinito; el dios imbecil, representando la fatalidad ciega, y el Ftá egipcio ordenador y sábio; Alá, el dios imposible de definir y representar con formas sensibles, y Puster, dios del tamaño de una pulgada; Loke y Satanás, las furias de cabellera tumultuosa y oscura como las columnas de negro humo que se escapan del volcan; las gracias recordando en su sonrisa el feston de espuma del que nació su diosa; los silvios poblando los aires, y en ellos lanzando su extridente canto; los gnomos en las montañas

de la tierra, duros ó inmóviles como rocas, siendo quizá las rocas mismas; las ondinas en su movible lecho de olas, con su cinturon de algas, siendo las olas mismas; la Salamandra en la llama, siendo la llama misma.

Crepúsculo matinal del arte.

Diríamos que el hombre abría sus ojos á la vida y confundíalo todo la luz crepuscular.

No es bello lo indeciso, por lo que las sombras borran, por lo que la luz denuncia.

Así como forjaba la fábula, desconociendo el mundo, hoy crea la hipótesis para conocer el más allá.

Pero la fábula es innecesaria; hoy la verdad se aprecia: ¿quién con ella en hermosura puede competir?

En la hipótesis hay más fondo de verdad que en la fábula.

Esta surgió de las sensaciones, aquélla es una interrogacion que parte del raciocinio; era ésta el último punto sombrío de la noche; es aquélla, sin duda, el primer destello de un nuevo despertar.

Pero entre aquel momento de la vida del pensamiento humano y éste, hay una gran obra: la conquista de la verdad.

El cristianismo supone el fin de todas las aberraciones; á la montaña Dios, el torrente Dios, los elementos Dios, sucédese la verdad: el fin de la idolatría.

En el último extremo en que el hombre puede aparecer, en el suplicio, surge el hombre Dios.

Niguna aureola le circunda, ningun trono le sustenta; descarnado yace protestando contra la injusticia; esta protesta es su lado bello.

Fundamento capital, profunda razon que explica el objeto primero del arte: la verdad.

No convino durante mucho tiempo razonar y conocer este principio; presentáronse las llagas de Jesús falsea-

das; su sangre simulada por rubíes; el agua de sus lágrimas por brillantes; su palidez por el marfil; se hizo su corona de espinas corona de oro; un cordon de seda la soga que á la cintura sujetaba sus andrajos; púrpura éstos; de plata sus clavos; de ébano su cruz..

¡Mentira, esto no embellece!

La verdad, la hermosa y dulce verdad, brotó de sus libios; ¡hé aquí el rayo de luz que ilumina aquel martirio!

Sobre aquel hombre, víctima presentada en todo su horror, está toda la belleza, esta gran causa de la miseria y la esclavitud.

La imágen es adorable; el ídolo execrable.

¡Cristo, vestido con la púrpura de los Césares! ¡qué crimen!

Si en los momentos primeros del arte regenerado algo hay de indeciso que hace al arte decaer, es la idolatría que surge; y así como para los elementos del arte primitivo vino un renacimiento que restableció la naturaleza, para el arte cristiano hubo un período que hizo renacer el pensamiento.

Se negó la divinidad de Apolo rindiendo culto á su natural belleza; se negó despues la idolatría cristiana reconociendo la alteza de su pensamiento. Así como el péndulo, oscila el pensamiento del arte. Siempre en la verdad.

La luz que abre el cáliz de las flores, sazona los frutos; despues del sentimiento moral completamente formado surgió la razon completamete hecha.

Hay un buen sentido: Cervantes.

No se olvide que los libros de caballería habían producido una locura nueva.

Lo mismo atacó Jesús la idolatría que Cervantes la locura.

III.

EN EL CÉNIT.

El arte brilló completamente.

Cervantes, un soldado que en sus largos días de sufrimiento, teniendo ante sí el espectáculo de los terribles combates, alentado por las locas ilusiones de gloria, toca el amargo desengaño, llega al mayor desencanto; los reyes quieren extender su poder, y los puertos, embriagados por las locas leyendas de la caballeria, se sacrifican.

Pues bien; *D. Quijote* es el más grande de los libros, porque es el más racional; ya en él se va llegando á la mayor edad del arte. No es el rey, es el hidalgo; todavía no es el hombre.

El antiguo arte escogía sus modelos en las alturas más elevadas; las pasiones, los gustos, la vida de los grandes personajes han sido en algun tiempo los temas del arte. El hombre, para ser estudiado como tal, necesita aparecer libre, y entónces solamente los poderosos lo eran; el pueblo era para el rey soldado, bestia de carga para el señor, esclavo para el clero, canalla, en fin.

Los poderosos con sus lentejuelas y su púrpura eran el maniquí que, aunque incompletamente, podía señalar al hombre.

En cuanto al pueblo, ¿verdaderamente existía el pueblo? no servía sinó para adorar y admirar.

Más tarde, al aparecer el pueblo, se vió que un cualquiera duda como Segismundo, un cualquiera siente como Hamlet, que en cualquiera se dan ó pueden darse las pasiones de D. Juan y la locura de un hidalgo.

La naturaleza del pueblo es igual á la de los reyes, ¡qué descubrimiento! igual á la de los poderosos.

Aparece el pueblo, surge un nuevo arte: Juan Valjeau y Gillat, un viñador y un marinero; Cuasimodo, un campanero; resúmen en sí las tres fatalidades: la de las leyes, la de las creencias y la del trabajo.

Toda la vida humana; faltaba, en resúmen, la miseria.

¡Ah! pero es terrible hablar como el pueblo habla; es hediondo presentar el bárbaro lenguaje. ¿No es más bello hacer á una jóven discutir sobre puntos teológicos? Aceptarse pueden algunos libros; pero *¿L'Assommoir?* ¡qué horror!

Llegamos á la cuestion.

La púrpura y el coturno son propios del arte; pero, ¿y el andrajo y los zuecos?

Oprimir es grande, y esto lo hace el tirano; deprimir repugnante, y esto lo hace la borrachez.

Bueno que se presenten las grandes pasiones, pero no los pequeños vicios.

Aquellos son del dominio de la psicología y éstos del de la fisiología.

Ambos deben ser estudiados.

Neron y Trompan son víctimas de la locura.

En cuanto á lo útil de esta escuela del arte, diremos que ninguna como ésta refleja más poderosamente una época; la denunciada por Zola es la degradante del imperio.

Entónces pasaba Francia por un período de indiferencia parecido al que actualmente nos castiga á nosotros.

Estas épocas de indiferencia producen estas consecuencias: la profunda degradacion del pueblo francés durante el imperio.

¡Pan y toros! se dice.

Ya tocaréis los resultados.

A vuestro pueblo degradado sucederán las trágicas manifestaciones rudas y francas del pensador.

En nuestra época hay una cuestion que resolver, el derecho difundible en todos, el beneficio divisible entre todos.

El problema social.

Hácese repugnante el lenguaje y repugnante la miseria.

¿Os extraña, hombres que adornáis vuestras cabezas con las plumas que un gallo ó un faisan llevan en su parte posterior?

Lo que en un corral se arrastra por el polvo se luce con orgullo en las antesalas; ¡qué realismo!

¿Y os espanta Zola? Timoratos.

Y sin embargo, no es culpa de Zola que el lodo de los grandes vicios llene y cubra las últimas capas sociales. Capeto fué gloton, Calígula borracho, Enrique VIII sensual, Luis XI avaro, Felipe II parricida, Catalina una meretriz: las chapas de oro de los ataudes régios pueden ocultar el mismo cieno que se veía al levantar los artesonados del alcázar.

¡Ah; pero se trata de España, diréis!

Cierto.

Los genios, los héroes, los gigantes no miden la altura de ese gran soldado de la reconquista, de ese gran marino del descubrimiento de América, ni de ese gran ciudadano de la guerra de la Independencia, de ese poeta del *Romancero*.

La lealtad y la religiosidad inspiran á ese genio de las miles de alas, y hace el *Romancero* como Homero la *Iliada* ó la *Odisea*.

Desde mucho tiempo, á pesar de la tiranía y del fanatismo, este pueblo es leal y religioso, leal con el princi-

pio de libertad y religioso por el sentimiento de justicia.

Los miles de retratos que de este héroe se sacan varían la edad, pero el parecido es el mismo; tenéis al *Cid*, luégo á *Don Juan*, luégo á *Don Quijote*, luégo *Locura ó santidad;* ha envejecido, primero gentil, vigoroso como un adolescente, luégo enérgico y turbado como un jóven, despues desengañado como un hombre, y, por último, pensador como un anciano.

Los rasgos son los mismos: «Me llamo pueblo español, soy la mano que Dios tuvo para enseñar un nuevo mundo, mi espada está enmohecida, creo en el ideal, soy el mismo.»

No es, no, nuestro pueblo el que en los días de pasion revolucionaria se ensaña; su accion es olvidar; canta y lanza vivas.

No se ha corregido á D. Julian, sigue Bellido Dolfos.

Napoleon, aliándose, le engaña.

No acaba de aprender, su lealtad le ciega.

Él, traidor, en tanto hace su negocio.

Y sin embargo, poetas, este pueblo no tiene vicios; pero tiene hambre; no tiene repugnantes instintos, pero va á los toros.

Pintad á este pueblo, porque sinó surgirá ese fenómeno, *L'Assommoir,* el pueblo egoista, indiferente, hediondo.

El pueblo no se vé, no se considera enfermo, pero lo está.

Atajad la indiferencia: hacedle despertar.

Determínense aquí actos de grande tracendencia social, despiértese la poderosa actividad de la juventud.

Estúdiese francamente el mal.

Reconozcámosle; este es el primer paso para remediarle; vivimos en la indiferencia más vergonzosa.

La verdad tiene dos maneras de manifestarse como el

sol, la luz y el calor; la primera ilumina, disipa la noche; la segunda quiebra las anchas capas de hielo y las derrite.

¡Venga el dia, determínese el deshielo!

¡Oh juventud pensadora! ¡De tí todo se espera!

V.

PENUMBRA.

¿Qué es Zola?

Job es el lamento: Marat, ese Cristo hotentote, la protesta; Zola el análisis.

El análisis de las últimas capas del profundo pozo. ¡Qué dolor! ¡qué sacrificio! ¡qué heroísmo!

Vicente de Paul curando á los apestados, presentando al infestado con el objeto de conmover.

Conmover, ¿con qué? con la verdad.

¡Qué! ¿la realidad no conmueve?

Sólo los cómicos viven de la mentira, los falsos sacerdotes, algunos politicos hábiles y algunos literatos de academia.

No debe producir temor alguno la verdad; los que se asustan de la desnudez de la verdad, maldicen de la naturaleza, libro en que ni mentira ni artificio se muestran, y que hace falsos todos los libros que de la naturaleza reniegan y á la naturaleza disfrazan.

Es doloroso servir á la verdad. Jesus la predicó, descalzo, con los piés sangrando; hay que desgarrar, como el abogado griego, la gasa que encubre sus hermosas formas.

Pero todo lo que á ella concierne debe ser cumplido con heroísmo aunque se mire uno apedreado como Es-

téban, torturado como Galileo, ultrajado como Galva.

Ciertamente que al Creador se le pide cuenta de sus magnificencias; valúa y numera los astros el astrónomo; aprecia la grandeza de los ígneos y denuncia los yermos y apagados, indicando que desigualmente repartió los dones el gran Señor, así en el cielo como en la tierra.

¿Por qué la miseria de ésta no ha de exhibirse en toda su hedionda y desarrapada forma?

El hombre es un fiscal que interroga á lo infinito. Dios vertió caprichosamente los bienes; el hombre es el enamorado de la justicia.

Empezó Job la miseria poema, siguióse Marat la miseria drama, y se sigue Zola la miseria razon. En las altas regiones del arte se dan Homero, Shakespeare, Víctor Hugo.

Son las tres frases: Homero la luz, Shakespeare el mundo, Víctor Hugo el hombre.

El arte es hoy mayor de edad.

El que tome ciertas declaraciones en sentido contrario al en que se formulan, está muy léjos de saber pensar. Esto dicho, prosigamos.

Job se lamentaba, Marat protestaba, Zola estudia. ¡Qué progreso!

Para el enamorado de lo ideal, éste tiene tres períodos: el canto épico de la alborada, la grande actividad humana abre á la luz sus ojos, conquista y viaja; á este canto se sucede en la pubertad del mundo la pasion y aparece Macbet sombrío, Hamlet siniestro, y luégo la creacion del arte se completa; viene la razon, el juício relaciona al hombre con el mundo, al arte con el hombre; el arte tiene conciencia de lo que hace y el hombre lleva el arte á su conciencia; surge Víctor Hugo, ese atleta.

Bajemos la vista á un lugar más profundo, el ideal se empequeñece. ¿Veis aquel punto brillante escintilar en la extensa y dilatada sombra? Ese es el ideal, apénas perceptible.

El valeroso minero en el fondo de su pozo, sintiéndose molestado por la humedad, no pudiendo apénas trabajar, se halla en las tinieblas.

Horas antes recibía el puro aire oxigenado, miraba el azul encendido por los rayos del sol matinal; ahora está sepultado; pero arriba, encima, en la superficie, la primavera y el sol todo lo embellecen.

Es Víctor Hugo un astrónomo, como Zola un minero.

Tal es Zola; tambien, aunque no se recrea en el abismo, hay cambiantes de luz; la ténue claridad se modifica.

En *L'Assommoir*, en el abismo, bate sus pequeñas alas un querube, Eulalia; prestad más luz á Gervasia, y será Fantina; haced á ésta más feliz y podrá ser Deruchet.

Gouguet es un hermoso rayo de sol.

¡Zola, qué artista!

El pudiera vivir y gozar en las altas regiones del arte, rugir y cantar contra la terrible injusticia; pero hace algo más: la fotografía y la electricidad han bajado con el buzo al fondo; pues bien, la razon tambien.

¡Arte inmenso, cuán benéfico eres al servicio de la verdad! Había algo gigantesco que realizar: perdonar á los tiranos su oro, su púrpura, su locura, en nombre de los pueblos; pero hay algo quizá más grande: aplicar el lente á ese negro insecto, la miseria, y el decir valerosamente: ¡Miradle!

Nuestro siglo es el siglo de los grandes propósitos y de las grandes fiscalizaciones.

Madrid, 15 de Setiembre, de 1880.

LOS TRES OBREROS

A LA SEÑORA DOÑA ELISA A. DE PIERRARD

I.

Vivía en un pueblecito, formado por casitas blancas como palomas, sobre la meseta de un monte todo erizado de rocas, por entre las cuales crecían muchas zarzas, una pobre abuela que se moría de hambre; hallábase casi desnuda y no podía dormir tranquila.

—¡Ay!—exclamó un día la anciana;—si cualquiera de mis nietos se compadeciera de mí, podría comer; no sentiría ni la vergüenza ni el frío, y dormiría toda la noche de un sueño.

Oyéronla sus nietos, que eran tres muchachos sanos, colorados y fuertes.—Buscaremos fortuna,—dijeron con acento resuelto y ánimo de consolar á la abuela infortunada.

—Pero, ¿á dónde iremos?—preguntó uno de los tres hermanos.

—Marcharemos reunidos,—contestó otro.

—No.—replicó el menor de ellos;—pudiéramos reñir. Si acaso uno encuentra un tesoro le querrá para él y los demas habremos perdido el tiempo. Ademas, cada uno de nosotros tiene su carácter y sus aficiones distintas; así que el trabajo ha de ser diverso, y diversa la ganancia. Unidos podemos ser desgraciados ó felices; pero separados, muy malas han de ir las cosas que no alcance á ninguno la fortuna. Así, pues, separémonos, buscando cada cual consejo de quien juzgare oportuno.

A la mañana siguiente, la campanita de la iglesia del pueblo decía, al ver marchar á los obreros del campo que salían á sus tareas de labranza:

Ya se van, ya se van
En monton
A por pan.
¡Dilon, dilon!
¡Dalan, dalan!

—¡Pan!—decía la abuelita;—¡quién tuviera un mendruguito, aunque, por lo duro, hubiera que meterle en agua para que se ablandara y poder comerlo!

Dicho se está que no pudieron oir con tranquilidad los nietos tan dolorosa exclamacion, y salieron resueltamente de casa de la anciana con ánimo de buscar fortuna.

—Marchemos; vaya cada uno á buscar un prudente consejo, y separémonos,—exclamó el menor de los hermanos.

—Sea,—dijeron los otros.

Y cada cual tomó diverso camino.

El mayor, preocupado y triste, ántes de salir del pue-

blo, subióse á meditar al oscuro rincon del desvan de una casa derruída, y por lo cual deshabitada.

El segundo, muy al contrario, salió desde luego de prisa, de prisa, bajando precipitadamente por el caminito del pueblo, desde lo alto del monte hasta un hermoso valle cubierto de flores, y allí dió en ir de un lado á otro, acelerando cada vez más su paso, como si caminara sin reflexion.

Y el más pequeño, pensando, y á la vez andando, perdióse en el fondo de un bosque.

II.

Pasaron días tras días y no se supo de los nietos.

Pasaron meses, y la abuelita, que durante este tiempo vivió de la caridad de sus vecinos, había cansado ésta y hallábase cada vez más necesitada, cada vez más desnudita, cada vez más triste.

Mas llegó la primavera siguiente, al año justo de haberse ausentado los tres aventureros, y la abuelita, que había perdido la esperanza de volverlos á ver, sintió una profunda melancolía, y quedábase horas largas mirando al término del camino, que se perdía serpenteando por el valle, mirando allá, á lo léjos del campo, donde el azul del cielo y el verdor de la tierra se juntan, y donde los azulados ápices de las montañas recortan el espacio.

—Quizá vengan,—se decía;—no deben haber muerto. El Dios bueno y misericordioso los habrá favorecido.

Una tarde vió á las golondrinas que por la primavera llegan de lejanos países.

—Los ví, los ví, los ví,—decían una á una al pasar en recto, bajo y tendido vuelo junto á la anciana.

III.

—¡Há de casa!—gritaba pocos días despues un hombre golpeando al mismo tiempo en la puerta.

—¿Quién llamará?—se preguntó, no sin sobresalto, la abuela.

Y vió delante de sí un mozo vestido por una larga blusa y con la cabeza cubierta con una gorra de hule.

Era el mayor de los nietos. ¡Qué alegría!

—¡Oh, Vírgen Santísima!—exclamó la anciana.—¿Ya estás aquí tú? ¡Gracias al Dios de las misericordias que tiene compasion de los pobres! ¿Vendrás rico?

—No, abuela,—contestó el jóven.—Fuíme á la ciudad y entré en un telar; aprendí á tejer, y os traigo no más que un vestido para el invierno y algunos escasos ahorrillos.

—Ménos mal; no ha de ser muy próspero nuestro destino. ¿Qué habrá sido de tus hermanos? ¿Habrán logrado fortuna? ¿Habrán muerto? No sé qué pensar. Tú, al fin, me podrás mantener.

—Difícilmente, por ahora;—replicó el jóven,—porque mi trabajo apénas da para mal comer yo, molestándome mucho. ¡Si supiera dirigir la gran máquina de la fabrica, otra cosa sería; pero no sé. ¡Es bien triste que aquella gran masa de hierro valga más que cincuenta hombres!

—¿De nada más que de esto te han servido los consejos del consejero que buscabas?

—Yo, abuela, como era el más torpe y el más viejo de los tres, quedéme triste pensando en un desvan, pues me avergonzaba pedir consejo á mis años. Allí descubrí en un rincon una pobre araña tejiendo su tela ¡Báh! dije,

este miserable insecto sabe más que yo; bien me aconseja; no he de hacer sinó imitarle. ¿Qué otra ambicion cabe en mí?

En esto estaban el nieto y la abuela, cuando oyeron agudísimos lamentos; corrieron, guiados por ellos, y encontráronse á la puerta de la casa con un hombre, pálido, con los vestidos desgarrados por miles de girones y la piel por multitud de heridas que le inundaban de sangre.

—¿No me reconocéis?—dijo con apagada voz aquel desgraciado;—soy tu hermano, soy vuestro nieto.

Era, en efecto, el segundo de los hermanos, aquel que tan precipitadamente había salido de la aldea.

—¡Cómo! ¿Tú así? ¿Tú en tan desgraciada situacion y estado tan lastimoso, cuando de tí esperaba yo la mejor fortuna?—dijo con afliccion la pobre abuela.

Socorrieron al pobre herido, vendáronle, y luégo que hubo reposado, habló el infeliz con débil voz.

—Abuela, hermano mío, salí, como vísteis, lleno de energía; no me detuve á pensar en el objeto de mi viaje; creíame bien informado de todo, y dí en correr desatinadamente tras una soñada y fantástica prosperidad. Llegué á un gran pueblo; era tiempo de ferias, y en una barraca de madera, adornada de miles de banderolas y gallardetes, ví unos cómicos. ¡Qué trajes llevaban de reyes y de grandes señores! ¡qué manjares tan ricos y suculentos se servían allí á nuestra vista! Túveles envidia, y más cuando supe que iban de pueblo en pueblo y de fiesta en fiesta; solicité que me admitieran en su compañía, diciendo para mí: no tendrán suerte igual mis hermanos, ni llevarán vida tan alegre. Con cualquiera de esos diamantes que los cómicos llevan, remediaré yo la suerte de todos. Admitido, comencé mi nueva y errante vida, y bien pronto recibí un terrible desengaño; los

manjares que habían despertado mi golosina eran de madera y servían tan sólo para remedar banquetes en las comedias, que muchas veces trabajábamos con el estómago vacío; las joyas y los trajes aquellos valían ménos que mi garrote, y, por fin, el hambre y el cansancio de aquella existencia tan miserable y agitada hicieron de mí el hombre más desgraciado de la tierra. Esta vida cesó para emprender, solicitado por ilusiones no menores, otra más azarosa y terrible: la de soldado. ¡Quién sabe lo que este estado nuevo ha sido para mí de vil y degradante! Por una necia soberbia del rey, á quien servía, dióse, no léjos de este país, una terrible batalla, en la que he sido herido, como véis, y de la que escapé á merced de la noche, hasta llegar á vuestros brazos.

—¡Pobre nieto mío!—dijo la anciana, llorando amargamente;—tú has sido más desgraciado aún que tu hermano mayor. ¿Fueron estos los consejos que te dió tu consejero?

—Señora,—contestó el jóven,—yo, como he dicho, verdaderamente no he pedido consejo; guiábame por las quimeras de la imaginacion; pero al salir de la aldea ví volar por el valle á una linda mariposa con tal agililidad, deteniéndose tan poco sobre las flores, ascendiendo tan alegre hasta la cima del monte, que tomé esta aparicion por revelacion misteriosa. Hé aquí, me dije, la imágen de la verdadera actividad: tal debo hacer, brillar, bullir, no dedicarme á un recio trabajo que pueda agotar mis fuerzas, sinó cruzar de aquí para allá. Cierto que la mariposa cayó en la manga de red que disparó contra ella una niña. Pero á no ser por este percance, ¿á dónde no hubiera llegado aquel alegre insecto con su vuelo?

—Vaya por Dios,—replicó la anciana;—nuestra situacion ha empeorado. ¿Cómo vivir los tres del jornal de

tu hermano? Como el menor no haya logrado mejor suerte imposible nos será vivir.

Quedáronse tristes los dos hermanos; el mayor, apenado por no haber hecho sinó remediar algo la desnudez de la abuela, el segundo angustiado por haber perdido fútilmente un hermoso tiempo.

¡Ah! pero el menor no volvía: perdióse toda esperanza. «Quizá habrá muerto, decía la abuela; le habrán hecho soldado, decía el segundo; le habrá arrollado el correaje ó le habrá triturado la rueda dentada de alguna fábrica, añadía el mayor.»

La abuela, vestida pobremente y mal alimentada, soportaba su desgracia con paciencia; pero no podía conciliar el sueño.

—¿Qué será de mis nietos?—pensaba;—el menor no ha regresado; tal vez sea el peor de los tres; tal vez sea el ingrato; siquiera estos dos, aunque miserables, han regresado al hogar; pero aquel no vuelve... ¡Ah! ¡qué ingratitud!

Curóse en tanto el herido y se halló pronto dispuesto para trabajar; mas ¿en qué?

No tardó en hallar su buen deseo una ocupacion para sus brazos; volviendo el tejedor de la ciudad, halló una tarde en el prado cercano de la aldea un gran número de albañiles, que, dirigidos por un arquitecto, sentaban los cimientos de un gran edificio.

Aquí habrá trabajo para mi hermano,—se dijo;—poner ladrillo sobre ladrillo no es cosa difícil.

Habló con el maestro de albañiles, y quedó concertado que al día siguiente sería recibido el nuevo obrero en el trabajo.

Mas no duro mucho este medio salvador; al terminar la semana, el albañil fué despedido; habíase cansado de poner ladrillo, y quiso preparar la cal; cansóse de ésto,

y quiso serrar la madera, y como tambien de esto último se cansó, fué despedido.

En vano rogó el hermano mayor al maestro; por toda contestacion, despues de mil súplicas para que fuera admitido, el maestro dijo:

—Dejadme en paz; ahí viene el amo, decídselo á el; yo no puedo por mí admitir obreros inútiles.

No tardó mucho tiempo en aparecer el dueño de aquella obra, montado en un hermoso caballo; era un hombre joven, vestido con holgura elegante; enteróse de la cuestion, preguntó á los hermanos quiénes eran, y apénas lo hubo oido ¡oh sorpresa! descendió vivamente del caballo y se arrojó en los brazos del mayor.

—¡Como!—dijo.—¿No me habéis reconocido? Soy vuestro hermano.

Volvía del extranjero sabio y rico; iba á construir una fábrica cerca de su pueblo para socorrer á sus paisanos proporcionándoles trabajo justamente retribuído. Hubiera ántes abrazado á su abuela y á sus hermanos; pero había esperado la conclusion del edificio que miraban levantar; había deseado hacer más grande la sorpresa de su llegada. Locos de contento fueron los tres hermanos á sorprender á la abuela; enloqueció ésta de alegría, pasada la cual la anciana dirigió al recien llegado la pregunta misma que á los demas.

—¿De quién has recibido consejo? pues muy sabio y muy bueno será el consejero cuando por él llegaste á tales resultados. ¿Quién te aconsejó, hijo mío?

—La abeja,—contestó el jóven.—Fuíme al bosque andando, pero á la vez meditando, y distrájome el murmullo sordo de una abeja que pasó á mi lado; parecíame que me había dicho algo, y seguíla atento á su murmullo y á su vuelo. Víla libar las flores dirigiéndose derechamente á aquellas que le eran de utilidad, no volando

de acá para allá, como la mariposa, sinó que, guiada por su instinto sutil, como si conociera y distinguiera las flores, no perdía inútilmente su tiempo, ántes bien recogía las esencias y volvíase á elaborarlas á su taller, donde con ellas hace miel exquisita para su alimento y para regalo del hombre. Comprendí que la actividad y la inteligencia forman la armonía más provechosa. Híceme ingeniero en la escuela-taller de una gran ciudad, y no sólo produzco para mí, sinó que me sobra para repartirlo entre todos.

—Ya puedo dormir tranquilamente,—exclamó la anciana,—porque cuando muera, ni quedaréis en la miseria ni en el vicio.

Bien pronto se levantó la fábrica. Del pueblo bajaban los obreros al trabajo, y despues subían de la fábrica al pueblo á reposar. El alegre sonar de dos campanitas charlatanas anunciaba este ir y venir.

—Vengan ya, vengan ya,—decía la campana de la fábrica.

—Allá van, allá van,—contestaba la de la aldea.

Y veíase por la mañana, al medio dia y por la tardecita, una columna de gente que, como las hormigas, iba del hogar al trabajo y del trabajo volvía al hogar.

Desdichados los que no pueden realizar la armonía, la provechosa union de la fuerza de los brazos con la energía del pensamiento; sólo así es verdaderamente productivo el trabajo al hombre y á la sociedad.

¡Inteligencia y fuerza, secreto del progreso!

Madrid, Mayo de 1881.

DON JUAN TENORIO.

I.

Como siempre apuesto, de buen talante y embozado en la ámplia capa española, cubierto con su birrete y apoyando la mano en el puño de su espada, surgió la noche de difuntos D. Juan Tenorio.

El pueblo español tiene en un dia dado una pesadilla, y miéntras le agita el temblor nervioso, palidece y siente en su pecho el ahogo, miran sus ojos á la sombra del pasado, á ese D. Juan, á ese batallador de quimeras, á ese provocador de fantasmas, á ese burlador de los aparecidos.

Y el pueblo ve á su D. Juan, siempre igual, siempre bravo, siempre engreído y fanfarron, siempre afortunado; le ve aparecer como á un querido y antiguo amigo, y le mira cariñosamente.

II.

Porque ese D. Juan es el pueblo aventurero y conquistador, fanático é irreligioso, olvidado de sí mismo y henchido de vanidad.

Dos personajes fabulosos españoles pintan nuestra extraña y especial manera de ser: D. Juan y D. Quijote.

Todo se llevaba á cabo, todo es posible para ambos, los dos hijos de la vanidad; el primero, descreído, desafía al cielo mismo; el segundo, creyente, piensa que ha sido elegido por el cielo para dar fin á las más altas empresas; el primero lleva su ligereza hasta la exageracion, el segundo su constancia hasta ese misticismo amoroso que eleva al cielo el objeto amado.

El primero es ateo de un modo que le conduce al arrepentimiento; el segundo religioso puro con religiosidad en la cual se confunden su Dios y su dama de un modo impío.

Y ambos son la expresion vivia de nuestro carácter osado, audaz, soñador, creador de quimeras, desfacedor de agravios, emprendedor de aventuras extraordinarias.

Cierto que D. Quijote produce más profundas y atinadas reflexiones y encierra mayor trascendencia y más directa relacion con el espíritu humano; cierto que don Juan es casi un juguete de la fantasía, no más que la indecisa figura que señala en lienzo la luz de linterna mágica, pero hay en ambos una verdadera relacion con nuestro carácter nacional.

III.

Lo extraño, lo asombroso y lo que en nuestro concepto manifiesta la verdad anteriormente anunciada, es que aparece D. Juan en la noche que sigue á la visita de los cementerios.

Parece que despues de verter lágrimas por la memoria de nuestros difuntos, sólo envolviendo un trascendental propósito podía verse en el teatro con satisfacion ese juguete de fantasmas y aparecidos.

Pero esto revela una vez más la energía del espiritu de nuestro pueblo; creyente, aplaude el valor satánico de D. Juan; amante de la tradicion, gusta de ver burladas esas visiones del pasado.

IV.

Hay en España un enemigo de D. Juan Tenorio: su autor.

Piensa, no sabemos por qué, en su obra con algun pesar y se asombra él mismo de verla aplaudida y anualmente representada.

Hombre de lozano y brillante ingenio, dulce carácter, sereno mirar, sonreir afable, mediana estatura, continente elegante é infantil alegria, piensa que su D. Juan en la taberna es un rufian de baja estofa, en la seducion un malvado, en el pensar un ignorante, y, poeta tierno y rico, se asombra de esa obra, y casi la repudia.

¡No! el drama pertenece al pueblo, y el pueblo le ama y le comprende. D. Juan es un español de aquellos tiempos, pendenciero y fanfarron, un galan avezado en

las intrigas de amor, un cortesano y un señor como aquellos señores y aquellos cortesanos tan prontos á sacrificar su vida con heroismo como á rebajar su dignidad por la perfidia.

De lo que Zorrilla se asombra es de ver que agradan estos recuerdos; el pasado es tan imcompleto y desigual como D. Juan, tan enloquecido como D. Quijote, tan turbado como Fausto.

El viejo poeta, reflexivo y pensador, amante ya del presente y esperanzado con lo provenir, no encuentra en la obra del Zorrilla jovén más que el romanticismo de su época y las sombras del pasado que evoca su férvida amaginacion de contínuo.

V.

«Tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada, cuanto tiene más de lo dudoso y posible.»

Esto ha dicho Cervantes, y en esto se ha de meditar mucho, porque tan claro principio de estética es fuente copiosa de provechosas reglas de arte.

VI.

Sucédense á los fantasmas del pasado las risueñas esperanzas de lo porvenir.....

Aquí llegábamos de nuestros apuntes é impresiones hechos á vuela pluma en un restaurant, despues de haber visto el Tenorio, cuando un amigo nuestro, que con nosotros cenaba y nos miraba escribir, exclamó aterrado: ¡El Comendador!

Era el cocinero del hotel que, por haberse marchado el camarero que nos servía, venía á cobrar la cuenta.

Nada nos horrorizó tanto, nada podía horrorizarnos más. El cocinero, vestido de blanco, yo pensando que mi amigo pagaría, él esperándolo á su vez de mí y ambos sin un cuarto!

Madrid, 7 de Octubre de 1879.

(De la *Crítica teatral.*)

EL CHICO [1]

Estamos en Pascuas: bien; así como así, no haré un artículo político.

Deseaba poder quejarme del peor de los tiranos. Y quejarme en público; pero la pícara política, que es una de las cruces más pesadas que llevo sobre mis hombros, me ocupa todo el tiempo, y no me deja la pluma libre, sinó lo que con ella se relaciona y en lo que á ella se refiere.

Voy, pues, á tomarme las vacaciones estas para hablar del chico y contar al lector los tormentos que me hace padecer, las amarguras á que me condena, y los martirios con que me castiga contínuamente.

---

(1) Este artículo fué publicado en el periódico satírico político-literario *La Campana*. Pudiera, á juicio de su autor, llevar este epígrafe: Costumbres contemporáneas, El chico. Aunque debiera haberse corregido este trabajo, la circunstancia de ser periodístico ha hecho que salga tal y cual fué publicado el día 24 de Diciembre de 1880. *(N. del E.)*

¡Ya está bueno el chico!

Cualquiera tiene un niño ocurrente, formalote, sobrio, que es el encanto de la familia y de los conocidos; pero yo me veo condenado á soportar el chico mío, que es lo más inútil, imbécil, gastador y revoltoso que ustedes se pueden imaginar.

Los vecinos ¿qué digo los vecinos? el pueblo todo está deseando que se largue del barrio y del lugar; así es de empecatado el demonio del chico.

En el momento en que escribo, me es materialmente imposible hacerlo, tal me ha rodeado la mesa de tambores, pitos y cornetas. ¡Caprichitos que me cuestan bien caros!

Sólo en soldaditos me hace sudar el chico una fortuna.

Reniego algunas veces de la filosofía y de las leyes, propia la una y dictadas las otras por gente que no conocía lo que son los chicos.

Con decir á Vds. que yo no tengo libertad para nada, está dicho todo.

Personas sencillas, como mi mujer y mi criada, se miran embobadas en él, y se les cae la baba cuando le ven vestidito y compuesto, como un señorito, pasear en los cochecitos del Prado con las chiquillas.

Yo, que pago la broma, soy el que puedo hablar de lo que es el chico. Tanto mi mujer, simplona de suyo, como Antonia, el ama de llaves, fiadas en la creencia de que es inocente el chico, y por consiguiente irresponsable, le pasan cuantas hace. Mi mujer, obra inocentemente; pero el ama de llaves alienta las picardías del chico, porque á su sombra hace ella de las suyas, y con el pretexto del chico, entre todos mis criados acaban con mi despensa.

La víctima soy yo.

Que el niño debe ir decorosamente vestido, dice mi mujer.

Y yo pago.

Que el niño ha roto esto, quebró lo otro, descompuso aquéllo, se le antojó lo de más allá.

Yo sigo pagando.

Dos veces hizo el chico no sé qué cosa, y he pagado yo las dos fiestas más caritas de lo regular.

Pero cuando mi paciencia raya en lo increíble, cuando supero á Job, es ahora que una serie no interrumpida de gracias del niño me ha llevado á meditar sériamente en mi desdicha.

Es la fiesta de Navidad; por las plazas y las calles cruzan largas filas de pavos toda la tarde; en la Plaza Mayor se forman esas barricadas de mazapan de Toledo y turron de Alicante, en cuyas cajas redondas se miran enroscadas apetitosas culebras, y formando anchos lienzos de fortificacion; aparecen Jijona, avellana y almendra, provocando el avaricioso apetito del chico.

Todo eso ha llegado de las provincias á Madrid; todo eso señala que esta es la época del turron.

Los sacos de nueces y avellanas, los puestos de granadas y naranjas, las tiendas de turrones y dulces, los puestos donde se venden pavos, los puestos donde se expende pescado, todo esto me ha obligado á recorrer el chico, de todo ha tomado.

La glotonería del chico no encuentra medio de satisfacerse, no digo yo con el turron de Alicante, ni áun con todo el turron que puede venir de todas las provincias de España.

El todo lo devora.

Nada más caro que el chico.

¿Quién, al verle delgado y raquítico, puede figurarse que es capaz de engullir tanto?

No es posible que el lector se forme idea de sér más molesto y egoista.

El me come una fortuna, sin pensar en que puede dejarme en la miseria, y come y bebe, y deja correr el tiempo.

Miéntras yo pago y sufro.

Y como mi mujer es débil, y su simplicidad la hace ser indiferente, más bien celebra que castiga las gracias del chico.

Y como el ama de llaves tiene con el chico un medio de tapar las sisas que me hace, es la mayor encubridora del chico.

¿A quién me quejo en mi infortunio?

Solamente á tí, público discreto, siquiera para que compadezcas mi desgracia; no puedo apetecer ni tengo derecho á otro consuelo.

Espero, sin embargo, que el día ménos pensado, cansados los vecinos de las molestias que les causa mi chico, le peguen un puntapié y me libren de él.

Dios lo quiera, porque, repito, nada más molesto y caro que mi chico.

¡Con qué placer, cuando me hace alguna, ó cuando contemplo mi escuálido bolsillo, lanzaría el grito dado por un ilustre español en la gloria de su teatro! ¡Cuántas veces diría: «¡No más muchachos!» y bonitamente al chico le pondría de patitas en la calle.

Pero... hay que resignarse y sufrir; la paz doméstica así lo exige.

Con el tiempo habrá variado completamente mi casa, y el chico estará en Francia, metido en un colegio. ¡Dios haga que sea pronto!

PASTORELA.

—

Cortado aquí por las guijas,
Besado allá por las flores,
Mansamente se desliza
El pobre arroyo del monte.

—

Desde humilde parda roca
Tan desatinado corre,
Que es por sorpresa cogido,
Y el río y el mar le sorben.

—

Besan dulces esperanzas
Y quiebran tristes dolores
Mi pensamiento que, inquieto,
El sueño ó la muerte cojen.

—

Cortado aquí por las guijas,
Besado allá por las flores,
Mansamente se desliza
El pobre arroyo del monte.

NANA

IMPRESIONES DEL LECTOR APUNTADAS A VUELA-PLUMA

I.

LA ÚLTIMA PÁGINA.

La sociedad tiene un grave problema que resolver; este difícil punto de la terrible cuestion social, tanto para resolverse necesita del sentimiento, cuanto de la razon; ¡complejo tema, misteriosa causa, cuya solucion y cuyo resultado conmueve de un modo íntimo el órden moral! arranca del corazon y turba la inteligencia; trátase de la mujer.

Vedla presentada en *Nana;* meditad, pensadores, en beneficio de esa esclava; conmoved, artistas, en pró de ese terrible infortunio de la debilidad misma.

¿No habéis comprendido la causa de la degradacion moral del pueblo parisiense?

Mirad el cadáver de *Nana*, violado, pálido, terrible;

la casualidad coloca esa masa inerte á vuestros ojos al tiempo mismo que el imperio agoniza; los gritos de «¡á Berlin, á Berlin!» son el estertor del imperio y el lúgubre *deprofundis* cantado ante aquel catafalco. Pensemos cerca de este último cuadro; una prostituta que muere, un acontecimiento político que se desarrolla, ¿qué puntos de conexion, qué enlace, qué razon de contacto pueden asociar estos aislados sucesos? ¡Ah! hé aquí por qué es grande la obra de Zola; he aquí por qué es irrevocable su lógica; por esto forma en la vanguardia del arte, inicia el propósito del artista en lo porvenir, es el primer evolucionario de los literatos.

El secreto suyo, precisamente, está en no presentar la asociacion de dos hechos que guardan entre sí tan íntima relacion. Hé ahí la gran catástrofe; ciegos todos los que pasan, ¿cómo han de percibir lo que une el pequeño suceso de todos los días con el extraordinario suceso que surge en aquellos momentos? ¡Báh! una cortesana que muere, las galas trocadas en sudario, las gracias en muecas, el perfume en hedor, ¿qué es esto? Lo de siempre. París es un bosque inmenso, enmarañado, oscuro y brillante; arriba flores esplendorosas, abajo hojas secas, flores mústias, hundidas en el barro, amasadas en el lodazal. ¿Y habrá quién intente reunir este hecho de todos los tiempos y de todos los pueblos con los acontecimientos de los siglos y los hechos de los emperadores?

¡Visionarios!

Visionarios; tal se hubiera dicho de Zola si hubiera presentado la relacion que guarda el infortunio privado con la terrible catástrofe pública. Zola era un visionario.

Para creer en el esclavo muchas gentes necesitan verle la marca en la frente, la argolla en los piés. La prostituta y el proletario, ¿qué son?

No pretendemos en modo alguno excitar, como hoy se dice, las iras populares, ni formar en las filas del socialismo desesperante, comó no pretende el higienista probar el hambre reproduciendo con el bostezo y el gesto los fenómenos nerviosos que la señalan. ¡Ah! pero guiados por una firmísima conviccion, poseídos de una energía indomable, hablaremos, cumpliendo con un deber sagrado. El esclavo de un hombre es, si se quiere, ménos esclavo que el esclavo de un sistema. Tomad una nacion; uniformad á sus ciudadanos; en vez de un derecho que responda á su necesidad, dadles una consigna; cread la idolatría para que ocupe en los cerebros el lugar del raciocinio; explotad la actividad pública, monopolizad los elementos todos de riqueza; dedicáos al cultivo de lo exótico, á la alimentacion de lo parásito; con el desenvolvimiento práctico de todos estos propósitos sociales, tendréis masas ahítas, viciosas, aletargadas, inútiles arriba, masas hambrientas abajo; la canalla dorada arriba, el populacho á los piés.

La podredumbre, la caries, la general descomposicion. Al hosario la prostituta, á Berlin el soldado, á la vergüenza el imperio.

II.

LAS TINTAS DE LA AURORA.

¡La necesidad impulso de la vida!

Esta ley se ha llamado por Eskilo fatalidad, por Calderon esperanza, por Shakespeare libre albedrío, por Víctor Hugo el misterioso destino humano, por Zola el hambre.

En todos los tiempos háse dado el problema; el arte

le ha trasmitido en formidable expresion de generaciones en generaciones; quién ha supuesto al hombre un dios caído en la lucha con los dioses y preso al instinto que impulsa y al acaso que niega; quién víctima de un ensueño, á merced del cual sólo puede apetecerse vida más perfecta, más lisonjera, ha creído, como Job, que la paciencia era el fin moral humano Hamlet hace frente á los acontecimientos con la ficcion y la constancia; Víctor Hugo estudia tres manifestaciones de la fatalidad que se hallan en el hombre y fuera del hombre; Zola presenta en síntesis todos estos aspectos; tal es el hambre.

Lo diremos: la cuestion es la misma: se llama necesidad.

Los siglos han cumplido esta ley; los primeros pueblos la reconocieron en la gloria militar á que aspiraban; los tiempos cristianos, edad de oro, del sentimiento, en la fé en un más allá de bienaventuranza, dando como solucion la paciencia y el sacrificio; los siglos de las revoluciones, infancia de la razon, en la libertad; el presente siglo, en la necesidad.

Una observacion, extraña acaso, pero tal vez pertinente: ¿existirá relacion alguna entre este progreso moral de los siglos y la observacion científica del fisiológico progreso del hombre? ¿Quién lo duda? La necesidad; hé aquí lo que en estos tiempos nos damos á estudiar.

Desterrar las preocupaciones íntimas con dulzura, con energía, con perseverancia; reconocer la armonía entre la privada necesidad y las necesidades generales, dejando que aquéllas, al manifestarse, determinen el organismo social; he aquí lo que deseamos los hijos del siglo XIX.

Sea cualquiera la manifestacion impulsiva ó repulsiva de esta fuerza vital, bien se manifieste en el ensueño del artista, bien en la especulacion del sabio, ya en el se-

creto que el astrónomo mendiga del cielo, bien en el pedazo de pan que el obrero á veces mendiga de la tierra, el movimiento que determina todo esto es la necesidad.

Cuando la necesidal no se satisface, como cuando una fuerza cambia de direccion al choque con un obstáculo, reacciona, produce el trastorno, inicia un desequilíbrio tal vez, ocasiona una perversion sin duda.

Tended la mirada por esa grande y populosa ciudad: allí veréis en revuelta confusion un complicadísimo mundo de seres; para clasificarlos necesitaríais tanto tiempo, tamaño esfuerzo, cuanto para hacer una nueva clasificacion zoológica; veréis potentados crueles, voraces, y pobres miserables; los unos consumen, los otros producen; veréis la abeja robada y el oso ladron de la colmena; veréis el diminuto artista prisionero, mirando al cielo elevado, desde su boharda, como el pájaro desde lo alto de las últimas ramas, y al pocero hundido en el cieno de la alcantarilla, como el gusano en el lodo del lago; los que viven la vida activa, deformados por el esfuerzo; los que viven la vida parásita, abotargados por la holganza. Allá, en lo más encumbrado, llena de perfume, cultivada solícitamente, guardada con cuidado, la joven «de buenos padres,» dotada de sentimientos tiernos, delicados, y de inteligencia ilustrada; abajo la pobre florecilla que yace olvidada y casi oculta entre la hierbezuela; la hija del pobre, que arrastra sus piés decalzos sobre el lodo, y su cabeza desgreñada, y cubre sus carnes con harapos; veréis á *Nana*.

Cayó de *L'Assommoir* como su padre había caido del andamio; el uno había llegado á la borrachez, la otra daría en la prostitucion. Esta es la lógica reconocida por el observador. Dudáis de la desgracia de Fantina, desgracia pintada, dolorosa, pero bellamente, por Víctor Hugo; os parece una exageracion del poeta; leeis los juícios crí-

ticos que acerca de este libro formula un literato de academia: pues bien; contestad ahora; ahí tenéis todo lo horrible de la realidad que se trata; se os presenta *Nana*.

Para hacer depender este infortunio de lo irregular, de lo injusto del sistema social y político, sería necesario, indudablemente, un estudio detenido, y, sin embargo, nadie desconoce esta relacion; os halláis con el loco en el manicomio, con la prostituta en el hospital, con el reo en el patíbulo, ¿quién, viendo estos resultados, investiga las causas? ¡Es tan insignificante, tan sutil el hilo que une esto con la irregularidad social!

La primera perturbacion de la fuerza engendra todo esto; el padre cansado por un trabajo mal retribuído, el padre mal alimentado, engendra el hijo perezoso que da en la borrachez; el padre borracho engendra la hija abandonada y viciosa; buscad la historia de esta enfermedad. ¡Progenie funesta, generacion de infurtunios, encadenamiento de fatalidades! Si el viejo sistema feudal dejaba por herencia de padres á hijos la soberbia, la crueldad, el sistema de hoy deja en los pobres el terrible legado de la enfermedad y del vicio.

Cumple aquí á las artes sujetarse severamente á la verdad; cumple al pintor que sirve á la anatomía y á la patología no mentir un trazado, no engañar con un hermoso, pero falso color; deben emplearse el amarillo de la muerte, el morado de la gangrena, el blanco verdoso del pús, ese colorido terroso, esa mezcla de color parecida á la que ofrece una paleta sucia de tintas secas, empolvadas y revueltas, no el mágico y bello colorido de la salud y de la vida.

Cumple al escritor seguir fielmente las fases de esa vida, los trágicos accidentes de ese infortunio.

.Pero ambos, si son útiles y pueden al sabio ofrecer el reflejo de un estado de muerte y al sociologista los fac-

tores de un problema gravísimo, deben respetar la trascendente obra de observacion científica y de mejoramiento social. La razon se debe á la verdad, y el sentimiento tambien.

Al majestuoso desarrollo de las ciencias positivas debe responder el mudo respeto del artista. Hágase luz acerca de la responsabilidad ó no responsabilidad humana; hágase la legislacion higiénica y moral; preocupe la educacion más de lo que hoy preocupa la correccion; informen al sociologista y al legislador las ciencias que fiscalizan á la naturaleza. Prodúzcase la redencion y el mejoramiento.

Y en tanto, poetas que escribís papeles para entretener doncellas, como dice el gran Cervantes; vosotros, los de la literatura sin propósito, que llamáis desaforado á Víctor Hugo y cínico á Zola, cesad en vuestros fútiles jugueteos de fantasía; no cantéis á las viejas catedrales góticas, ya abandonadas, ni echéis de ménos esa vuestra perdida fé; venid á los nuevos ideales, rendid tributo y prestad servicio á la verdad.

La hora es hermosa; un nuevo arte aparece.

Si el análisis científico pertenece al sabio, la expresion del dolor pertenece al artista.

En la nueva expresion de la fatalidad está el propósito; hoy llamamos á esa fatalidad hambre. Sí; la forma más verdadera, el resúmen mismo de las necesidades todas; la necesidad misma. Apoplegía en unos puntos del organismo social, anemia en otros; estado patológico que ofrece como síntoma el exceso de vitalidad en la cabeza, la disminucion de vitalidad en las extremidades.

Nana, que desde su más tierna edad hállase pervertida, contempla una vez el campo, goza de sosiego, hállase propietaria, respira, descansa, siente en sí mis-

ma la fuerza de la vida. ¡Ah! No saldría de aquel lugar, entregada á un amor único, dulce, sereno como el cielo que contempla, saludable como el aire que respira; así viviría siempre... Su destino la hizo partir del cieno, y, describiendo una parábola, al cieno vuelve.

Setenier, el bourgoise; Mufat, el aristócrata; Jorge y Felipe, jóvenes ociosos; Zoe, la infame explotadora; Leart, la necia; imbéciles, locos, enfermos, viciados, denuncian la dolencia social. El gran señor, holgazan y lacayo, y la prostituta convertida en gran señora, dueña por sus muslos de todo el París degradado. Hé aquí la cáries de esta sociedad viciosa.

Hay un caso curioso para el alienista Satin.

¡Ah! ¡qué horror! exclamáis, pensando en todo esto; sea; hé aquí lo que se ha propuesto Zola. Ante aquella gran cortesana pasa una gran señora seguida de sus criados, venerada, respetable, la vieja marquesa; *Nana* envidia esta respetabilidad, halagando en su egoismo el sueño de una regalada vida, tranquila y satisfecha.

Al caer el imperio tenía que exhibirse lo que el imperio producía... todo eso. Fontan, Stanier, Mufat, Jorge, Satin, Zoe, *Nana*. La gran inmoralidad pública, hija legítima de la inmoralidad oficial. La mosca de oro.

Para el infeliz que se halla sin esperanza de mejoramiento puede ser útil Víctor Hugo denunciando la estrella de un ideal; al que dichoso desconoce el infortunio y la gran inmoralidad, le conviene leer á Zola denunciando el crecimiento de esas aguas cenagosas que ahogan á los babilonios.

En ese oscuro pedrusco, lleno de lodo, hay una riqueza.

¡Hermoso nuevo día del arte!

III.

RAZON DE LA SIN RAZON.

«Pero si en Francia Zola escandaliza al *Journal des Debats* y á la *Revista* de que fué crítico el sosegado Saint-René Taillandier, en España el escándalo se eleva al cubo. ¡Cómo! En esta tierra donde Guerra y Orbe (D. Aureliano) pasa por poeta y Cañete pasa por todo; en esta tierra, donde el colmo de la habilidad estética consiste en no dar una voz más alta que otra y en ajustarse al diapason normal, ¿se quiere aclimatar el naturalismo? ¡Traducir *Nana*! Por lo visto esos traductores no saben que el público madrileño no pudo tolerar hace algunos meses la atrevida hipótesis de que en Barcelona hubiese, hace siglos, mancebías; esos traductores ignoran que aquí sólo consentimos el arte eunuco.»—Z.—*Prólogo a la traduccion de* NANA.

Sí, algo muy útil es la pluma, algo muy grande es la mision del escritor, bien sea éste humildísimo por sus merecimientos, ora valioso por sus altas condiciones literarias, en un país en que todos los escritores reaccionarios, todos los aduladores de la tradicion, todos los hábiles forman una literatura insuperable para los que abrazan ideas de progreso; son baluarte de las preocupaciones religiosas, frontera de los viejos intereses del pasado.

La universidad es todavía centro de las antiguas enseñanzas; el clero es todavía señor y amo de las conciencias.

Nos vemos abrumados por las contínuas lamentaciones de poetas que lloran las ruínas del castillo, la magnificencia perdida de los viejos templos, la fé caballeresca, la brutalidad de los reyes absolutos, la horca, sin duda, el cuchillo, quizá; hombres que militan en la escuela liberal y lloran por la cogulla.

Ya es un jóven prudente, hábil, calculador, que, agarrado á los faldones de un génio á la vez alto empleado, quiere un puesto en la literatura moderada y un lugar en las covachuelas oficinescas.

Ya uno que maldice á Víctor Hugo y viste los esqueletos con retazos del lujosísimo ropaje que engalana las obras del poeta socialista.

Ya un niño sabio que deja la campanilla de cobre del altar, despues de ayudar á misa, para agitar la de plata de una cátedra, y tal vez la de oro en la Academia. ¡Almacen de dísticos latinos, índice viviente de biblioteca preparado en la Universidad Central para enseñar á nuestros hijos cuán gloriosa, útil y saludable fué la inquisicion en este bendito país.

Vése hoy la literatura sometida á la influencia de una sana crítica.

La abundancia de críticos supone decadencia en el arte, ha dicho un gran escritor.

Teófilo Gautier, ya lo hemos dicho, llama á los crítiticos eunucos del arte; en efecto, son una especie híbrida.

Por lo demas, ciertas situaciones políticas se determinan por una santa timidez en todas las esferas de la actividad y en las manifestaciones del pensamiento; á veces esta higiene, exigida por la debilidad y la dolencia social, señala tambien el abocamiento á una crísis conveniente; puede ser la semi-desnudez de la vegetacion que se acerca á su invierno, ó bien por ella se ve en

la rama escuálida el boton de rosa que anuncia el ropaje lujoso primaveral.

Las revoluciones, día de luz ardorosa y creadora, de atmósfera templada que comunica energía á los pulmones y actividad al cerebro, suelen verse continuadas por momentos de triste luz crepuscular y frío ambiente.

Durante éstos, las mariposas se guardan, las alimañas aparécense, el murciélago vuela desigual á la claridad del crepúsculo, la araña anuncia la humedad próxima con su paso tardo.

IV.

. . . .

Examina tú, juez incorruptible, juez severo, este proceso. Público pensador, va aparecer el acusado, tal cual es, vano y grotesco, presuntuoso y pérfido; su voz toma acento é inflexiones dulces, su boca vierte palabras de miel, su garra se abre y hiere; se llama el seductor.

Nadie le siente llegar, nadie se fija en él hasta que ha hecho el mal; despues desaparece.

Es una forma del egoismo, un disfraz de la perfidia; hay quien puede temer el volcan, pero éste brama y se anuncia, y despues hace visible su cólera en las alturas. Pero, ¿y el que, cautivado por las perspectivas cándidas del mar y del cielo, no siente subir la marea que quizá le envuelva? ¿Quién sospecha de la pequeña nube blanca y ligera que se ennegrece y dilata miéntras prepara sus rayos como en sus gracias el gatito afila sus uñas?

En el trono, en el alcázar, bajo el dosel, levanta con

su cetro ejércitos y esparce el terror, y siembra la muerte el tirano formidable: se mueve y choca con otro siniestro titan tiñendo de sangre las fronteras, corrompiendo el aire con el vapor de los muertos. Son Ciro y Creso, Francisco y Cárlos, Napoleon III y Guillermo los trágicos personajes de los cataclismos.

La historia les execra, la humanidad les condena; su terrible obra es conocida: la filosofía ha encendido una llama viva y rosada, á cuyo reflejo la humanidad reposa sintiendo aullar las fieras que huyen al lejano términooscuro del pasado.

¡Ah! pero queda una tiranía; la ambicion produjo aquella; la preocupacion, esa ceguedad, la ley, esa fatalidad, la costumbre, esa necedad motiva ésta. Queda la tiranía del sistema.

La grave multitud está formada por esa masa llamada «la buena gente, las personas sencillas;» ella es la sociedad; de un seno de su oculto fondo, de su recóndito centro, parten los espíritus alados, los pensadores luminosos, el soldado héroe, el poeta héroe, el pensador héroe, los de las alas de águila, los de las alas de cisne, los de las alas de arcángel: Guzman, Quintana, Cervantes.

Pero en esa multitud tiene su vida parásita el avaro, sin que nadie le conozca; Celestina, sin que nadie la denuncie; el seductor, sin que nadie le aplaste. Ocultos en el hogar humilde, confundidos en el ir y venir de los pueblos por las revoluciones, en los más imperceptibles lugares de la sociedad, respiran provistos de crueldad mayor que la de Neron, malicia superior á la de Maquiavelo, ferocidad más excesiva que la de Rosas.

De igual manera que, bajo las plantas, en las aberturas de las piedras, entre la menuda hierba viven los insectos, unos ascienden dorados, alados y bellos, otros se

arrastran provistos de armas siniestras, os cautivan y os hieren, otros en su débil aguijon llevan el veneno.

Hay fiera más temible que el tigre; un disco rojo, tornasolado, microscópico viviente que es un mónstruo, taladra vuestro zapato, se hunde en los poros de la epidermis, perfora los tejidos, socaba el hueso, produce el tétano, es la *nigua*. ¿Quién puede librarse de él? ¿Qué rugido le precede? ¿Qué bulto le destaca? ¿Qué forma le señala? ¿Dónde está?

Ahí, entre la hierbezuela que holláis.

Al leon se le enjaula. ¿Quién se libra del parásito ó del reptil? Sórdidos, á veces imperceptibles, algunos bellos, siempre siniestros.

El polvo que pisáis vive y os decora, el aire que respiráis se cubre de insectos que parecen formar parte de él y os hiere.

Tales son en la sociedad los tiranos desconocidos que, bajo la sombra de vuestro techo, á la luz de vuestro hogar, os roban la dicha, os roban la honra, y en la ciudad os hieren con la calumnia ú os roban el fruto de vuestro trabajo.

¿Quién les conoce? Las leyes les encubren, las preocupaciones les favorecen, las costumbres les facilitan el camino.

A esta familia de mónstruos imperceptibles y crueles pertenece el seductor.

Quemad olores fuertes y os libráis de los insectos; modificad el terreno y morirán; modificad las leyes, extinguid las preocupaciones, dulcificad las costumbres, y esa raza de tiranos pequeños y viles habra desaparecido.

Sereno el pensador austero, con su mirada especuladora, conocerá la causa del mal; con su pensamiento bienhechor le hará desaparecer.

Aquí está el acusado, el denunciado...

El sabio dirá: «La enfermedad, no es la responsabilidad hermana la que influye, es la variacion del medio en que se vive la que cura.» Sea; pero juzgad, ó, mejor dicho, meditad.

Los montes se perforan, los ríos se vadean, los mares se surcan, todo se modifica á la accion poderosa del pensamiento humano. ¿No ha de modificarse la sociedad?

¡Ah! Pero escucha el grito de dolor, magistrado de las cien mil cabezas, pueblo que aspiras á la libertad.

Aquí se tritura la honra, se arranca del pecho un corazon.

Ella, linda, inocente, gentil.... Ella, cuya voz se la escucha con deleite, voz que hemos oído brotar en el llanto primero de la cuna, balbucear despues los nombres más queridos, reir al admirar ese rayo de luz que por las ventanas de la casa penetra y que el sol manda para dorar las frentes de los niños y besar las manos de los anciano ateridos; voz delicada que ora ménos cerca de vuestro oido, ora en la habitacion más lejana, voz que va y viene como la música dulce del trabajo doméstico, que os responde fingiendo enojo porque no quereis «dejaros cuidar» ó partiendo de labios queridos enmudece en vuestros labios acallada por el casto beso:

Ella, cuyos brazos se abren para danzar con vosotros con alegría infantil el día en que sois dichoso, y que se cierran y os estrechan apretadamente cuando el infortunio os apena, como si quisieran dar espacio á vuestra alegría y apretar vuestro dolor contra su corazon para reducirle á nada á fuerza de vívidos latidos:

Ella, cuyo Abril primero habéis admirado; ella, á la que debéis la amistad más dulce si es hermana, el cariño más ardiente y tierno si es hija; ella, con sus lábios donde latió la oracion primera que la enseñásteis, su frente donde se imprimió el beso primero que la dísteis,

sus sienes nacaradas que coronásteis quizá para la comunion primera, su cuello que ceñísteis con una reliquia santa, sus manos á las que debéis tantos cuidados y tantas caricias, su corazon inocente, su pensamiento puro; ella, vuestra hija, vuestra hermana... ese tesoro, ese mensajero de los cielos que nació en el hogar para infundir alegría y esparcir luz y preceder la fé del hermanito en los ángeles, y confirmar la esperanza en el paraíso en el alma del abuelo... es acechada: la perfidia del más vil enemigo tiende su red; vosotros no lo sabéis; vuestra biblioteca os absorbe: vuestro taller os ocupa ¿quién puede creerlo? No es ella buena. Está el seductor.

Por lo mismo, si no puede mancillar su honra, mancillará su alma; momentos de felicidad á toda costa, vanidad que satisfacer, fantasías que saciar, un tiempo precioso que distraer. Ella es un juguete de un deseo, de un delirio, de una holganza.

A veces el ataque es rudo; forma red de rosas el *hombre gusano,* hace cómplice á la naturaleza; por elocuencia emplea la lisonja, pone en los oídos el oropel de palabras que el tirano coronado holla con sus piés; del lodo de los alcázares fabrica un pedestal; tiene la insistencia, la constancia y la sordidez de la araña; cuando debe hacerlo, salta sobre su presa y la envenena.

Si intentáis defenderla, hacéis una cosa inútil. ¿Antes? No lo sabéis; el ladron es astuto, la sociedad alaba estas victorias y las calla; vecino con vecino se dan con el codo, sonríen satisfechos y enmundecen. Despues la preocupacion os pone un puñal y os recomienda un crímen; la sociedad os muestra un reglamento; la costumbre quiere dos casas extrañas; unas en las que la mujer duerme, y otras en las que la mujer enloquece; frente á las amadas de Dios, las vírgenes-meretrices de Satanás.

Pensad en que si se halla sola, el hambre la acosará; si vosotros morís, ella queda á merced de mil peligros. Si alguien se encuentra una cartera la recoge y la guarda hasta que su dueño parezca; si alguien halla ese tesoro, vuestra hija ó vuestra hermana, ¿qué se ha encontrado? una aventurera, ó una gamella pública.

¿Y él? Ladron el más vil de los ladrones, torpe reptil ¡oh! podrá ser ensalzado, alabado, respetado, sin que nadie descubra en él un ladron; gallofeando deleites robó, robó... la luz azulada misteriosa y brillante que arde en el alma de toda mujer pudorosa. Cuando las mejillas pierden su dulce rubor, alguien apaga un fuego santo en el pecho de la doncella y deja su alma en las tinieblas, temblorosa y sola.

¡Oh puro y casto ángel del hogar!

....

....

....

Y no tiene contra este crímen más que una defensa: la que le prestamos; la puerta que se cierra; la fiscalizacion de dueña; la monótona costumbre de la devocion autómata: la muerte al fin.

Sus ojos no leen, su alma no piensa.

Pronto, pronto, hacedla dueña y señora de su pensamiento; inclináos ante vuestra madre, ante vuestra hija, ante vuestra hermana; la humanidad lanzará un santo himno de justicia; hagamos el reconocimiento de un derecho cantado por la leyenda en el paraíso frondoso, bajo un cielo azul agrietado de nubes inflamadas por la aurora del día primero de los destinos del hombre.

¿Qué supone nuestra defensa?

Que se abroquele con el escudo férreo del derecho, que se defienda con la razon.

Hollando con su planta al reptil del cieno, despidien-

do destellos de su frente con la audacia del doncel en la fisonomía, la gentileza de una doncella en el continente, la risa breve y pura de un niño, sea la vírgen libertad que señale el porvenir.

Y al aparecer el sol en ese día sin fin de ilustracion y de libertad, que ella anime con su canto á las grandes falanges obreras en su trabajo de embellecer el mundo; agite la gran campana de plata que llamará al culto de la paz á todos los hombres; eleve en los cielos la rama de oliva, y sea en la sociedad, como en el hogar, sentimiento, amor, esperanza...

Madrid, Mayo 1881.

EL PALACIO ENCANTADO (1)

AL SR. D. TOMAS PEREZ Y GONZALEZ

I.

En la casa más pobre de una humilde aldea de Extremadura vivían una anciana señora y un pequeño huerfanito, nieto suyo.

La modesta vida de estas dos personas estaba rodeada de la consideracion y del respeto de sus convecinos; y es que nada hay más venerable que una anciana, ni nada más respetable que un niño pobre y desamparado.

El niño servía á la anciana, y ésta deleitaba el ánimo del niño refiriéndole multitud de hechos maravillosos, de aventuras extraordinarias, de asombrosos sucesos.

El niño se condolía de que todo cuanto la anciana le relataba fuera inverosímil.

—¡Qué lástima, —exclamaba, —que no existan esos

(1) Publicado por vez primera en *La Ilustracion de la infancia* y despues en *La Revista ilustrada*.

6

palacios de cristal, esas fuentes de licor y de leche, esa suculenta ciudad de Jauja, en cuyas murallas puede uno encontrar grandes trozos de mazapan!

Pero como el huerfanito no era goloso, llamaban más que esto su atencion los aparecidos, las luces misteriosas, las voces de los trasgos y fantasmas, los palacios encantados y toda esa multitud de bellas locuras que refieren los cuentos de encantamiento.

Todas las tardes, el niño, sentado ante la anciana y apoyando en las rodillas de ésta sus codos y en las manos su linda y sonriente cabecita, la escuchaba mandándola su aliento, como la florecilla silvestre que crece al pié del añoso roble manda á éste su perfume.

Oía con atencion. Ora se trataban del encuentro de una varita mágica, con la cual aparecían inmensos tesoros, ora de un pez sobre el cual, y en breve tiempo, cruzaba los mares algun personaje, ora de un caballo de tan vertiginosa carrera que en pocas horas atravesaba el mundo.

Algunas veces oía hablar de un pájaro que escuchando aquí un secreto volaba á referirlo á grandes distancias, otras de una caja en la que un encantador se encerraba y desde ella veía el mundo todo.

Portentosos hechos, raros sucesos, maravillas sin cuento referíale en sus historietas su bondadosa abuelita

Tantos prodigios escuchó, tales y tan asombrosas relaciones, que un dia, dominado por la más íntima tristeza, dijo á la anciana:

—Señora, ¿no es cierto que da pena considerar que cosas tan asombrosas no sean verdad?

¿Y cuál no sería la admiracion del niño al oir la siguiente respuesta de la anciana:

—¡Oh! pues son verdad y posibles; ya las verás algun día!

El niño quedó pensativo y casi dudando de lo que escuchaba.

II.

La preocupacion de Emiliano, que éste era el nombre de nuestro niño, fué grande durante mucho tiempo. Siempre esperaba ver llegar por el espacio al pájaro revelador, pero ninguno de los que á su vista aparecían tenía los bellos colores del que había oído hablar á su anciana protectora.

Esperaba ver por la noche luces de una intensidad superior á la llama del hogar y á la del triste candil que alumbraba la cocina. Algunas veces quería abandonar la aldea é ir en busca del palacio encantado, y hubiéralo hecho si la gratitud y el cariño que la anciana le inspiraba no le detuvieran.

Hallándose un día meditando su resolucion oyó hablar á su espalda: eran el maestro de la aldea y un rico hacendado de las cercanías.

—Señor maestro,—le decía éste,—¿sabe V. que ayer fuí paseando hasta Badajoz? Pues bien, supe allí que mi hermano, de quien ayer tuve buenas noticias, se había puesto repentinamente enfermo.

—¿Y cómo lo ha sabido V. estando él en Madrid?

—¡Hombre, por el telégrafo, que ya existe en la ciudad!

Emiliano se asombró.

—¡Telégrafo!—pensaba:—éste deber ser el pájaro de mi cuento.

Y se retiró pensativo.

Pasaron algunos años; Emiliano ya hábía cumplido catorce; la anciana había muerto, asegurándole que eran posibles los prodigios de los cuentos.

Cuando éste sabía leer bien y escribir correctamente, y no sólo esto sinó algo de contabilidad, pensó recorrer el mundo en busca de fortuna adquirida y lograda por su trabajo.

Abrió una cajita que sus padres al morir habían entregado á la anciana para que se la guardara, y entre otros documentos de suma importancia halló una carta dirigida á su madre por un tío suyo, en la que participaba éste su llegada á América, esperando allí con sus relaciones y su carrera de ingeniero labrarse una fortuna para protegerles despues.

No se sabe si hubo álguien que le diera noticias de su tío ó que le auxiliara, lo cierto es que pocos meses despues partía para Nueva-Orleans nuestro amiguito Emiliano.

III.

Emiliano halló reales los prodigios que su anciana protectora le refería.

¿Qué era para el ignorante aldeano el ferro-carril sinó el caballo alado de los cuentos? ¿Qué el barco de vapor sinó el mónstruo de la fábula?

Pero su asombro subió de punto cuando al llegar á Nueva-Orleans é informarse por qué parte de la ciudad se hallaba la casa de su tío, cuyas señas é indicaciones llevaba escritas en un papel, oyó decir:

—¡Ah! esa casa por que preguntáis es la casa encantada del ingeniero X.

—Casa encantada, ¿es posible?

—Id y lo veréis,—le contestaron.

Y Emiliano emprendió su camino fuera de la ciudad, montando en unos cómodos coches que le condujeron

en breve tiempo ante un palacio magnífico rodeado por un hermoso jardin.

—Este es, caballero,—le dijo un empleado que iba en el carruaje,—el palacio encantado del ingeniero X.

Bajó Emiliano, y penetrando en la quinta siguió el camino que bajo una arboleda conducía á la entrada del palacio.

¡Qué ameno lugar! ¡qué variedad y multitud de flores! Antes de llegar al palacio contempló varias fuentes lujosas de mármol labrado, muchos y caprichosos cenadores y un número prodigioso de estátuas.

En el portal del palacio suplicó á un criado dijese al señor X. que su sobrino Emiliano deseaba verle.

Al poco rato fué conducido á un elegante gabinete. Dicha habitacion estaba casi á oscuras; un gran cortinaje impedía que penetrara luz por las maderas casi cerradas de los balcones.

Emiliano, al poco de ser introducido en la habitacion, notó que, á pesar de la semi-oscuridad, hacíase perfectamente visible un magnífico cuadro que representaba los alrededores de la quinta, los sitios mismos por él poco tiempo ántes recorridos.

El cuadro se hallaba iluminado, parecía como que la luz partía del lienzo mismo.

¡Qué perfeccion y verdad en el dibujo! ¡qué brillantez de color!

Bien hubiera podido afirmarse, sin temor de un engaño, que tan acabada pintura era obra de algun gran maestro.

Tal era de perfecto su dibujo y de maravilloso su colorido.

Pero áun había algo más asombroso; hacía algun tiempo que Emiliano contemplaba el precioso piasaje, cuando del fondo del bosque, que á un lado del cuadro

se veía sale una figura, anda por la vereda, penetra en los cuadros de flores, va, viene y se mueve, determinando diversas actitudes y movimientos.

No salía de su estupor Emiliano creyendo tener delante de sí, más que un cuadro, alguna ventana abierta, desde la cual contemplaba todo aquello.

De pronto abrieron uno de los balcones y penetró un torrente de luz.

Era el tío de Emiliano que llegaba.

Este le suludó con respeto y le dijo el motivo de su visita.

Preocupado el niño con el efecto que le había producido el cuadro, miró á éste involuntariamente y no vió sinó un lienzo blanco y un marco. El cuadro había desaparecido.

No sabía cómo explicarse aquello: trémulo, asustado, apénas se daba cuenta de lo que le acontecía; contemplaba con respeto, mezclado de temor, á su tio, hombre de pelo y barba blancos, frente despejada, continente grave y tranquilo, y creía ver en él al encantador, al mago de los cuentos.

Acogióle con bondad el tío y preguntóle la causa de su temor.

Emiliano, lleno de miedo, le refirió su asombro.

—¡Ah!—dijo el ingeniero,—nada te extrañe; el pintor de ese cuadro que has admirado es el sol; ya te explicaré esto, así como otros tantos prodigios que admirarás.

En aquel palacio vió Emiliano verdaderos muchos de los sucesos extraordinarios.

En una caja de caoba, alta y cuadrada, y dispuesta de modo que podía aplicarse la vista, guardaba su tío todas las perspectivas más notables del mundo, que aparecían á la vista de Emiliano con sólo mover éste un pequeño cilindro.

Vió las ruinas de Roma, las de Grecia, los palacios afiligranados de los árabes, las soledades del Asia, las montañas de Suiza, los rios, los volcanes, los mares del mundo.

Todo esto apareció ante sus ojos en breves momentos.

El tío de Emiliano llamaba á aquella caja un estereóscopo.

Por la noche, á la luz de una pequeña linterna, hacíale ver fantasmas y visiones que no le causaban terror porque aseguraba su tío que todo aquello llegaría á comprenderlo.

En aquella casa, cuando se necesitaba algo, no había necesidad de gritar para llamar algun criado; bastaba apretar un boton que había en todas las habitaciones, y entónces el criado aparecía.

Contar, por ultimo, las cosas asombrosas que Emiliano vió en el palacio sería cuento de nunca acabar, y éstos deben acabarse, porque si no se hacen pesados.

Una tarde en que Emiliano paseaba por una extensa galería pensando que su tío era un mago, un encantador, pero de los buenos, no de los crueles, llamó su atencion una puerta entreabierta que siempre había visto cerrada.

Sabido es que en todos los palacios encantados hay algun lugar reservado y oculto para todos, donde no es dado penetrar; su tío le había encargado que no entrara allí donde él no le hubiera permitido, ni tocara objeto alguno sin que él se lo consintiera. Pero pudo tanto la curiosidad en Emiliano, que primero entreabrió la puerta, despues introdujo la cabeza, y por último penetró.

Y aquí recibió la más profunda y aterradora de las sorpresas.

Apénas había entrado Emiliano en el salon, la puerta se cerró.

En grandes armarios de crístal vió pájaros de lindos y variados colores, inmóviles, sin vida.

Sin duda, pensó Emiliano, son príncipes encantados.

Pero su terror aumentó al ver en grandes tablas cabezas humanas, manos y piernas cortadas.

¡Oh realidad espantosa! ¡estaba en el fondo del secreto taller de infamias y crímenes de un encantador, de un brujo maldito, de un mago infame!

¿Cuál sería la suerte del pobre Emiliano?

Aterrado, pensaba todo esto, cuando se abrió la puerta del salon y penetró el ingeniero.

Emiliano le miro despavorido.

—Comprendo tu terror,—dijo el mago;—te figuras que todo cuanto aquí ves es verdadero; me tomas por algun ogro cruel, y yo me alegro, porque para eso hice este palacio encantado, para en él hacer ver á los ignorantes todos los prodigios de la ciencia reunidos. Lo que te decía tu abuela es verdad; el comercio y la industria hacen ciudades como Jauja, el caballo alado es el ferro-carril, el pájaro revelador el telégrafo: por el estereóscopo aparecen á tu vista lejanos países; por el teléfono hablas á largas distancias; por el fonógrafo perpetúas tu voz, por la fotografía tu sombra. Aquel cuadro que admiraste el primer día, es una aplicacion que yo hago de la cámara oscura.

Y este salon que tanto te aterra es un museo de anatomía é historia natural.

Existe, querido Emiliano, una varita mágica que realiza todo esto.

—¿Dónde se halla?—pregutó Emiliano.

—En la ciencia,—contestó el ingeniero.

IV.

Emiliano estudió.

Hoy es ingeniero mecánico y realiza portentos.

¡Magnífico y esplendente resultado del trabajo, por el que el hombre se hace señor y dueño de los elementos, poderoso rey de la creacion!

El cuento de la vieja es una verdad en la ciencia.

Actividad asombrosa del hombre, ¡qué milagros realizas!

UN DRAMA EN GUIÑOL

AL DISTINGUIDO ACTOR MANUEL RODRIGUEZ LUNA

I.

No hay crímen en el mundo que se oculte
Aunque la tierra toda lo sepulte.
(*Hamlet*, Shakespeare, version castellana
de G. Mac-Pherson.)

Parece que se ha dejado á los astros admirar la alegría de los niños; el techo mejor pintado de todos los teatros posibles es el del teatro Guiñol: el cielo mismo.

Cuatro tablas, cerca de las cuales se levantan los árboles ofreciendo á la infancia más débil, á la infancia miserable, un palco régio, alto, empavesado; desde éste mira por fuera al teatro el audaz pilluelo, sonriente y malicioso, como quien está en el secreto de todo lo cómico de la vida.

—Guiñol y Polichinela arreglan sus dudas á palos, y los hombres tambien,—pensará aquel niño.

El palo es aquí la única razon del maestro, del polizonte, del padre, de la sociedad toda.

El teatro que se engrandeció hasta la categoría de templo en servicio de los hombres se achica hasta convertirse en juguete por servir á los niños. El viejo Esquilo hubiera querido por espectadores los párvulos de Jesús; el alegre Aristófanes hubiera dado cualquier cosa por excitar la hilaridad de los niños. ¿Deja el niño de ser ya un hombre? ¿Deja acaso el hombre de ser un un niño?

Cuantos vean el teatro Guiñol, cuán léjos estarán de sospechar que allí se desarrolla un drama: el drama humano.

II.

La vieja sociedad se vé allí; el terrible azote de la sin razon allí por vez primera aparece á los ojos de los niños.

¡Oh qué rumor! Ruído de agua que se desliza, de hojas movidas por el viento, dulcísima música que envuelve en conmovedora emocion, risas alegres, acentos graciosos, voces frescas; no sabemos qué ambiente, qué indeciso ruído os embriaga; ese preludio del trueno que anuncia al oído la presencia de las multitudes es aquí no tan sordo como el rumor del enjambre, ni tan agudo como el cantar de los pájaros en el bosque; pero lleno de vida, variado, poderoso; vedla: esa multitud son los espectadores de Guiñol.

Sus ojos fijos y asombrados, sus bocas entreabiertas; dotados de esa inquietud de la infancia que parece hacer alado é impalpable al niño, permanecen, sin embargo, inmóviles, dirigiendo sus miradas á los marionettes.

Tambien á ellos los miran unos ojos llenos de amor, de impaciencia, de éxtasís: los de la madre.

¡Ah infame Guiñol, que acaba de apoderarse por sorpresa de la racion de Polichinela: lo veremos; pues qué, ¿acaso Polichinela no tiene un palo? ¡El palo vence!

Allí hay una poderosa razon indescifrable: la razon de la fuerza.

¡Oh qué alegría! ¡Polichinela vence á Guiñol; Giñol á Polichinela! ¡Qué gozo! ¡Cómo saltan aquellos pequeños corazones! ¡qué de exclamaciones inarticuladas y alegres pueblan vibrando el espacio!

Ningun teatro ofrece más serio motivo de meditacion. Para los que piensan que el teatro es una cátedra y un maestro el autor, la conclusion no puede ser más vergonzosa.

¿A qué enseñan? ¿A pegar?

Para los que opinamos que no es sinó un reflejo de la vida, y que la sociedad y el sistema deben de ser reproducidos fielmente, siendo esta la verdad que en el arte proclamamos, el teatro Guiñol es el primer teatro.

La razon única, el palo.

III.

—Dame tu pan; es mío.

—No quiero, me es necesario.

—Lo veremos.

Los dos niños se pegan.

Dame tu derecho, cédeme tú hogar, trabaja y ríndeme el mayor fruto de tu esfuerzo, sírveme contra el enemigo de mi ambicioso propósito....

Los dos hombres se pegan....

¡Oh, qué drama el de Guiñol!

Erguídos unos sobre los bancos, medio recostados otros en las faldas de las niñeras ó de las madres, asom-

brados, suspendidos, mantiénense los niños esperando el desenlace del drama que contemplan.

¡Qué delicioso perfume escapa de sus bocas entreabiertas; aquel lugar es la cuna de nacientes fantasías, agitando por vez primera pasiones que luégo han de ser la impulsion de la vida.

Tras un árbol negro, sobre el nacarado cielo, aparece lentamente la luna con los continentes borrosos que semejan indecisos las facciones de un rostro humano; diríase que en el cielo había una cara redonda, curiosa, grotesca como la de Guiñol, y que despacio quiere mirar al teatro procurando no verse sorprendida.

Todo en aquel lugar parece motivo de juego.

El gran satírico inglés, autor de los viajes de Gullivier, explicaba este fenómeno; venís del país de los enanos, y os creéis un gigante; váis á vivir entre gigantes os creeríais siempre un enano.

¡Ah! ¡Cuánto nos acobarda el terrible rodar de la artillería sobre el empedrado de las calles! La ciudad que en su vida ordinaria impone magestuosamente con sus escuelas que enseñan, sus fábricas que realizan prodigios, su comercio que acumula tesoros, sus fiestas que promueven la alegría y el entusiasmo hállase entónces desierta, temblorosa; aterrada la terrible serpiente de la guerra arrástrase sobre sus formidables anillos, aturde con sus estridentes silbidos y aullidos; cruza la falange de la desolacion y de la muerte.

¡Oh! ¿qué pasa? Cuán pequeño sois; escondéos; eso que truena es la inmensa fuerza armada. Alejandro, César, Guillermo, las trágicas figuras que con sus miradas de génio taladran los Pirineos-fronteras, los Alpes-muros, los Himalayas-baluartes, empañan el cielo, hacen temblar la tierra, y, rompiendo el misterioso valladar del destino, precipitan millones de hombres por

las cuencas de la muerte en el abismo del más allá desconocido. ¿Qué sois ante esos siniestros y titánicos reyes? Nada; un granito imperceptible de arena; el aire movido á su paso os hará desaparecer.

¡Ah! pensad esto, y luégo oid la alegre campanita de Guiñol, latido de una risa diabólica en la apacible noche. Los grandes espíritus asisten al festival; Cervantes ríe allí la locura de la fuerza; Quevedo, tambien; Voltaire, tambien.

Todo aquello, la guerra, los héroes, la fuerza redúcese en el teatrito á esta mínima expresion: el palo de Guiñol.

Tambien la guerra es una fiesta de marionettes; su hábil actor mueve por debajo todo lo que nos aterra.

El crímen de la fuerza si no hubiera sido denunciado apareceria en su siniestro ridículo... apareceria en Guiñol.

Drama terrible; el palo es y representa la conciencia esclava por la hoguera; la razon esclava del soldado; el sentimiento víctima del martirio; toda la grandeza de lo terrible aparece diminuto; ese teatro es un aparato óptico que, al revés de otros, en vez de agrandar para señalar lo imperceptible reduce todo á su tamaño real.

Eso tan colosal, la guerra, es así del tamaño de un polichinela; tiene la altura de la sin razon.

Tu crimen, vieja sociedad, no permanece oculto; la explotacion á la fuerza, la violenta torsion de la voluntad por la fuerza, la terrible opresion por la fuerza eso es palo de Guiñol.

Allí todo lo que os deslumbra en la vida se os aparece pequeñito y ridículo; fuera sois una arista, nada, un átomo; ménos que esto, un soldado; aquí, al raciocinar, todo es pequeño; sois el gigante de la razon.

Convencer es vencer dos veces, niños queridos; con-

venciendo vencéis sobre el error de otro, no humillando sinó haciendo partícipe de la victoria al convencido, victoria igual para los dos que luchan, extraña guerra donde sólo hay un vencido: el error.

La guerra es eso que hacen los reyes; la paz es la vida de los pueblos; los reyes hacen Sedan; los pueblos el consorcio *Paris-Murcia.*

La terrible razon del palo desaparecerá.

Fraternidad de las artes, teatro paternal que agitas la alegría en las almas nacientes, tú promueves en las generaciones que han de venir la risa ante el drama del palo.

La vida, más breve que los actos de tus dramas, alzará en mil aspectos la cortina ante esos espectadores tuyos; ¿cuándo olvidarán que la fuerza es un crímen digno de ser castigado como Voltaire castigó el tormento con la risa?

Primavera, luz, perfumados ambientes, la expectacion del cielo rosado, la majestuosa marcha de los astros, la vívida energía de la naturaleza, la fuerza poderosa de la creacion, la infancia que late y ríe, el trabajo lento que embellece, renueva y crea; la madre que ama, el padre que contempla; hé aquí algo gigantesco ante los que somos enanos; este algo es la paz, trás de la cual se siente á Dios.

La guerra, la explotacion, la opresion son todo lo ridículo: son el palo de Guiñol.

Sigue, alegre campanita, llamando al tierno y alegre expetaculo, comedia para esos niños á quienes aguarda un pródigo y espléndido porvenir, drama para nosotros áun oprimidos por la garra del pasado.

Madrid 9 de Julio de 1881.

LAS MARIPOSAS [1]

I.

Julio era un precioso muchacho lleno de gracia y de talento.

Ambas cualidades se reciben como dones de inestimable precio por la naturaleza; pero se pierden al abandonar la virtud, esa hermosura del corazon, y el estudio, ese medio poderoso de engrandecer la inteligencia.

Correr sin objeto más del tiempo debido, dedicar las horas de trabajo á la contemplacion de los juguetes, olvidar las graves ideas recibidas en el áula por atender á los soldaditos de plomo ó á la pelota, son acciones que al cabo de algun tiempo conducen á un funesto resultado.

Todos estos pasatiempos hicieron de Julio un niño torpe é indiscreto.

No hace mucho tiempo que vimos lo que le aconteció á este pobre niño, y pensamos que los lectores de *La*

(1) Este cuento fué publicado por vez primera en *La Ilustracion de la infancia*, y dedicado á los lectores de aquella publicacion.

Ilustracion de la Infancia, los niños que dedican algunos momentos al provechoso placer de la lectura, podrían referir el hecho á algun amiguito descuidado, que se hallará en iguales condiciones que nuestro Julio.

En la vida la amistad es el sentimiento que más nos acerca á nuestros semejantes, y por ella nos auxiliamos y protegemos mútuamente.

Nosotros, pensando prestar un servicio, intentamos referir este cuento á nuestros amiguitos.

II.

¡Cuán desdichado es el hombre que se levanta todos los días sin tener que pensar en el trabajo.

El ingeniero sale del lecho para pensar y dibujar sus planos; construye puentes, perfora montes, une los continentes apartados, inventa máquinas y aparatos de gran utilidad; el pintor prepara su caballete y su lienzo, vierte el color, copia preciosos paisajes y traza los grandes episodios históricos, alcanzando por este medio las primeras medallas en las exposiciones; el escritor estudia y dispone de la manera más bella sus escritos para instruir y moralizar, y todos desenvuelven su provechosa y saludable actividad, mereciendo nombre y gloria y contribuyendo al progreso de su patria.

El pobre obrero del campo, el de la ciudad, el del mar, ¿cuánto no sudan y trabajan? ¿qué utilidad tan inmediata no prestan á la sociedad?

Al aparecer el sol, anuncio de un nuevo día, se despiertan multitud de hombres á la vida del trabajo, emprenden la lucha contra los obstáculos, triunfan de mil modos y consiguen frutos provechosos.

Pero el holgazan, como el zángano de la colmena,

nada produce, nada consigue; levántase del lecho, y pasa, hasta que el sol se esconde, en la más vergonzosa pereza, ó en placeres que sólo son gratos cuando sirven de recompensa al trabajo.

Al número de los torpes holgazanes pertenecía Julio, que tenía en muy poco las facultades de inteligencia y memoria con que naciera dotado, y abandonaba el estudio por el juego, el libro por el trompo y el aula por el jardin y los campos.

Naturalmente, acontecíale lo que acontecer suele á los holgazanes: hallábase muchas veces solo. Durante el tiempo que sus amigos pasaban en la escuela, aburríase y pasaba largas horas sin humor ni áun para jugar y sin pensar ni hacer cosa alguna.

Un día que se encontraba más que nunca triste y aburrido en su soledad, cansado de pasear por un hermoso jardin, vió una blanca y linda mariposa revolotear incesantemente sobre los cuadros de flores.

Esta sorpresa le animó, y dióse á correr tras la mariposilla, haciendo con nudos una especie de bolsa de su pañuelo é intentando encerrar en él al precioso insecto alado.

Bien sabéis cuan difícil es cazar mariposas; os agitáis en una larga y desigual carrera, mil veces os acercáis al insecto, que, con las alas plegadas, posado sobre el cáliz de una flor, parece no advertir vuestra presencia, y cuando lanzáis sobre él la manga de red, ó cuidadosamente queréis encerrarle en el sombrero ó en el pañuelo, vuela y desaparece, haciendo, si le descubrís, que emprendáis la misma carrera desigual, el mismo cuidado, para tocar casi siempre con un resultado parecido que burla vuestro afanes.

Toda la tarde la pasó Julio persiguiendo mariposas, sin que lograra cazar alguna.

Volvíase desesperado á su casa, y en el camino encontró á un pobre niño de escaso talento, pero de mucha aplicacion.

—¿De dónde vienes, Antonio?—le preguntó Julio.

—De la escuela.

—Yo no sé por qué vas á ella; no has de conseguir nada por mucho que estudies.

—Pues tú, y perdóname que te lo diga, tú que tienes un hermoso talento, no debieras dejar de ir... ¡si yo tuviera tu inteligencia!

—Por eso no voy, porque cuando sea mayor aprenderé á poco que estudie,—contestó con presuncion Julio.

Y como le llamara la atencion un precioso libro que llevaba Antonio en sus manos, no pudo resistir la curiosidad, y le preguntó que quién le habia dado aquel libro.

—Es un premio á la aplicacion, un lindo libro que he ganado. Trata de historia natural, y estoy muy contento, porque es un bonito estudio á que pienso dedicarme,—contestó Antonio.

Despidiéronse los niños. Antonio muy contento con su libro y Julio muy triste de envidia.

Cólera, vanidad y envidia: hé aquí los ponzoñosos frutos de la pereza.

Pero Julio estaba dominado por esta pasion, que, como la carcoma, roe y taladra el corazon, precipitándole en todos los vicios.

No prestaba oídos á los prudentes consejos de sus padres y de sus amigos.

Todos los días persiguiendo mariposas, se abandonaba á este loco placer.

Había hallado un medio de hacer más soportables sus horas de soledad y de combatir el aburrimiento producido por su pereza.

Un día, exasperado, seguía con ardoroso afan uno de aquellos preciosos insectos: corre tras él, se interna en una quinta, olvidando que no es dado penetrar sin permiso en posesion ajena, vé posado el objeto que deseaba sobre una planta, corre hácia él, pone encima del insecto su mano... y, por fin, le coge; mas como había sido violenta su carrera, cae al suelo, estropeando al caer algunas plantas.

En su mano cerrada guardaba la mariposa, logra levantarse, abre los dedos y halla muerto el insecto y reducidas á polvo sus ténues alitas.

La presion que sobre la mariposa habían ejercido los dedos produjeron este efecto.

¡Hé aquí el término de las vanas dichas, que muchas veces perseguimos poseídos de un ciego entusiasmo!

Pero no fué esto todo. ¡Pobre niño! Víctima del mayor desconsuelo, limpiando sus vestidos llenos de lodo y desgarrados, no había tenido tiempo de ver á un hombre que, irritado, se acercó á él, y cogiéndole de un brazo le dijo:

—¿Qué hacéis ahí, ladronzuelo? ¿venís á robar la fruta, eh? Sí, no puede ménos; esta es la hora en que los aprendices están en sus talleres, los colegiales en su estudio, y tú no te hallas en ninguno de esos sitios, por consiguiente, eres un ladron...

El niño quedó aterrado al oír esto, lloró y protestó, pero todo fué en vano.

—Yo te enseñaré á estropear lo que tanto trabajo y tantos afanes me cuesta cultivar,—dijo el hortelano.

Y tomando de la mano á Julio llevóle á un cuarto oscuro donde le dejó encerrado, dándole un pedazo de pan negro y duro y un cántaro de agua, y lo que era más terrible aún, sumido en la más profunda é imponente oscuridad.

Cuatro días permaneció encerrado, sin ver otra persona que á su cruel carcelero, y esto una vez solamente cuando por la noche entraba con el pan y el agua.

Excesiva crueldad, castigo dado por un labriego tosco que no tenía otra manera de comprender la educacion de un niño.

Pero castigo tan conveniente, en cierto modo, le enseñaba al niño á lo que el hombre puede despues exponerse llevando una vida ociosa.

Por fin, fué puesto en libertad, y cuando llegó á su casa vió que su familia y algunos amigos le esperaban; lanzóse en brazos de todos y prometió enmendarse.

El jardinero había dado parte al padre de Julio de la aventura del jardin, y el padre aprobó el castigo queriendo dar una severa leccion á su hijo.

Pero todo se olvidó y Julio halló á sus padres y amigos cariñosos y sonrientes.

Diéronle de comer y le prodigaron mil caricias.

Entre los amigos que le esperaban se hallaba Antonio, que por distraer á Julio de su dolor llamóle aparte, y descubriendo una preciosa cajita le mostró un número grandioso de lepidópteros de todos tamaños y colores.

Julio se asombró.

—¿Cómo has cazado tantas?

—No las he cazado; me las han regalado como premio á mis conocimientos en historia natural, á todas las conozco, sé donde se crían y cuáles son sus costumbres.

Julio entónces comprendió más su error.

—¡Oh! ya sé,—exclamó,—cómo se alcanzan las cosas, cómo verdaderamente se disfrutan, y cuál es el verdadero talento y la mejor manera de cazar mariposas.

VÍCTOR-HUGO (1)

I.

Tomamos la pluma para dedicar al gran hombre un religioso sentimiento de admiracion.

En el siglo de las grandes luchas vivimos, contando entre nosotros á los grandes soldados: Lamennais, Michelet, Victor-Hugo, ¡capitanes ilustres!...

En el combate contra la supersticion, contra la opresion, contra la miseria, contra la ignorancia, contra el mal, los partidos forman las guerrillas, la escuela el gran cuerpo de ejército. Los partidos atienden, en esta guerra, á las necesidades del momento, á las defensas primeras, á los ataques de la vanguardia; las escuelas defienden la retirada, mantienen las conquistas, y con su mira de alcance señalan la extension del camino, presentan la majestad de la victoria.

Los partidos son vencidos; la escuela avanza, avanza hasta el fin.

(1) Publicado en *La Nueva Prensa* y reproducido por varios periódicos.

Como brotó la luz en el día primero del Génesis, brotó la declaracion de los derechos en el día de la revolucion.

Y sin embargo, la escuela era antigua, no era aquella su obra primera; siendo su mejor victoria no sería la última.

Contra la escuela no hay armas posibles; cuenta como soldados á los inspirados de todos los tiempos, á los génios de todas las edades: hay en ella tal aglomeracion de almas iluminadas, que hace pensar en la existencia de un lugar de inmensa luz y de perpétua é inmarcesible gloria.

En la lucha la escuela tiene una mision, el progreso; la mision del partido es el hecho. Los partidos piden hombres, naturalezas activas: las escuelas génios, hombres, naturalezas pensadoras, almas llenas de la ambicion gigante de realizar el bien.

Como el obrero que torpemente hace el trabajo que le marcó el arquitecto, así muchas veces los partidos siguen las líneas extensas del magestuoso plano que les trazó la escuela.

El partido vive de pasiones, la escuela se alimenta de ideas.

Hay que hacer en el partido sacrificios de valor: en la escuela se ejerce la virtud hasta el martirio.

Los partidos tienen mártires como Riego, las escuelas héroes como Jesús.

En todos los tiempos la escuela presentó en combates pensadores: Moisés, Jeremías, Isaías, Jesús, Confucio y Platon, cadena indefinida.

Perdimos á Voltaire, perdimos á Rousseau y se extinguió tambien la raza de hombres que en los partidos cumplían el mandato de la gran escuela, y cuando la fé decaía, y cuando el desaliento se apoderaba de las al-

mas, cuando en la mente aparecia ese pensamiento blasfemo, síntoma de un gran mal, formulado en esta frase triste «el progreso es un sueño,» surgió á iluminar desde su siglo los venideros tiempos, el gran poeta, el gran pensandor, la sagrada conciencia, la actividad varonil, el génio de Víctor-Hugo.

A su luz viven inteligencias elevadas, al calor suyo corazones entusiastas; atrae, presta luz, vida y calor é impulsa á horizontes mejores. Tiene su génio propiedades de astro.

Ha sido y es el hombre de escuela, ha sido y es el hombre de la época, ha sido y es el poeta de la revolucion.

II.

¡En qué profunda noche ha vivido la inteligencia del pueblo!

La tibia luz de un crepúsculo disipa hoy las sombras; pero hace poco, muy poco, el feudalismo en Francia, el absolutismo en España, el fanatismo en todas partes, existían. Por toda lógica se admitía el paraíso como realidad, se negaba como utopia el progreso; manjares de la mesa de la vida regalaban sólo á los afortunados, á los poderosos.

La autoridad tenía sus hijos predilectos, el cielo sus hijos escogidos.

Se nacía para el poder, se nacía para el sacerdocio.

Hoy es distinto; el festin lujoso de los potentados es interrumpido á veces por el *Mane Thecet Pharés* que escribe con caractéres rojos la mano del pueblo.

Se goza ya de un supremo bien, la libertad; se realiza ya un grandioso principio, la justicia.

El poder reside en la majestad del derecho del pueblo;

donde este derecho no es un hecho, es un principio reconocido.

Al goce de todos estos beneficios hemos llegado, y casi hemos olvidado los tiempos pasados, tiempos de horror, tiempos en que las manos yacían presas por el hierro, las inteligencias dormidas por la supersticion.

Ved aquí por qué era preciso en nuestros tiempos recordar los resultados del progreso; era necesario hablar al pueblo el lenguaje del pensador. Ved la obra de Víctor-Hugo.

Siempre amaremos las creaciones grandiosas de nuestro poeta, siempre nos indignaremos con la tiranía, siempre nos sentiremos irritados contra la esclavitud; pero si bien apartaremos con terror nuestra mirada del abismo oscuro del pasado, no será sin la eleccion viva y profunda que nos dan las protestas que Víctor-Hugo pone en boca del hombre que ríe en la Cámara de los Lores, en boca de Ruy-Blas en el Consejo de Castilla al hablar un lenguaje superior al del rey, ¡el lenguaje del ciudadano!

Estas protestas son la expresion viva de que en la naturaleza jamás se pierde el instinto que conduce á la libertad.

¡La víctima siempre ha protestado en nombre de la justicia!

Gran obrero de la gran escuela, escribe pintando su vigorosa pluma el cuadro siniestro que á sus espaldas deja la humanidad que marcha, y los luminosos horizontes que se abren anunciando el majestuoso porvenir.

Colocado en lo más elevado, señala el peligro y denuncia; determina lo que puede ser un estorbo para la realizacion del progreso.

¡Vigía diligente, vigía valeroso!

¡Esta es la manera de cumplir la mision gloriosa del apostolado!

¡Denuncia el peligro, inspira la desconfianza!

Gauvieu, el soldado del *Noventa y tres,* es la figura angélica, ideal grandioso del mañana; personifica á la juventud que extiende su lenguaje, á la juventud que guía ese generoso anciano.

Hé aquí la obra del génio.

Si cada grande hombre sintetiza un siglo en cada época representada en la colosal figura de un génio, Víctor-Hugo es el siglo XIX, el siglo hijo de la revolucion, el siglo de las grandes empresas, el siglo de la libertad.

La escuela eterna halló en él un profundo maestro.

Las generaciones aprenderán que en nuestra época percibimos los destellos primeros de la gran luz, desterramos la injusticia de nuestras leyes y establecimos como verdadera creencia la creencia de que el mundo marcha impulsado por una fuerza acelerada y constante por la senda ilimitada del progreso.

Esto presentarán los tres grandes poemas *El Hombre que rie*, *Los miserables* y *Noventa y tres.*

El gran problema, la fatalidad eterna, el enigma, ayer se miraba con terror. Vedlo en *Nuestra Señora de Paris.* Hoy se le estudia, se le mira cara á cara, se le analiza, y al presentársenos la bestia del Apocalipsis, en vez de producirnos terror, la clasificaríamos, la disecaríamos.

Desconocemos mucho, pero ansiamos conocerlo todo.

A la fé, hija del terror, se sucedió la duda, hija de la razon, y á ésta sucederá el convencimiento, hijo de la verdad.

¡La ciencia! Mundo desconocido, abierto hoy á la insaciable voracidad de conocer que inquieta al alma humana, altura inmensa, punto de vista elevado para mirar al infinito. La ciencia es hoy la religion que á todos nos une; la ciencia, la encargada de hacer posible el paraíso con que Jesús soñó: la ciencia que hoy mató el

terror é inspiró la investigacion. Investigarlo todo, para conocernos, para conocer nuestro destino para llegar á Dios, ¿no es este el propósito de las religiones?

III.

Hé aquí la obra de Víctor-Hugo.

El génio tiene una mirada que penetra en los insondables y sombríos arcanos del abismo.

De aquí la íntima melancolía del génio.

Parece que Dios ha puesto en sus manos el pincel siniestro; parece que le es permitido posar los labios en la boca de la formidable trompeta de la muerte.

Jeremías, Dante y Juan, creadores terribles.

Víctor-Hugo es, como ellos, un génio titan que mira cara á cara lo horrible, frente á frente al mal y lo denuncia.

Las sociedades tienen en él un génio apocalíptico que despues de torturar su alma con el recuerdo de un pasado fatídico de esclavitud hedionda, extiende su índice y señala las tintas rosadas, anuncio cándido de un porvenir, aurora de un día de suprema libertad, de verdadera justicia, de perpétuo bien.

UN ENAMORADO Á BORDO

UN ENAMORADO Á BORDO.

Á MARIO NAVARRO AMANDI.

I.

JESÚS BARBENIGA.

El pintor que hubiera sorprendido en la tarde del 6 de Agosto de 1880 el patio de una humilde casita situada en Miranda, barrio de Santander, no habría, seguramente, perdido el tiempo; ofrecíasele allí un grupo de estudio.

Como dos alas brillantes abríanse los dos cristales de una ventanita que daba luz á un pequeño minarete; el sol reflejaba en ellos. Una enredadera bajaba, sirviendo de tapiz á las paredes, hasta orlar la puerta de la casa: frente á esta casa presentábase el grupo referido.

Sentada, en primer término, veíase una mujer jóven y sana; imposible hubiera sido fijarse en detalles; ella era no más que un accidente del cuadro, y éste llamaba todo él hacia sí la energía de la mirada. Un niño, como de dos años de edad, y un perro, se hallaban á sus fal-

das; el niño jugueteaba con el perro uniendo su cabeza á la del animal y echando sus bracitos alrededor de su cuello. El niño estaba cubierto solamente con una camisilla.

No léjos de esta mitad del grupo veíase la otra mitad. Un hombre alto, moreno, jóven tambien y fornido arreglaba unas redes y á la vez jugaba.

Abrazado á una de sus piernas, otro niño de cuatro años veía el trabajo de las manos del hombre con la atencion del que admira lo que no comprende; y allí, dentro de la red oscura, en el fondo de un hueco de ésta formado por la parte que de ella se alzaba del suelo é iba á posarse sobre las rodillas del hombre, en aquel pliegue de hilos oscuros, en aquella confusa trabazon de gruesos bramantes embreados yacía prisionera, como una mosca en la tela de una araña, una niña de un año, cubierta con un juboncito, tendida boca arriba y mirando el espacio azul cortado en cuadros por las cuerdas de la red. Con aquella niña jugaba aquel hombre. A veces la niña sacaba sus deditos metiéndolos entre las cuerdas como por entre las de un arpa; el hombre veía asomar aquellos deditos y dejaba vivamente su trabajo, alargando el brazo para cogerlos; esto producía un estremecimiento en la red; la niña libraba precipitadamente sus dedos y sacudía el tejido con sus piés lanzando al aire la alegría de sus risas; de aquellas cuerdas brotaba esta armonía.

Tal era el grupo que aparecía en el patio de aquella humilde casita.

Hé aquí una familia, se decía al verle, sintiendo en el corazon ese enternecimiento que nos acomete al sorprender sobre el agrietado viejo tronco, bajo la cortina densa del ramaje, una rosca de pajas y plumas y dentro la madre y lòs hijos. Ved, se dice, un nido.

Despues, detalladamente, estudiábais el cuadro; la madre era de una belleza dulce; tenía la tranquilidad de la mujer que trabaja en el cumplimiento de esa mision que es la vida toda de las madres: amar al marido é idolatrar á los hijos.

Todas las religiones fundadas en la fé, que es el amor, y en la esperanza, que es la vida, tienen una serie de actos con que satisfacer esa necesidad del presente que cree, y del provenir que espera; á estos actos se llama culto.

El trabajo doméstico es el culto de esa religion de la madre que ofrece el presente al marido y vive con el pensamiento en el presente y en el porvenir de sus hijos. Murmurando en el hogar, como quien hace á regañadientes su deber, ó como si comprendiera lo importante de su cometido y se hinchara del vapor del orgullo, la olla mantiene permanentemente despierto el oído de la mujer; y en tanto la vista de ésta se posa sobre los hijos, mirándolos con amor é inspeccionando á la vez el estado de sus vestidos, sus manos vénse ocupadas en la labor, y su pensamiento en la faena que ha de realizar, en la economía que ha de establecer, en lo que ha de mejorar. ¡Oh adorada sacerdotisa de la naturaleza y de la vida!

Aquella mujer era eso que se llama *de su casa,* es decir, de su templo, de su religion.

El hombre era grave y rudo; difícil sería adivinar si aquella gravedad provenía de la rudeza ó aquella rudeza era expresion de su gravedad. Ambas se perdían al llegar junto á sus hijos.

Aquel hombre era un pescador.

Sabido es que los pescadores, como los padres del nido, huyen del hogar, léjos, muy léjos, para volver á él con el sustento; de aquí eso de que ninguno *manda en su*

casa. Siempre que llegan vienen del peligro; diariamente sorprenden su casa como el que vuelve de un largo viaje; los hijos y la mujer esperan á veces tres días; de aquí las contínuas y repetidas caricias; de aquí el amor no interrumpido por una vida perezosa, monótona y rutinaria.

Tales eran el hombre y la mujer, el padre y la madre de aquellos tres ángeles.

En aquel estado fueron sorprendidos por un suceso sin importancia.

El sol doraba ya los últimos extremos de las ventanas; el niño, que estaba cerca de la madre, habíase dormido en las faldas de ésta medio abrazado al perro que, paciente y manso, le miraba.

El juego del padre y la niña prisionera en la red había continuado, variando en mil formas; bien la niña escapaba, ora era cogida y encerrada de nuevo en la prision. Las risas del padre y de la niña se unían en extraño y armónico tono al solemne y grave rumor del mar lejano.

De pronto la puerta del patio se abrió, y pudo contemplar el grupo un hombre vestido con el uniforme de la guardia municipal.

—¿Eres tú Jesús Barbeniga?—preguntó.

—Yo,—dijo el hombre avanzando hacia el recien llegado.

—Toma el recibo.

Y el guardia desapareció sin decir más.

Esto no es extraño en los montañeses, hombres ásperos como las montañas, y hasta inaccesibles como ellas.

La independencia á veces engendra caractéres bruscos y duros. El saludo se suprime.

Jesús dijo mirando el papel que el guardia le había entregado:

—Ayer no fuí al peso de la pesca y me mandan el recibo de mi parte.

Sabido es que los pescadores pesan ante un perito la pesca, y segun el peso así es la contribucion. Ni ellos se escapan de la red administrativa y tributaria.

La noche veló aquel lugar, y solamente el punto rojizo del hogar denunciaba al lejano observador aquel nido como los astros solamente por su luz denunciaban aquella hora la existencia de otros mundos.

II.

UNO QUE PASA Y OYE DE PASO.

Aquel mismo día, á las once de la mañana, había fondeado en el puerto de Santander el vapor francés *Saint-Nazaire*, procedente de Bourdeaux.

Un gran buque á su llegada al puerto produce en éste sorprendente animacion: miles de barcas acuden de todos puntos en busca de los pasajeros y del equipaje; parece una concurrencia de hormigas acometiendo á un escarabajo muerto. El muelle ofrece á la vista una larga fila de corredores de fonda, mozos de cuerda y ganchos que esperan la conquista del viajero, y éste se ve acometido por una multitud de desconocidos que parecen interesarse vivamente por él; de aquí el atontamiento de todo recien llegado.

En el vapor *Saint-Nazaire* llegaba el jóven Ignacio Arturo Souza, ex-oficial de la Armada española y hombre que tenía motivos sobrados para temer la inquisicion de la policía. Había comenzado por ser en la marina de los de la *cáscara amarga;* á la vuelta de los Borbo-

nes había dejado de ser oficial, y concluyó por manifestar tan avanzadas opiniones políticas que mereció se dudara del estado de su razon.

Desde luego se comprendía, al verle, que era ó había sido marino: figura esbelta, más que por su conformacion natural por su erguimiento habitual; mirada pronta, movimientos fáciles, vestido sério y suelto. El jóven, al saltar al muelle, desvióse vivamente de cuantos le importunaban y comenzó á mirar á uno y otro lado como buscando á alguno.

Debían esperarle; un marinero del puerto, al divisar al ex-oficial, avanzó hacia él.

—Toma, lleva el equipaje al Hotel de Europa; quiero cuarto principal, y como en mesa redonda. ¡Larga!

El marinero hizo un saludo medio militar, y desapareció.

A pesar de aquella soltura, aquella voz entera y frase pronta, propias del que tiene costumbre de mandar, Ignacio Arturo Souza tenía por qué temer, como hemos dicho; quizá esta misma confianza fuera un medio de desorientar, ó bien realmente tenía en poco cuanto pudiera ocurrirle; mejor dicho, tal vez ni áun lo pensaba.

Bien pronto cruzó el muelle por entre la calle formada por los escuetos arbolitos de un lado y los palos de los faluchos, balandras y lanchas amarradas del otro. Filas de vendedoras de pescado, llevando en negros cestos la plateada sardina, moviendo graciosamente sus faldas grises y mostrando sus rojos brazos robustos, sus piés descalzos y sus piernas desnudas; marineros de cabotaje que entraban y salían de sus buques, en las faena de carga; la larga hilera de casas, los cafés, las tabernas, las casas consignatarias, los almacenes por cuyas puertas entraban cargadores, marineros, corredores y comerciantes, todo esto encontró á su paso produciéndole

ese extraño é inexplicable efecto que causa el brusco constraste, la violenta trasformacion de aspectos visibles: la soledad, la imponente monotonía del alta mar que se deja, y el movimiento, la multitud que se halla en el puerto.

Aunque la navegacion sea corta el efecto indicado se opera; había ademas en el jóven viajero cierta avidez; una no disimulada complacencia; al mirar parecía disfrutar en su paseo; hubiérase creído que volvía á recorrer sitios queridos de largo tiempo olvidados; miraba pronto y rápidamente todo, como el que examina en su arca por ver si falta alguno de los objetos en ella guardados.

Al llegar á la plaza del pescado el jóven miró su reloj, y luégo de ponerle en hora con el de la catedral, contempló por algunos instantes la estátua de Velarde, condenado por su heroismo á oír los gritos de las pescadoras y á recibir el incienso de pescado podrido, brea y todos los malos olores del puerto, y siguió su camino hacia las calles principales; al llegar á una de éstas, y habiéndose parado á mirar un barómetro en el escaparate de un óptico, oyó á una pobre mujer, vendedora de periódicos, llamar á un guardia municipal y conversar con él; lo oyó sin darse cuenta.

—Francisco, Francisco, ¿á dónde vas? ¿y tu mujer?

—Buena,—contestó el aludido, parándose á cierta distancia.

—Díle que ayer ganó Ambrosio doce duros; ya comienza la pesca, todo se pone caro, hay mucha gente en el Sardinero.

—Oye, tú, ¿sabes dónde vive...

Y el guardia sacó de su bolsillo un papel y leyó silabeando el nombre de Jesús Barbeniga.

—¿El pescador? En el alto de Miranda.

—Jesús Barbeniga,—murmuró el ex-oficial.

Y pareció, con su fruncimiento de cejas, querer recordar alguna cosa, y continuó su camino preocupado como cuando nos preocupan ideas en realidad de poca importancia: el recuerdo de un nombre que hemos oído ó de una fisonomía que hemos visto.

Así prosiguió su paseo hasta desaparecer de la vista de la vendedora: bien pronto dejó de oir la voz de ésta que continuaba acompasadamente gritando:

¡El Liberal! ¡La Voz Montañesa!

III

LOS VECINOS.

La casa de Jesús Barbeniga estaba separada solamente por una tapia en el patio de la casa de una extraña familia.

Esta familia era conocida por el sobre-nombre del jefe de ella: llamábasela *Malos-trastos*. Es incalculable hasta donde la crueldad del prójimo y la actitud satírica de un vecindario suele molestar. El defecto de unos, la cualidad más saliente se condensa en una denominacion hereditaria: arriba el título, abajo el apodo.

La casa de Jesús era pobre y limpia; la de la familia *Malos-trastos*, nueva, elegante y súcia; la una ofrecía el decoroso y severo aspecto de una morada de séres independientes, la otra la exterioridad falsamente bella de las fondas; la una blanqueada por fuera, limpia y arreglada por dentro; la otra desordenada en su interior aparecía pintada exteriormente y ostentando esta pomposa muestra: *casa con habitaciones amuebladas, que se alquilan, y fonda*. Había algo de modesta decencia en una,

y de ropaje de librea en otra; nada tan parecido á una fisonomía como una fachada; lo exterior suele engañar; hay la fachada pobre de los palacios moriscos como hay la cara vulgar del hombre de génio.

Aquellas casas reñían de verse unidas; en la una reinaba un silencio imponente; apénas si, como por entre las junturas de las rocas pomposamente cubiertas de hiedra se escuchara el agua cadenciosa, oíase á veces en la casa del pescador la voz de la madre ó las dulces vocecillas de los niños.

En la casa del *tío Malos-trastos* el estruendo era infernal; había dos razones para esto: primero la miseria sufrida por ellos durante el invierno, segundo el contínuo ir y venir de huéspedes y bañistas en el verano.

Aquellas dos casas presentaban desde luego al sociologista un motivo de observacion. La profesion peligrosa, sí, aventurera, no hay duda, pero independiente del pescador señalaba, como consecuencia de un trabajo libre, el órden y el bienestar. El pescador es explotado, mas siempre acalla por sí mismo, sin esperarlo más que de su red, el hambre de sus hijos; hay algo en esta profesion de lo que había de libre en el antiguo cazador furtivo; éste se acercaba al bandido, como el pescador al contrabandista: resquicios á veces para escapar de la explotacion.

El señor Mateo, así le designaremos suprimiendo el apodo *Malos-trastos*, por el contrario, había tenido un oficio manual y servil con el que apénas había ganado para su sustento, y despues se había dedicado á vender muebles viejos (de aquí quizás su mote), á tocar el tamboril en los bailes, á miles de pequeños recursos para *ganarse la vida,* es decir, ganarse la muerte, pues á ella se acercaba por la inseguridad que siempre tenía el lograr utilidades de su trabajo.

En una casa, pues, existía la independencia del obrero, en la otra la dependencia del que se hace á sí y á su familia servidores de todo el mundo, porque las necesidades llegaron á obligar al señor Mateo á tomar una casa en arriendo y alquilarla á los bañistas. El negocio no era muy bueno; las únicas utilidades sacábanse del engaño. La casa costaba por arriendo mil reales, y apénas de utilidad sacaba mil quinientos en la temporada.

El señor Mateo era hombre de regular estatura, ancho de espaldas, bronceado rostro y músculos récios; su cara tenía algo de frailuno; la mirada pocas veces se mantenía de frente, la sonrisa era poco franca; había en él un recelo complicado con astúcia que recordaba al zorro, unido á esto no sabemos que disimulo femenil, propio de casi todos los que se ocupan en faenas mujeriles. El martillo, el remo y el azadon obligan á extender y contraer brusca y rápidamente los brazos. Los hombres que se dedican á estos trabajos varoniles mueven sus brazos describiendo radios extensos; el señor Mateo, por el contrario, apénas si los movía del codo á las manos; la aguja, la cocina y la plancha se denunciaban.

El señor Mateo era la mujer de su casa, como su mujer era el hombre; este cambio de inclinaciones suele darse con frecuencia; miéntras el señor Mateo administraba la casa y dirigía las faenas domésticas, su mujer acudía á llevar yeso y ladrillo á las obras en el invierno y en busca de huéspedes al ferro-carril en el verano.

Este matrimonio tenía tres hijos: un obrero que apénas con su oficio ganaba cinco reales; una hija de unos diez y seis años, oficiala de un taller de modista, y otra de veintitres, medio imposibilitada é imbécil. Esta era la más desgraciada de todos; pagaba su escasa alimentacion en rudos trabajos poco estimados; era un estorbo.

Toda aquella familia estaba compuesta de enfermos. El señor Mateo maniático, la señora Ana y sus hijos algo imbéciles. Las luchas entre ellos eran frecuentes, y las más de las veces procedían de causas desconocidas. Todo aquello producía la desigualdad del estado en que vivían.

Ningun contraste ofrecíase más digno de ser apreciado que el de ambas familias vecinas; la economía en la una, el despilfarro en la otra; Jesús Barbeniga apénas gastaba; el señor Mateo arrojaba por la ventana las propinas de los huéspedes al día siguiente de haberlas recibido. La paz no interrumpida por suceso alguno reinaba en casa de Barbeniga; la tristeza y el abatimiento interrumpido á veces por rápidas y locas explosiones de alegría en casa del señor Mateo; el hogar de Jesús era alumbrado constantemente por una suave luz; el del señor Mateo, oscuro, sombrío, veíase á veces iluminado por inesperadas y violentas llamaradas de locura.

Jesús apénas se había fijado en sus vecinos; su talento observador saciábase bastante en el mar para que solicitara nunca los pequeños accidentes sociales casi imperceptibles. Algunas veces, al oir las algaradas de sus vecinos, solía decir á su mujer:—¿Aún vive ahí el señor Mateo?

Ni áun la larga vecindad de seis años le había puesto en relacion con ellos. Paraba poco en su casa, y este tiempo lo consagraba á acariciar á sus hijos. Al anochecer, casi todos los días, cuando los niños volvían las espaldas á los oscuros rincones de la cocina para ver saltar las rojas llamas que se extendían y recogían vivas alrededor del perol de la cena; cuando mil sombras bailaban en las paredes al compás mismo con que las llamas se agitaban, hora en la que algunos días los niños sentían con pavor el sordo rugido del mar respon-

diendo irritado al bramido del viento, pareciendo que aquel formidable diálogo era sostenido por los elementos más fuertes con el intento de amedrentar á los séres más débiles, los niños eran sorprendidos por el ruído de la puerta, volvíanse y veían penetrar por ella al que venía de luchar con aquel viento y de combatir con aquel mar. Penetraba cargado á veces, calado siempre, vestido con su gran chaqueton, sus botas altas de mar y sus cabellos en desórden bajo la oscura boina.

Los tres niños precipitábanse en los brazos de aquel hombre, él los acogía con alegría y enternecimiento. A él, ennegrecido, mojado, súcio, terrible, acudían los tres niños sonrosados, limpios y dulces, como vuelan á veces las mariposas alrededor de un peñasco oscuro, formidable, inaccesible. Al fulgor de las llamas ófrecíase este contraste.

Las callosas manos del marinero acariciaban las tres cabecitas con una delicadeza extremada, y las manitas de los niños posábanse en aquella aspereza.

Pasado este momento de efusion Jesús se sentaba á cenar.

—¡Hola, María! He llegado una hora más tarde,—decía con dulzura á su mujer.

Luégo hablaban. Su conversacion era casi siempre la misma.

—Hemos visto á Francisco y á los de Santoña; no llevan buena pesca. Un falucho de Laredo ha llegado aquí á causa del temporal. Este año me parece que no nos *engatusan* con la funcion de la Vírgen del mar. Prepárate para hacer una torta grande de borona (1), que me sirva á bordo de galleta.

---

(1) *Borona* ó *brona*, pan de maiz y de mezcla en que entra centeno, mijo menudo y panizo.

Estas noticias y encargos, ó parecidos, eran los que casi siempre comunicaba á su mujer, y lo único que ésta escuchaba al cabo del día. De la ciudad apénas se hablabà; de los vecinos ménos: aquellas dos almas sólo vivían para el trabajo y para el amor de sus hijos.

Un acontecimiento inesperado les relacionó, sin embargo, con sus vecinos; ántes del suceso, apénas si se saludaban; despues llegaron hasta cambiarse mútuos y pequeños servicios, y tal intimidad duró bien pocos días, como se verá más adelante.

Hé aquí lo que había sucedido. El niño mayor de Jesús Barbeniga fué picado en una mano por un insecto: la mano se inflamó; la madre, desconsolada, no sabía que partido tomar, y el niño lloraba amargamente. Desde la ventana de la casa inmediata contemplaba la escena una jóven de dulcísimo rostro, mirada asombrada y entristecida, y blondos y rubios cabellos. Aquella jóven bajó, vertió en la mano del niño algunas gotas de espíritu de vino, empapó un paño en árnica, vendóle la parte enferma, y el niño se alivió á la media hora. Este servicio hizo que la mujer de Barbeniga dedicase entusiasmo y admiracion á su jóven vecina.

Algunas conversaciones entablaron Adelina (este era el nombre de la jóven) y la buena María; á los tres días ya habían hecho costumbre parlotear un poquito de ventana á ventana todas las tardes.

A pesar de la confianza que entre ellas existía, María conoció pocas particularidades acerca de la jóven; solamente supo, y no dejó de extrañarle, que Adelina no conocía aún á doña Amalia, con quien había venido desde Madrid, y ademas que la jóven no venía á baños solamente; venía á esperar la llegada de un buque.

¿Qué habría en todo esto? Nada malo, porque la jóven tenía una voz tan dulce, una mirada de esas que

acarician, una sonrisa de esas que provocan la nuestra, por poco dispuestos que estemos á sonreir, y una voz llena de encanto sin igual, dotada de alegría juvenil y adormecedora sonoridad.

¡Oh, Adelina era una hermosa criatura!

IV.

DOS HALLAZGOS.

Como unos veinte días despues del en que comenzamos el hilo de esta historia, Jesús Barbeniga no había ido á la pesca, y sentado sobre la tapia que cercaba el patio de su casa contemplaba la ancha y azulada planicie del mar.

Pensaba en multitud de cosas: su mirada se fijaba en alta mar, ó bien en la punta del Cabo de Ajo, desde donde se ven surgir las velas de cuchillo de las balandras de Santoña, ó en el Cabo Mayor por donde aparecen los grandes barcos de vela á tomar el enfile del puerto para pasar por entre el Mogro y el Semáforo; de un lado ó de otro vagaba su vista: la vista se halla identificada más que otro sentido con el pensamiento.

Bien léjos estaba con éste de su casa y de la de sus vecinos; mas de pronto, sin darse cuenta, se dijo, pensando en lo que María le había referido: ¿Por qué será tan confiada esa jóven de Madrid al viajar con una desconocida? y luégo, recordando que su mujer debía obsequiar á la madrileña, pensó pedir en el mercado á una

pasiega un rollo de manteca fresca para hacer con harina y nueces una torta. El denso humo de un vapor que apareció á la vista le distrajo. Alrededor de Barbeniga zumbaba un moscon produciendo un ruído incómodo; inmediatamente, despues de la tapia, veíase un suelo verde, más allá el mar azul, bajo un cielo gris azulado; el día era apacible y magnífico; apénas se veía la espuma que producía el mar chocando de un lado en la punta de Santa Marina y de otro en Cabo menor. Oía desde allí la voz de su mujer y las vocecillas de sus hijos; el sol penetraba por las abiertas ventanas de la casa inundando ésta de luz y de alegría. La dulce paz dominaba poderosamente.

De pronto, Jesús Barbeniga creyó oir llorar, y le pareció oir tambien un sordo murmullo; despues este murmullo y aquel llanto se hicieron perceptibles; á Jesús no podía sorprenderle nada de esto en casa de su vecino, porque era frecuente; sólo le admiró no oir la voz chillona y atiplada del señor Mateo, lo cual le indicaba que ó no estaba en casa ó eran los huéspedes los que producían aquel bullicio; mas ¿cuál no sería su asombro al reconocer en la voz que lloraba la de Adelina? bajóse, de un salto, de la tapia, que no era muy alta, lanzóse al patio de la casa contigua y halló á la jóven apoyada en el dintel de la puerta, medio recostada y cubriendo sus ojos con un blanquísimo pañuelo.

No léjos de la jóven se veían al señor Mateo y á su familia en actitud de asombro, y entre ambos una señora gruesa, vestida con exajerada elegancia, y mostrando un rostro insolente y petulante que desde luego hacíale antipática; la mujer, no obstante, era hermosa.

—¿Qué ocurre, señorita?—dijo el pescador acercándose solícitamente á la jóven, y preguntando con una mirada de desconfianza al señor Mateo.

—Ocurre,—dijo éste,—que no puedo tener á esa señorita sola, y esta otra señora, que la acompañaba, no quiere tenerla en su compañía. Y yo, entre doña Adelina que me paga seis reales y doña Amalia que me da doce...¿á qué está uno?

—Esta señorita tiene una casa que es suya completamente,—dijo Barbeniga.

La jóven miró á éste á través de sus lagrimas con la rápida alegría del que se ve en presencia de una salvacion inesperada.

—¡Oh! ¡Gracias, señor Jesús!—dijo precipitadamente la jóven,—lo acepto, puesto que iba á solicitarlo. ¿Está María en casa?

Jesús movió la cabeza afirmativamente, y la jóven continuó:

—Hágame V. el favor de encargarse de mudar mi equipaje; es bien poca cosa: un maletin y una cajita de caoba.

Dijo esto con voz apagada y llorosa, y despues salió precipitadamente del patio y entró en casa de Barbeniga.

—Mira tú,—dijo el señor Mateo á Barbeniga, como quien se cree obligado á dar una satisfaccion;—hé aquí una cosa que yo no me esperaba; esta señorita viaja con personas á quienes no conoce; esto es sospechoso...

—¡Calle V.!—gritó con voz de trueno, Barbeniga.

Jesús había entrado en el cuarto de Adelina, y sacando de él una maleta de mano y una caja, salió sin mirar á nadie.

Penetró en su casa.

La jóven estaba sentada junto á María; Barbeniga colocó en un rincon los objetos, y dirigiéndose á Adelina le preguntó qué le había ocurrido.

Algo que ella no podía explicar, pero que la afligía

muchísimo; cuando salió de Madrid hubo de ofrecérsele solícitamente una señora que tambien se dirigía á Santander; había verdaderamente una tendencia sospechosa, á establecer intimidad con la jóven, en todos los ademanes y en las palabras de la desconocida; pero como Adelina hallábase triste al verse obligada á realizar sola un largo viaje, aceptó aquella compañera de buen grado, y quizá llevó á gran extremo su confianza: reveló su situacion, su orfandad, y hasta tal vez le hizo íntimas revelaciones.

Concertaron ambas dirigirse á una misma casa.

¡Ah, pero Adelina debió haber sido más experta ó avisada! Hacía algun tiempo que en Madrid había perseguido á la jóven, y áun le había dirigido la palabra comenzando á formular en sus oídos sórdidas seducciones, un hombre que infundía miedo con su mirada, un enemigo, un importuno, un terrible desconocido; pues bien: éste había perseguido hasta Santander á la jóven y, cosa inaudita, acababa Adelina, hacía muy poco, de arrojarle de la habitacion despues de haber oído no sabemos qué odiosas proposiciones.

Este hecho había motivado su enojo con doña Amalia y con el señor Mateo y su salida de la casa.

Al penetrar Adelina en su habitacion, donde le dicen que le aguarda una visita, hállase con su perseguidor, que le pide mil disculpas, y con un cinismo sin ejemplo comienza á hacerla proposiciones espantosas; Adelina le señala é indica la puerta del cuarto; el hombre sale del cuarto y de la casa, y cuando la jóven encuentra á su compañera, que se había ocultado, y le refiere indignada el caso, ésta ríese, tranquilízala y, en otra forma, comienza á pervertir á su jóven amiga, pintándole las necesidades que trabajosamente habría de llenar, las alegrías de una vida ociosa y *descuidada*.

¡Oh! no se le ocultó á Adelina todo lo que había en aquel suceso y en aquella manera de hablar de doña Amalia. Pensó en salir de aquella casa; mas al comprender su compañera esta resolucion, no sabe de qué modo entabló con la jóven una disputa, llenóla de improperios, y provocó la escena á que puso fin la llegada de Barbeniga.

Durante la relacion de todo esto, hecha por Adelina, Jesús cerraba, apretaba maquinalmente los puños y plegaba en su frente el enérgico entrecejo; despues infundió confianza con cariñosas palabras á la jóven, y díjole que en nada tenía que pensar, pues era ya su huéspeda. y allí estaba bien segura.

—Señorita,—dijo,—aquí la amaremos á V. todos.

Y añadió, con una gravedad enternecedora, señalando á los niños:

—Y tendrá V. á quien amar.

Luégo, sonriendo, añadió entre dientes:

—Decididamente me meto á hospedero.

Despues asomóse á una ventana que daba al camino de Miranda, y comenzó á pensar que aquella jóven no tenía mal corazon; luégo recordó que si ella no se hubiera asomado á la ventana quizá el niño hubiera tenido la mano inflamada muchos días, y si el insecto no hubiera picado al niño la señorita quizá no les habría conocido, y tal vez en aquella ocasion encontraríase desamparada, porque las habitaciones lujosas son caras y las que no, son peligrosas para una jóven bella y sola. Luégo dibujó en su rostro una sonrisa burlona acordándose del señor Mateo, y murmuró:

—¡Qué coincidencia, qué cosas!

El alegre sonar de cascabeles y el rodar de un coche, ruído lejano que acrecía rápidamente en tanto el carruaje se acercaba, distrajo á Barbeniga, que se puso á

mirar al extremo del camino; por medio de la calle de árboles venía uno de esos cestos americanos que recuerdan la calesa madrileña por su estruendo, la tartana de Valencia por su ligera construccion y el tílburi francés por su rápido movimiento.

En Santander estos ruídos y el silbato del tranvía anuncian la temporada de baños.

En aquel carruaje venía, medio recostado, un jóven; el lector hubiera reconocido en él al pasajero del *Saint-Nazaire*.

El coche pasó frente á la ventana; Barbeniga miró al jóven que, medio tumbado y fumando, vió al marinero apoyado en su ventana y fumando tambien.

—Ahí va un señorito,—se dijo Barbeniga,—que necesitará bañero para mojar la obra muerta.

—Ese hombre parece marinero,—se dijo el jóven.

Barbeniga perdió de vista el carruaje.

Al mirar al suelo de la carretera, frente á la ventana, debajo del punto en que se hallaba colocado, percibió un paquete formado con papeles y atado con un bramante; indudablemente se había caído del carruaje. Jesús recordó haber rápidamente visto en el fondo del cesto algunos otros paquetes.

Bajó apresuradamente, cogió el paquete, emprendió el camino del Sardinero, llegó al punto donde paran los carruajes, entró en los baños, en los hoteles, en el casino; recorrió los cafés; en parte alguna le dieron razon; el carruaje se había evaporado.

Jesús Barbeniga volvióse á su casa con el pesar de todo hombre honrado, á quien la casualidad impone un deber difícil de cumplir. Los marineros que ordinaria é indiferentemente se libran en el mar de terribles peligros, atúrdense en tierra ante los más pequeños sucesos de la vida.

—¡Vaya una aventura!—se decía Barbeniga;—en un día dos acontecimientos extraños: la señorita que viene á ser mi huésped y este paquete que viene á ser mi tormento.

Todo envoltorio excita poderosamente la curiosidad, desde la caja de hierro de los tesoros árabes hasta el sobre lacrado, y á veces, ó casi siempre, despierta la codicia. El que se encuentre un objeto, no sabemos qué derecho de propiedad establece acerca del hallazgo; la honradez tiene que luchar con la curiosidad, y con esa idea que tenemos acerca de las generosidades misteriosas del acaso.

Jesús miraba respetuosamente aquel paquete. ¡Cuán innecesario sería para él lo que encerrara; cuán necesario, quizá, para el jóven que lo había perdido; él se hallaba embarazado con aquello; el dueño tal vez azorado por este contratiempo! Quizá el jóven volviera á buscarlo por el camino recorrido; entónces pensó en una solucion muy sencilla: ir al punto de coches de Santander y enterarse.

Debió, desde un principio, haberlo pensado; pero los accidentes que, al manifestarse en la vida bruscamente nos sorprenden, nos dejan el último raciocinio despues de las conjeturas y las divagaciones.

La señorita y María no se habían apercibido, ni del encuentro, ni de la salida de Jesús, ni despues de su preocupacion. La estrecha salita, inundada de sol, la limpieza y el aseo de ella, la hermosura de los niños, la confianza que inspira un noble hogar hospitalario llenaban de dulce alegría el alma de Adelina.

María cosía á la ventana; los pequeñuelos jugaban, amontonando conchas en un rincon, tendidos en el suelo.

Jesús penetró en el arsenal—así llamaba al cuarto os-

curo donde guardaba sus anzuelos, redes, aparatos de pesca, sus altas botas de mar y sus ropas—y salió con un ancho sombrero que solía ponerse los días de fiesta, y tomando el paquete partió despues de haber dicho á las mujeres:

—Coman ustedes; yo voy á entregar esto á quien lo ha perdido.

María estaba acostumbrada á esta concision, y contentábase con no comprender las cosas.

—Los dias que no pescan,—dijo á la señorita,—están como los cómicos sin contrata; se aburren de todo. ¡Ay! los hombres *parados*, sin trabajar, acaban por morirse de tédio.

Luégo, al rumor que producían los niños, se unió el de un diálogo entablado sobre cosas indiferentes; una de esas sencillas conversaciones, que promueven las mujeres entre sí, y de las que nosotros, preocupados por un grave trabajo, apénas hacemos aprecio.

—No he de vivir mal aquí,—dijo Adelina.

—Creo que no, señorita.

—No me llame V. señorita; llámeme V. Adelina: yo soy una obrera.

Ambas callaron un momento; el sol, vertiendo su luz sobre el blanco, lienzo en que trabajaba María, hizo á ésta, deslumbrada, retirar hacia atrás la silla.

—Hace V. bien,—observó Adelina;—es fácil perder la vista.

Y al poco rato volvió á reanudarse el diálogo.

—¿Cómo hace V., María, la sopa de pescado?

María levantó la cabeza de la costura y contestó gravemente, como un Vercelieus pudiera dar una fórmula química.

—Quemo el aceite en una cazuela; pongo un puerro, echo el pescado reogándole con azafran y una hoja de

laurel, sal y agua; cuando está cocido mojo la sopa. A mi marido le gusta muchísimo.

—A mi pobre padre tambien le gustaba. A esto lo llaman en Marsella *bullevés*. Mi padre era de Marsella.

—Allí ha estado mi marido. ¿Marsella es Francia?

—Sí.

—Segun eso, V. es francesa.

—No; he nacido en Madrid.

Descomponíase en estas fases el pensamiento de aquellas dos mujeres, porque el pensamiento, como la luz, parte de lo más elevado é ilumina lo imperceptible y denuncia lo trivial.

Aquellas mujeres vivían juntas, y en pocos instantes ya reinaba entre ellas la más tranquila franqueza. Tales son las gentes sencillas del pueblo; tímidas se acogen al mas ténue resguardo, poseídas de la confianza en su pequeñez, como la viva mariposa perseguida que da en reposo al ocultarse en el débil capullo de una flor.

V.

LA ROSA EN EL PEÑASCO.

No era extraño encontrar los domingos por la mañana, en alguna playa, sobre las rocas, ó tendido en la arena, un hombre del pueblo leyendo un libro.

Era Jesús Barbeniga. La impresion que esto producía no hay necesidad de decirlo; era agradable; en España, el pueblo ha tardado algun tiempo en amar los libros. Oyendo el ruído constante de las olas, bajo las sombras proyectadas por las rocas, frente al Océano, leía con atencion Barbeniga: alguna vez levantaba los ojos del libro para mirar al mar. En éste leía corridamente con la fantasía soñadora de todos los marinos: en aquél con alguna mayor dificultad. Pues bien: un día, Barbeniga leyó en una obrita, comprada á un vendedor ambulante de los que ofrecen libros á los bañistas: «¿Qué es la casualidad? ¿Por qué oscuro hilo son llevados y traídos los pequeños sucesos que motivan los grandes? Un grano de polvo, al desprenderse, puede hacer desprenderse á su vez la roca formidable » Y esto le hizo pensar durante mucho tiempo.

Una mañana salió en una barca pequeña, y no en la que ordinariamente pescaba; pensó alejarse poco de la costa, y aprovechando la baja mar, recorrió todo el lado Occidental del semáforo, frente á un largo acantilado y sus restingas.

La mar era bella; veíase en los grandes círculos de agua, cerrada en las rocas, un fondo verdoso y trasparente; los gámbaros recorrían por los intersticios de las piedras gríses oblícuamente, mostrando su panza oscura y lustrosa, de la que partían sus patas uñadas y duras de crustáceo.

No léjos veíanse las cimas de los puntos altos de la costa, arriba orlados de verde esmeralda, abajo de espuma plateada. El cielo despejado, presentábase á lo léjos alterado vagamente por una franja indecisa y morada. El mar lamía dulcemente las playas. Jesús remaba con cuidado; hay una prudente manera de remar, que recuerda el andar en puntillas.

Por aquellos lugares, ante aquellas asperezas, no está de ménos alguna precaucion.

Su vista fija en los peñascos, su mano al remo, su pecho un tanto inclinado, de pié en el bote, hacía avanzar éste hasta un promontorio que, por el amontonamiento de piedras, el número de oscuras hendiduras, negras bocas y grises picachos salientes, parecía ecrescencia de erupcion, una enfermedad de la costa.

En lo más alto de este erizamiento terrible, en el punto á que era difícil llegar, subiendo en pleamar, desde una barca (si en pleamar podía alguien acercarse á aquellos sitios) y por el que era imposible bajar desde la costa, en el pico ceniciento de una roca mecíase una mota encarnada que el sol iluminaba completamente.

Barbeniga se fijó; era una rosa.

—Hé ahí una cosa extraordinaria y bien sencilla. Esa

flor no ha nacido en ese punto; ¿quién la habrá colocado? Vaya un gusto; disfrazar los peñascos, adornar su aspereza con ese detalle imperceptible, hacer que la flor que pudiera en el jardin pasar, entre otras, desapercibida, reine ahí. Un punto de gracia dado á toda aquella grave soledad, á la aspereza preparada para recibir todo el horror de las furiosas convulsiones del mar, de las oscilaciones del viento, de las terribles sacudidas de la tormenta.

Sonriente contempló largo rato aquella rosa tan exquisita, puesta en aquel lugar tan terrible. La piedra que servía de guarida al oscuro gámbaro servía de trono á la flor; debajo las rapaces negras, súcias alimañas armadas con el escudo y las garras del crustáceo; arriba esa belleza espléndida y delicada, esa agrupacion de ténues corolas ruborizadas, á quienes la naturaleza prodiga un cuidado maternal, mantiénelas sujetas en un punto como la vírgen guardada en el hogar, la mañana les da el rocío de sus lágrimas, el sol les presta el calor de sus rayos, emiten el aliento del perfume y reciben el beso de las mariposas. Abajo los abandonados, la pilletería de los cangrejos confiada á sus propias fuerzas, escondiéndose y arrastrándose, combatida por la tempestad; en lo elevado esa flor infantil y femenil: la rosa.

Barbeniga estudiaba confusamente el contraste; más que pensar en él, disfrutábale.

—Esto lo habrá hecho algun pilluelo, ladron de lampas (los pescadores apellidan ladrones á los que nada ó muy poco arriesgan en la pesca). Sabría algun sitio por donde subir, y ha hecho una cosa rara,—se dijo Barbeniga.

Sacó el remo de la horquilla, apoyó un pié en un costado de la barca y saltó á la parte baja de las rocas; co-

locó en un saliente de la piedra un pié, el otro en otra punta agudísima, y continuando así esta ascension peligrosa, llegó á quedar casi suspendido sobre el agua; tomó el remo por el guion, y alcanzando con la pala aquella rosa, dióla un suave golpe para hacerla caer.

Hacía tiempo que la rosa parecía inclinarse para mirar su imágen retratada en la verdosa superficie del agua, y al golpe pareció precipitarse á besar en su espejo la otra flor.

Barbeniga, despues que se hubo apoderado de esta flor, colocóla en la proa alegremente y continuó su marcha.

Este insignificante suceso era un gran acontecimiento para el soñador Barbeniga. Hay en el mundo séres que nada producen, nada sacrifican, nada realizan, y en cambio se asimilan y gozan de un modo exajerado, profusa y libertinamente. Otros, por el contrario, trabajan, realizan prodigios, viven pagando su vida con esfuerzos titánicos, y sus placeres pueden reducirse á bien poco: á tomar una flor, conquistada con gran trabajo, y llevarla á un ser querido.

Aquellos son famélicos, débiles, pálidos; éstos, en cambio, suelen ser fuertes poderosamente.

Barbeniga conservó un recuerdo eterno de esta impresion.

Pero podría decirlo: ¿por qué insignificante aventura el pilluelo (dado caso que hubiera sido un pilluelo) había dejado la flor en un acto de infantil jugueteo? Quizás despues de haber hecho una morizqueta á alguna de las elegantes damas del Sardinero, adornaba un abismo con flores. En él no había existido otra intencion. ¡Ah! pero había intencion en alguien, en un alguien formidable que los marineros entreven detras de todo; una voluntad había hecho, de lo que uno

desprecia, el fútil jugueteo de un hallazgo para otro; aquél se había expuesto por desprenderse de la rosa y abandonarla; éste por recogerla y ofrecérse la á un sér querido. ¡Qué casualidad!

Hé aquí lo que siempre hacía pensar á Barbeniga: la casualidad. Los marineros son los que tienen más conciencia de la estrecha é íntima relacion del hombre con lo misterioso.

Esperan del aire el movimiento, del mar la base de sustentacion, del cielo el trabajo; se ven flotando en todo.

Se debe advertir que, á pesar del vapor y de los adelantos, el antiguo marino subsiste en el pescador; este hombre es el antiguo levantino que pasaba el estrecho para llevar el arenque á la mesa de los Césares; aún la barca tiene la misma vela latina, angular ó de cuchillo, é igual supersticion. El pescador y el pastor, hombres de la soledad, no varían.

La supersticion es un vago y oscuro reconocimiento de la fatalidad.

Buist y Maury han dado forma á ese estado de maravillosidad excitada, propia de los hombres del mar, «independientes de los hombres, dependiendo de los elementos,» decía Borromeo.

El Gulf-Stream y los vientos, energías conocidas, hacen pensar que la inmensidad tiene sus dirècciones y su vida de relacion organizados.

Los elementos, como fuerzas, á merced de las cuales el marino vive, y contra las cuales lucha, le dan al hombre rudo vagas ideas acerca del destino.

¡Qué catástrofes dispone la casualidad!

Es decir, el misterio que obliga á obrar en contra de lo que la voluntad propone.

Pensamiento tan trivial como el que surgió á la im-

presion de la rosa en el peñasco, fué creciendo. Por la meditacion, que es una pendiente, adquirió movimiento dentro del cerebro de Jesús, y con nuevas impresiones y posteriores ideas, dióle gran proporcion. El pensamiento es la bola de nieve.

Cuando acaecieron los dos sucesos que hemos referido, la aventura de la señorita Adelina y el encuentro del paquete, Barbeniga hallóse doblemente preocupado. La casualidad jugábale alguna mala pasada. Veíase comprometido á defender á una jóven y á guardar quizá un tesoro.

Pero ¿quién había abandonado tan bella prenda, flor tan delicada como lo era aquella niña? El acaso: hé aquí otra rosa en el peñasco. Esta no podía servirle de adorno en la quilla de su barca; tal vez hubiera llegado á él para ser defendida y amparada. El huracan, ¿no troncha la flor? Su furioso impulso, ¿no la deshace? ¿Puede arrastrarla por el lodo?

Miles de séres vénse en la sociedad abandonados; hijos sin madres, huérfanas desdichadas, de las que el acaso hace sus víctimas.

Despues que llego á entrever los peligros á que Adelina veíase expuesta, pensó Barbeniga en que tal vez fuera llamado á proteger aquella abandonada, á apadrinar aquella huérfana.

Los hombres del pueblo tienen mejor dispuesta para la actividad la imaginacion, energía del sueño, que la razon, energía de la vida. Veíase él complicado en dos aventuras misteriosas, dispuestas por el acaso, y toda su filosofía era la del que, no dudando nunca de una inteligencia superior y directiva en el universo, cree que el acaso no es nécio.

VI.

GRAN VENGANZA Á CORTO PLAZO.

Ignacio Arturo Souza había llegado á Santander provisto de una falsa documentacion, desafiando así graves peligros y exponiéndose á no menores riesgos, tan sólo por llevar á cabo un acto que bien pudiera ser inspirado, como verá el lector, por la necesidad de favorecer á dos séres indefensos, bien por satisfacer un ardiente deseo de venganza.

Sin duda por ambas razones habíale premeditado y se lanzaba á realizarlo. Las causas podrá deducirlas el lector.

Hacía poco más de cuatro años, Ignacio A. Souza había conocido en Cádiz, y despues trabado con ella relacion de trato, una extraña familia que, posteriormente, llamó, por su historia y sus privados disgustos, la pública atencion.

Componíase esta familia de tres personas; el señor Villart, Cármen, su mujer, y una hija de ésta, habida en anterior matrimonio.

El señor Villart era un negociante de oscuros negocios; decíase que proveía de armas á los carlistas y de comes-

tibles á los liberales, y en ambos campos hacía su cosecha; la guerra para él era una mina; verdad que nada positivo se podía afirmar acerca de este dicho, pero lo cierto y probado es que encubríase bajo este nombre de negociante, tras el que á veces se ocultan muchos vividores de no muy buena índole. Para lo demás que de él se dijera bastaba saber, para contestar á los preguntones, que el señor Villart era hombre de dinero y de negocios.

Al ver á la indolente y presumida mujer de Villart, decíase una de tantas mujeres como existen entregadas al ócio, esclavas de la frivolidad de una vida abandonada y elegante, confundidas á veces con las mujeres de la buena sociedad, formando parte de ella, y que no teniendo otra ocupacion que la de acudir al templo y al teatro, llegan perezosamente al último acto de una obra y á la última misa de un día festivo, haciendo alarde de una necia holganza.

La hijastra de Villart, la hija de su mujer, era un ser extraordinario.

Hacia Villart sintió el jóven Arturo Souza una repulsion que apénas supo nunca ocultar por una ceremoniosa frialdad; Cármen de Villart no pudo inspirarle sinó indiferencia; pero Matilde primero despertó su curiosidad, luégo llamó hacia ella su atencion y, por último, llegó á ser la mayor preocupacion de su mente, el más férvido deseo de su corazon.

Alta, esbelta, de rostro melancólico, ojos hermosísimos, de aspecto grave, hallábase dotada de una belleza profana, escultural y de una pictórica expresion religiosa, revelada por las dulces líneas de los angeles de fray Angélico y el pálido tinte de las vírgenes ascetas de Juanes. Si sus hombros, su pecho y su cintura de un modelado correcto y vigoroso provocaban las miradas

denunciando un lujo y un esplendor de forma clásicos bajo los cuales hervía ardiente sangre andaluza, creíase ver, por la grave y triste expresion de los ojos, los círculos amoratados de sus ojeras, la palidez y la diafanidad, el rostro de una vírgen mártir, como los de esas que en los retablos aparecen cadavéricas circundadas de luz, con la palma en una mano y mostrando con la otra la sangrienta herida de su cuello ó de su corazon.

Una herida, en efecto, tenía aquella mártir; ella misma lo ignoraba; Ignacio Arturo Souza lo descubrió, si bien algo tarde para curarla.

Matilde era hija de un ingeniero llamado Lorenzo Camponell; muerto su padre casóse su madre, apénas cumplido el luto, con Villart; las gentes murmuraron, y hubo maldiciente que aseguró que Cármen y Villart habían comenzado sus relaciones años ántes de morir Camponell. A consecuencia de este nuevo matrimonio, dos hermanos de Matilde sufrieron terriblemente; el mayor partió para Nueva-York, en cuya ciudad murió; el otro, de cuatro años más de edad que Matilde, resistió el dominio de aquel padre postizo, y, por último, no tuvo otro recurso que huir, y siguió la carrera de la marina mercante, y Matilde padeció tormentos y sufrió disgustos más amargos y más dolorosos por ser dados con lentitud y continuadamente.

Matilde quedóse sufriendo la indiferencia que le dedicaba su padrastro, y el abandono en que la dejó su propia madre, indiferencia y abandono que produjeron en el alma de la niña terrible resultado.

En su soledad, despertóse en ella una inclinacion extraordinaria á los actos religiosos; revelábase ésta hasta en lo que pudiéramos llamar sus juegos; sabido es que en ellos es donde libremente se manifiestan el carácter, los gustos y áun las serias tendencias de la niñez. Ma-

tilde decoraba capillitas; en vez de muñecas, esbozos de hijos, tenía siempre en sus manos esculturas, imágenes de santos: empezaba por donde otras concluyen tristemente su vida. A la figurita, remedo de un niño, vaga ilusion de un alma que prevé su destino de madre; á los fingidos cuidados domésticos, al amor empleado en un juguete que parece respirar y vivir; á todo lo que constituye la ternura y la alegría en la infancia de las niñas, había sustituido una prematura tristeza, una devocion monótona, y su amor fijábase en estatuitas que sólo podían ofrecerla vaga é indecisa confianza, resultado de un supersticioso sentimentalismo. No pedía su ilusion séres en quienes amar la vida, pedía sombras en las que venerar la muerte. Sentíase en todo aquello una precocidad de dolor, de tristeza, de melancolía, y un vacío; el que dejaba la madre. No hay huérfanos más desdichados que aquellos que pueden llamarse huérfanos en vida de sus padres.

Al abandono en que la madre le dejaba, oponía Matilde su devocion, por la cual dirigía su amor á una madre que estaba más allá del hermosísimo cielo azul, sobre las estrellas brillantes de la noche. Había tambien en su religiosidad algo de protesta y despecho inconsciente; cuanto más ligera y más alegre era la vida de su madre, parecía acentuarse mayormente la devocion de Matilde y exagerarse su austeridad. ¿Era infundida é inspirada hábilmente esta devocion? ¿Era tal vez espontánea? Era necesaria. Un alma en la soledad, como un viajero en el desierto, padece las alucinaciones que forja el deseo; en todo ve agua cristalina el sediento caminante, en todo objetos que amar y por los cuales sueña el que yace en el abandono.

Cuando Souza conoció á Matilde Camponell, llamada, aunque impropiamente, la señorita de Villart, esta jó-

ven contaba diez y ocho años; apénas si era conocida por algunos amigos de la casa. Sus costumbres, cada vez más rígidas, su amor á la soledad, apartábanla de todo trato

En las pasiones que ya misteriosamente conmovían por sueños maravillosos su dormido corazon, y en los atractivos exteriores que podían solicitar su juvenil curiosidad, parecía hallar poderoso estímulo para resistir á todo lo que se opusiera ó contrariára su ascética devocion.

El diablo es un poderoso enemigo; tiene sus fuerzas hábilmente distribuídas; se debe virvir con cautela. Todo lo que no está de acuerdo con la fé abrigada por nuestro corazon, aunque no se oponga á ella, es contra ella; el alma está sitiada; debe morir ántes que rendirse; hé aquí á dónde caminaba el alma de Matilde: á la muerte del quietismo.

En ella hubiera ántes caído, y de este peligro no se hubiera, seguramente, librado, á tener Matilde un director espiritual; pero por ventura inapreciable hallábase libre de esto.

Si podía decirse que Cármen, su madre, se fijaba en algo, si alguna cosa hacíale abandonar su dulce pereza, no era, seguramente, Matilde; combatía débilmente sus exageraciones religiosas, cuando alguien se lo advertía; pero en el fondo se alegraba de ellas, pues prolongaban la infancia de su hija y alejaban el día en que ésta, cosa terrible, eclipsara en los salones con su rara hermosura. ¡Dejar de ser lo que era para hacer el papel de mamá! Cualquiera que sea el abandono elegante de cierta sociedad, el carácter de madre impone. Iba á ser respetada para dejar de ser solicitada; hé aquí lo único que podía preocuparle.

A un observador de sutiles facultades no podía ocul-

társele la alegría con que Villart miraba las aficiones devotas de su hijastra, por más que las disimulára con una aparente indiferencia; contrariábalas bruscamente para alentarlas. Sin duda, á todo cuanto él se opusiera, había de inclinarse inocentemente la energía de la pobre niña.

Nada de esto escapó á la perspicacia de Ignacio Souza; todo lo comprendió; mas no acertaba á explicarse la razon por la cual habíale sido concedida tan fácilmente la entrada en la casa, cuando á tantos otros jóvenes habían casi negado este favor, y ménos acertaba á comprender por qué, teniendo él las extremadas opiniones de que mil veces hacía ostentacion, dejábasele tratar á Matilde, á la que habían de contrariar ó mortificar las ideas del jóven, expuestas siempre con peligrosa franqueza.

En esto se ocultaba una habilidad de Villart que, como ha de verse, no le dió muy buen resultado.

Bien pronto el trato íntimo dejó á Ignacio percibir en detalle, nudo á nudo, hilo á hilo, la red en que se hallaba presa aquella pobre alma.

Ciertos rumores acerca de la fortuna del padre de Matilde, que, segun Villart decía á veces riendo, había sido tan cierta como lo son los tesoros de los cuentos, hubieran podido dar á conocer, investigando la certeza que en ellas podría existir, la verdad de cuanto acaecía á los hijos de Camponell; los terribles sufrimientos, la lucha de los dos hermanos de Matilde, especialmente del piloto, dirigirían la observacion directamente al descubrimiento de todo; pero Ignacio no conoció esto sinó cuando le hubo acaecido lo que vamos á referir.

A pesar de los pocos motivos con que contaba para conocer la situacion, un secreto impulso instintivo revelábale que allí se desarrollaba un terrible drama íntimo, un drama de familia.

Cuando le hacían cargos á Villart acerca de los peligros á que se hallaría expuesta su hijastra si no atajaba el fuego de su religiosidad, dió entrada en su casa á un jóven, á un pretendiente probable, á Souza, que, por otra parte, habíale de ser á Matilde profundamente antipático, dadas sus ideas.

¡Oh, inhábil habilidoso! Por la más estrecha juntura que pueda dejar el artificio penetra la fuerza natural, como por la más imperceptible rendija la luz; miéntras el jóven marino confirmaba y asentía cuanto hacía ó pensaba hacer Matilde, nada despertó á ésta; hubo un día, sin embargo, en que se halló contrariada, y pudo descubrir una fé que no era la suya, pero aunque dirigida á otro ideal tan firme, tan leal, tan pura, y Matilde compadecióse primero, lloró despues é intentó vencer por su entusiasmo con su sentimiento aquel raciocinio firme, aquella loca y extraviada cabeza. ¡Qué inexperiencia descubría en el jóven! Desconocía éste, indudablemente, las primeras verdades cristianas, y Matilde deseaba, como hermana, infundirle piedad; como maestra, fé, dándole en premio por aquélla un cielo; por ésta algo que ella prometía, sin conocer y sin saber si lo prometía: un nada. ¡Ah! una cosa inmensa: el amor.

El jóven oficial no podía explicarse por qué aquella voz le deleitaba, aquellos razonamientos que, á veces, brillaban en el fondo del fanatismo de Matilde como la llama de los cirios en el oscuro fondo del templo, le distraían; sentíase deslumbrado á veces, aturdido siempre; al conversar con Matilde, el alma del jóven atravesaba como un buque bajo la tormenta que le oculta los destellos del faro con su densa oscuridad, pero que permite, al fulgor de los relámpagos, ver momentáneamente la brújula y no perder el rumbo.

Su exaltacion, su maravillosidad religiosa, su delirio,

le hacían perder toda esperanza; las vivas explosiones de sentimiento descubríanle un ardiente corazon, hacia el cual dirigióse esperanzado.

La lucha no fué larga; Souza era hombre de extraordinario despejo; además, á la jóven habíanle formado frias é insípidas lecturas, á las que prestó ella el calor de su amor no comprendido y la fantasía de su imaginacion no empleada en más útil propósito; la devota inaccesible es aquella tras de la cual hay un padre espiritual; felizmente la Providencia había librado á Matilde de este terrible peligro.

No digamos que venció completamente; hubiera vencido; pero cuando la victoria iba á premiar su esfuerzo; cuando ya la jóven había llegado á comprender que ningun mal había en amar un poco al hombre, áun amando mucho á Dios; cuando la comparacion establecida entre su padrastro y el oficial hízole visibles las bellas cualidades de éste, y, sobre todo, cuando un anciano sacerdote á quien se acusó del pecado de amar á un hombre en nada contrarió este impulso, pues un amor honesto era lícito, Matilde decidióse interiormente á no rechazar aquella primera y atrayente ilusion.

Había en su alma una confusa nocion de la naturaleza; apénas había podido vislumbrar al hombre á través de la gasa del sueño, y aquel hombre tenía en el costado la herida de San Francisco, en sus ojos la ténue brillantez del meditabundo cenobita, una palidez intensa visible en el fondo de una aureola brillante; amaba esa luz que parece esparcirse alrededor de los bienaventurados; aquella luz era la esencia, el espíritu, la santidad; lo que escapaba á través de un cuerpo trasparente por el ayuno, enflaquecido por la penitencia, consumido por el amor divino.

Hay la locura pictórica; la imágen domina, turba,

produce la fascinacion; nada más terrible que esas delineaciones incompletas que apénas señalan un hombre y que comienzan esbozando un imposible; la fantasía exaltada delira en la más imperceptible y funesta de las sensualidades; el deseo inconsciente, vése agitado con lentitud y constancia por un trazado. Primero, esos rostros graves y pálidos infunden compasion, luégo simpatía y, por último, adoracion mística. ¿Dónde habitan esos séres ideales? Más arriba del cielo azul. ¡Oh region de las esperanzas! No había adivinado Matilde la verdadera razon de aquel misterioso afecto que surgía en su alma, que agitaba su pecho, que trastornaba su vida. Educada en el trabajo, con ménos tiempo para soñar y más para amar, hubiera amado sin que el amor le produjera extrañeza alguna; pero en el ócio, y en el delirio de una religiosidad fantástica, atribuía á designios divinos unas veces, á tentaciones diabólicas otras lo que era hijo de una lógica impulsion de su naturaleza.

El hombre apareció á sus ojos; en los primeros momentos cedió; aceptó conversaciones íntimas, llegó á cambiar billetes, despues vaciló; Satanás debía, indudablemente, haber atizado aquel fuego, anuncio de otro en que ardería su alma con la del hombre tentador. ¡Oh! Y á veces recordaba sus impulsos de amor piadoso y purísimo, sentía como tristeza de ser infiel ¿á quién? á Dios. Por esto sucediéronse días, en los cuales Matilde, que se mostraba ántes afectuosa y expresiva, apareció preocupada; por fin, uno en que se negó ver al jóven, y por último, una semana ¡terrible para el marino! durante la cual fué recibido friamente por Cármen Villart y le fué imposible ver ó escribir á Matilde.

¿Qué había sucedido? Villart mostrábase casi descortés, Cármen reservada. ¡Ah! le era insufrible al jóven soportar aquella difícil situacion, amaba: habíanse fun-

dido las dos almas. Él amó en un principio aquel espíritu soñador, cuyo pensamiento alejábase de la tierra para remontarse al cielo, como ella había amado aquella fuerza racional que en el cielo buscaba la direccion de su marcha por los mares; ambos, al conocerse, se habían maravillado. Ella tambien tenía la inquieta pasion de explorar por el sentimiento y la fantasía; él la esperanza en un más allá, lograda por el trabajo y la perseverancia. Ambos creían haberse libertado; Matilde creía haber despertado una santa fé en el alma de Arturo, y éste haber redimido por la pasion, para la vida de la naturaleza y la realidad, aquella ignorante niña.

No pudo saber el motivo que le separaba de la jóven; un presentimiento le anunciaba que de todo esto era culpable Villart. Quería cerciorarse.

Logró de Matilde, despues de gran trabajo, una última entrevista. Habíale suplicado que le recibiera en un pequeño jardin que rodeaba la casa de Villart; la hora señalada era la de las cinco de la mañana, hora en que Matilde volvía de misa.

A la cita acudieron ambos; la mañana era hermosa; las nubes agrietadas por la luz del sol naciente con un tinte de fuego, prestaban al azul diáfano un tono imposible de copiar; por el espacio cruzaban veloces y en vuelo tendido, describiendo círculos, las negras golondrinas; respirábase el tonificante aire del mar mezclado con no sabemos qué aroma de primavera, y los grandes árboles ocultaban bajo sus frondosas copas las alegres familias de aves, cuyo regocijo prestaba vibraciones enérgicas á la tibia atmósfera meridional.

Penetró el jóven en el jardinillo, donde Matilde esperaba, pálida, con el rostro contraído y sin levantar del suelo sus hermosísimos ojos; no léjos de ella se hallaba una criada que le acompañaba ordinariamente á misa.

Matilde no le dejó hablar; Souza, que era hombre de extraordinaria resolucion, hallábase tan profundamente emocionado, que á un gesto, por el que Matilde le impidió hablar, quedóse mudo.

Poseída Matilde de una exaltacion cerebral, tal vez causada en su impresionable organizacion por la presencia del jóven, comenzó á hablar temblorosa, pero con voz en la que palpitaban á un tiempo el dolor y la cólera.

—Márchese, Arturo; no me hable V. Mi alma cedió á tentaciones halagadoras é imposibles que rechaza mi deber...

—Matilde...—murmuró Souza con voz dulce.

—No me hables,—dijo, dando á su voz casi el mismo acento.

Su alma había vibrado, respondiendo al tono dado por Arturo, como vibran dos cuerdas simpáticas, pero cediendo tal vez á la fuerza de su fanatismo exacerbado,

—Vete, Arturo,—exclamó con energía, que revelaba el extravío de su razon.—Tú, que reniegas de Dios, sí, reniegas de Dios, lo sé: tienes en tu casa, mezclados con mis libros piadosos, con los libros que te dí, libros horribles; tú, que reniegas de Dios, ¿no has de renegar algun día de mi amor? Si la fé, que certifican grandes prodigios, no se arraiga en tí, ¿cómo has de conservar una fé sólo motivada por unos encantos, que si existen son tan despreciables cuanto poco duraderos? Te llevas pruebas de que hubiera algun día premiado con amor... ¡Ah! Pero no, tengo á mi Dios, al Dios que encendió en el alma de una débil mujer la llama de la sabiduría; al Dios que infundió en el tierno corazon de una aldeana el fuego del heroismo; al Dios de Teresa y de Juana de Arco; al Dios de las Vírgenes, al Dios de los abandona-

dos... Huye, huye de mí; no eres sinó la nécia seduccion...

Alejóse aquella mujer; alejóse diciendo miles de expresiones de amor y miles de conceptos religiosos; parecía que las dos fuerzas que luchaban en su corazon y turbaban su pensamiento le hacían caminar á ciegas y le precipitaban en la desdicha.

Ciega, con un malvado por guía, Villart. Vióla desaparecer el jóven, poseído del más extraño disgusto.

—¡Está enferma!—se dijo tristemente.

Había en Souza un conocimiento acertado de las pasiones; creía que toda razon turbada por el sentimiento, como todo sentimiento contrariado por el cálculo, denuncian casi siempre un estado patológico. ¿Cómo luchar frente á frente con un cerebro exaltado, si para ello ni el lugar, ni el momento ofrecían los medios? ¡Ah! si él hubiera podido atraerla dulcemente á sus brazos, hacerla con caricias adquirir tranquilidad, hablarla el lenguaje del buen sentido y de la razon, pintarle un amor discreto, dulce, profundo, fundado en la naturaleza, impulso creador, orígen de la familia, germen de felicidad... pero ¿cómo había de escuchar? ¿Podía él haberse acercado delante de un testigo y en un jardin con peligro de ser visto desde las ventanas de la casa? Hubiera sido teatral y ridículo. Pero ¡qué pesar tan hondo laceraba su corazon! Aquella mujer tan hermosa, era buena, era inteligente, podía ser la mejor de las esposas y la más amorosa de las madres. Esto decíase por la reflexion, que jamás le abandonaba.

Pero la pasion era más enérgica, más exigente, más imperiosa. Amaba en Matilde no sólo la mujer, la promision de un encanto inefable, la posible felicidad de un amor enriquecido por la ternura y fortificado por la inteligencia, no sólo la esposa amada, no sólo la madre

buena si alguna vez tenía hijos; amaba en ella la debilidad, el abandono, todo el infortunio, toda la desdicha que deseaba combatir. Vió un sér débil que solícito se había prestado á dejarse libertar y favorecer.

Aquella criatura tan linda, aquella naturaleza de artista tan atrayente, aquella pobre niña fanatizada, ¿había de quedar sufriendo la criminal indiferencia de una madre y la cruel opresion de un negociante malvado, cuyas miras interesadas pudieran tal vez hacer de ella un motivo de especulacion?

No. El se lo había dicho á sí mismo. Contrajo tal deber con su conciencia; él era fuerte, libre y tenaz; por lo tanto, la resolucion que desde luego formó en su ánimo era inquebrantable. Además, si el sentimiento elabora por su parte aquello que la razon no ha dominado, Arturo, reflexivo y previsor en todo cuanto había constituído la aspiracion de su trabajo intelectual, vivía para ciertos ideales más bien guiado por el sentimiento que por el raciocinio.

El bien, la libertad, la moral, todo lo que hoy constituye el resultado de estudios positivos, hacíalo él cuestion de sentimiento; tenía sólo ligeras nociones de esto; hubiérale sorprendido quien, con fría y poderosa lógica, exponiendo las relaciones de tales ideas, hubiera intentado comprobar la exactitud á que obedecían y la expresion concreta á que podían reducirse.

¡Libertar! ¡Qué sueño más delicioso, qué nueva empresa de heroismo, qué fin para mote de un escudo!

De un estado de tristeza profunda, de amarga melancolía, pasó á una séria meditacion sobre cuanto había acaecido aquella mañana.

La conmocion primera trocóse en meditacion, y meditando alejóse de allí emocionado.

Entónces apareció con claridad á su mente cuanto

había observado. Villart, astuto y grosero, intentaba sin duda realizar alguna maldad. ¿Era cierto cuanto se hablaba acerca de la perdida fortuna de Camponell? Sí, podía serlo, puesto que Villart insistía mucho en reirse de lo que él llamaba una fábula. Debía, pues, estudiar detenidamente este punto, del cual, sin temor de equivocarse, podía asegurar que se desprendería la razon de cuanto había ocurrido.

Acometíale, interrumpiendo sus reflexiones, una angustia cruel; nada más acerbo que las impresiones que ocasionan esas bruscas sacudidas inesperadas. Hacía pocos días, no hacía siquiera un mes, miraba cerca de sí la dicha, aquella mujer adorada; oía su voz, recogía su mirada, envolvía su pensamiento en su propio pensamiento, estrechaba por todos los medios de que dispone el ingenio y la bondad, lazos que nunca pensó ver destruídos.

Y ahora veíase alejado, tal vez impotente para remediar todo el mal.

En estos pensamientos llegó, sin saber cómo, á su casa; penetró en su cuarto, sentóse á su bufete, apoyó la cabeza en ambas manos y dió rienda suelta á su dolor. Aquel hombre lloró.

¿Hay que desprenderse de una ilusion? ¡Bueno! Es mucho para cualquier hombre, es nada para un marino que en sí reune las tres energías: la energía del sabio por el estudio; la energía del sacerdote por la contemplativa meditacion de su vida; la energía del soldado por la lucha.

La puerta del cuarto se abrió y penetró por ella un jóven de pecho ancho, cuello robusto y desnudo, fisonomía severa y respetuosa, dotada de una seriedad que revelaba la educación dada por esos dos rigores: el viento y la ordenanza; era un marinero, el asistente tal

vez. Hizo el saludo militar, dejó un pliego en la mesa á la vista del oficial y se retiró.

Cumplía con el mutismo la primera condicion que á bordo se exige á los subordinados.

En un largo espacio de tiempo Souza no se fijó en el pliego, despues le abrió; aquel pliego era una órden de traslado.

Agregado con no sabemos qué mision á la capitanía del puerto, hacía tiempo que Souza permanecía en Cádiz. ¿Por qué se le trasladaba?

Lo adivinó. Villart era hombre que gozaba de gran influencia; Villart le alejaba. No había que dudar. Entónces la fisonomía inteligente del marino expresó la más enérgica manifestacion de cólera; creyó ver todo completamente. ¿Quién podía estar interesado en alejarle? Sólo Villart. Juró cerciorarse; juró venganza. Pediría á Matilde; si Villart le negaba su mano, recurriría á la ley, probaría que sobre su hijastra ejercía Villart una presion injusta; pero, ¡necio pensamiento! Matilde había rechazado su amor. ¿Cómo vencer á ésta? ¿cómo libertarla de su fanatismo y de los peligros á que se veía expuesta? Porque Souza ya daba crédito á lo que todo el mundo aseguraba. Villart temía un yerno que hiciera luz acerca de su pasado.

Volvía el pobre Arturo á encontrarse en la orfandad, porque él tambien era huérfano, su padre había muerto y tampoco conoció á su madre.

¡Qué destino más triste el de algunas criaturas! ¡Qué madre la de Matilde, qué oscuro, qué tenebroso, qué miserable era Villart! ¡Ah! la venganza sería terrible; Souza pensó en ella.

—Yo haré la luz que él teme,—se decía.—¡Como sea tan infame cual me creo, me vengaré y á corto plazo.

Despues, friamente, estudió los caractéres de aquella

familia que tanto le interesaba ya, y á la que por tan diversos motivos le impulsaba su corazon. La energía juvenil, la afeccion pasional, la sobrexcitacion nerviosa podían causar alguna violenta mudanza en su carácter reflexivo, pero no tardaba mucho en raciocinar con tranquilidad sobre lo más doloroso.

A la caída de la tarde salió de Cádiz en cumplimiento de la órden recibida. Las moradas tintas de las nubes, la franja de mortecina luz que cubría el horizonte anunciáronle el crepúsculo; al crepúsculo de la mañana se había despedido de Matilde, al de la tarde se ausentaba de Cádiz.

—Hay días despejados,—murmuró,—en los que no se ve el sol.

VII.

NOTICIA INESPERADA.

Todo fué en vano; su traslacion debía obedecer á una poderosa razon ó á una irresistible voluntad; no logró jamas volver á Cádiz, ni áun siquiera se le dieron explicaciones satisfactorias. El gobierno de la república usaba pocos miramientos; de todo soldado temía la indisciplina y de todo oficial la traicion.

No podía, por otra parte, abandonar la carrera como militar; dos guerras se lo impedían; como ciudadano, el amor á la libertad y la fé jurada á la revolucion le sujetaban duramente en su puesto.

En el espacio de nueve ó diez meses, nada supo de Matilde; preguntaba con frecuencia á los oficiales que solían llegar á la costa cantábrica, procedentes de Cádiz; escribía á sus amigos residentes en este punto; nadie le contestó satisfactoriamente.

Las noticias esperadas, solicitadas por largo tiempo,

suelen á veces venir culebreando, como para libertarse de nuestra preocupacion y de nuestro deseo; en el momento en que aquélla cesa ó éste se distrae, la noticia nos sorprende.

Hé aquí cómo recibió Souza noticias.

Souza había realizado un hecho heróico: tomar en sus manos una bomba inflamada, y arrojarla desde la popa del *Hércules* al mar.

Este hecho fué relatado por los periódicos.

Un día, el jóven oficial, sentado en un sillon de mimbres, miraba tranquilamente al mar y á la costa.

Perdía ésta insensiblemente su vago color plomizo, y agrandábase conforme el buque se acercaba. Souza parecía deletrear con la vista aquel paisaje; en aquella bruma, que era una montaña, quería adivinar un caserío, una vertiente, una vegetacion; componía la realidad en aquella vaga aparicion que nublaba la distancia. Preguntaba con la vista, y al acercarse el buque, parecía más bien que se acercaba la costa á contestar á la perspicaz inquisicion, y casas, árboles, arenales, vertientes, todo iba apareciendo distintivamente.

En tal estado se hallaba, cuando le sorprende uno de sus compañeros, que, entregándole un periódico, le dice:

—Souza, el periódico que recogí ayer en el Ferrol, relata tu hecho heróico de Bilbao.

Y Souza leyó:

«La señorita á que ayer aludíamos era la bella hija »del Sr. Villart. Parece que resueltamente entrará en el »convento de las Carmelitas Descalzas de...»

Souza había leído dos párrafos más abajo que aquel que le mostraban.

Palideció, alzóse, y preguntó con una sequedad que no dejó de alarmar á su compañero:

—¿Qué me das aquí? ¡Vaya un juego!

Y se alejó.

Su camarada, asombrado, quedóse murmurando:

—¡Qué rareza! Le irrita la popularidad. Verdadero fenómeno en estos tiempos en que un pacífico tendero viste, por amor á la gloria, el uniforme de guardia nacional.

Algunos meses despues, Souza no pertenecía á la marina de guerra; la entrada de un rey Borbon en Madrid fué causa de su salida de la Armada. Le había dicho uno de sus jefes, al conocer las ideas políticas del jóven y las relaciones por él contraídas con uno de los personajes más importantes de la revolucion, que un grado ménos de juício podía ser en aquellos tiempos un grado más en la manga, ó la pérdida de la carrera.

Hubo, además, algo todavía peor; éstos severos juramentados, que rinden ciego tributo de fidelidad á una bandera, inquietan y molestan á todo el mundo, y Souza, con estos antecedentes, no podia vivir tranquilo, ni áun durante breve tiempo. Y como se hallaba dotado de una fisonomía imponente, de expresion seria y franca, como llevaba la independencia de su alma retratada en la cara, como no se escondía para hablar, como no se ocultaba para protestar... hízose sospechoso, y á los dos días recibió, con la licencia absoluta solicitada, la órden de destierro.

De él había escapado para venir á Santander. ¿Por qué? Lo ignoramos. Aparecía con ánimo de partir en breve.

Un viejo servidor de Villart, que había revelado en Bourdeaux al jóven oficial todos los antecedentes del negociante aventurero supo un día que Souza se había marchado á España.

—Hace tiempo,—le dijo un compañero de habitacion

de Souza,—que el jóven español recibe cartas que deben encerrar grande interés; no duerme; está intranquilo. Por último, hace días partió su criado para España, y ayer se fué él mismo. Se expone verdaderamente.

—No hay duda,—dijo el antiguo criado de Villart,—va á vengarme.

VIII.

ADELINA.

El poeta, que en su infantil voluptuosidad unió el sueño de un niño á la fantasía codiciosa de un mancebo, clasificó á Flérida de más sabrosa que la fruta de ageno cercado. Mírase á ésta llena de color pendiendo de la verde rama, defendida del asalto por la altura y de la aprehension por una muralla; igual á esta fruta era Adelina.

Léjos de la vida ordinaria se la contemplaba como riqueza de imposible conquista; su alma no prestaba á cuanto hallaba á su alrededor ni atencion ni curiosidad; tenía el pensamiento pendiendo de una estrella, pero muy elevado de la tierra; estos estados del espíritu se revelan por un atontamiento aparente, por una torpeza de los sentidos, por una perpétua inmovilidad de fisonomía. Diríase: la mujer estátua, si el color rosado, el dulce tinte azul de sus venas y la suave movilidad de su pecho no denunciaran la vida bajo aquella diafanidad.

Hallábase amurallada por una severidad de costumbres, incomprensible en nuestro tiempo.

¡Ah! pero la infortunada era codiciable.

Brillaban cerca de ella mil ojos saltando de sus órbitas, chispeantes; mil brazos se abrían ávidos de estrecharla; era la fantástica ilusion bella de mil deseos; servía, á muchas corrompidas naturalezas, de objeto apetecido; ignorante, abría su pensamiento á éxtasis de pureza como sobre la flor el dorado insecto sus alas á la luz, sin ver en el cieno la sabandija codiciosa y envidiosa.

Aquella esbeltez era un peligro; la ondulacion de sus movimientos, dulce y honesta, una desgracia; una fatal desdicha, sus rizos de oro, sus ojos dulcísimos, su boca fresca, su lindo rostro, sus lindos piés, su pequeña mano.

No era una vírgen estática completamente; había algo más plástico, ménos impalpable; tenía la luz del ángel y hallábase complicada por la delicadeza carnal del ave. Alas que en el vuelo deleitan los ojos, y pechuga que despierta el apetito. Era lo delicado que un gastrónomo vé en la paloma; tolera la cándida belleza de ésta por lo sabroso de sus carnes.

Ese grosero apetito que tiende redes á la paloma como á la doncella, acechábala contínuamente.

Y ella acobardábase ante un peligro desconocido; tenía esa timidez innata del pájaro, pero ignoraba que podía ser objeto de un deseo. Figuráos una cosa así como la mística Beatriz del Dante en un bosque acechada como una Diana por los sátiros.

La excelencia corporal que principalmente le ponía en peligro, era la morvidez y el exquisito modelado de sus formas.

Sus vestidos eran sencillos; esta sencillez, léjos de hacerla imperceptible, señalábala más á las miradas de to-

dos. Faldas sin adorno, delantales de costurera, modestas mantillas, percal y lana todo el año.

Tal era Adelina la modista. Si ménos peligros que los que hubieran sido de esperar habían rodeado á la jóven en la córte, débese al recogimiento de su vida; apénas salía de su casa; el hijo de su portera, muchacho de catorce años, entregaba el córte en el taller y los bordados en las casas particulares.

Poco se había sabido de ella en casa del Sr. Mateo, y poco, ó casi nada, en casa de Jesús Barbeniga.

Adelina era hija de un francés; éste había muerto, habiendo dejado su hija encomendada á un compatriota, que tambien murió al poco tiempo, dejándola una profesion: la de modista de córtes, y dos habilidades: la de bordar y la de pintar. Hé aquí todo.

Nada se supo más. El año en que la presentamos había, cómo hemos dicho, llegado acompañada de otra señora. Era esta una mujer de elegancia afectadísima, jóven, y dotada de esa belleza provocativa y grosera de las mujeres que toman el serlo como única ocupacion.

¡Vióse Adelina enlazada á una aventurera!

¿Cómo había sido esto? ¿Por qué en la casa prefirieron á doña Amalia y desairaron á Adelina? ¿Qué había ocurrido? Sin duda alguna, Adelina, sorprendida por algun acto de Amalia, ó guiada por esa repulsion inexplicable que separa á toda mujer pura de toda meretriz, habría manifestado su disgusto suscitando el enojo de Amalia. Pero, por otra parte, ¿por qué la entretenida habíase tan fácilmente aliado á una jóven, cuya honradez era para la cortesana un obstáculo, y cuya belleza era una contrariedad?

Ocultábase algo extraño en esto.

Adelina, sobrado inexperta, nada echó de ver en un principio; sobrado pensativa, en nada se fijó; pero bien

pronto el lujo aparatoso, la desenvoltura, y quizás ciertas terribles insinuaciones de la desconocida en el ánimo de la jóven, alarmaron á ésta.

Buscó un refugio en el dueño de la casa; pidió otra habitacion; en su interés y en su temor creyó que la asistencia á dicha casa, durante dos años, daríale algun derecho á las consideraciones del hospedero. ¡Cosa extraña! No solamente fué desatendida su peticion, sinó que llegóse á preferir á la cortesana, y quizá si no hubiera á tiempo entrado Jesús Barbeniga, habríanla llenado de insultos. Ella veía en todo esto algo terrible, y sentía miedo.

La tranquilidad y el amor que reinaban en casa de Jesús Barbeniga habíanle dado gran confianza, restableciendo prontamente en su ánimo la paz en él interrumpida.

Aquella niña tenía un secreto. Una preciosa cajita con incrustaciones de márfil y cerradura de plata; allí guardaba sus riquezas; esos objetos tan caros para la mujer: medallones con retratos, flores secas y aplastadas, papeles con largos renglones oscuros y desiguales; había un mundo; el retrato de su madre, el de su padre, cartas de éstos y cartas de un sér adorado y quizás ausente. La infancia del alma señalada por aquellos testimonios, algo tan venerable, tan significativo como los fósiles que señalan la edad del mundo. Pruebas de los días primeros de la existencia, que apénas indícanse en la memoria, sinó indecisos, vagos como un sueño, y talismanes que provocaban en su alma esperanzas para lo porvenir; la tradicion sagrada filial en aquellos retratos y aquellas cartas, y en otros objetos documentos de una alianza purísima y de una fé jurada, tácita, pero profunda.

Tal era el secreto de Adelina.

En su orfandad y en su doncellez flotaba entre el dolor que le separaba de los séres queridos, y el amor que quizá ya le uniera á un ser adorado. Tal vez de este estado dependiera aquella vaguedad de su dulce mirar, vaguedad que parece denunciar el momento en que el pensamiento, ensimismado, no acude á manifestarse por la expresion en los ojos, ni pasa la observacion por éstos al fijarse en lo exterior.

Lo ocurrido á Adelina con la entretenida, sus temores y sus observaciones eran ya conocidos, pasados algunos días, por Jesús Barbeniga. Su aficion á rebuscar en aquella cajita, su estado de distraccion frecuente eran observadas por el rudo marinero, ménos vulgar que lo que á primera vista pudiera parecer.

El había pensado en todo esto. La desconfianza que le inspiraban siempre sus vecinos, era hija de lo doble y extraño del carácter del Sr. Mateo y de su insaciable codicia.

Barbeniga había sido soldado; esto da mundo á los hombres, y era padre y jefe de familia; esto les presta cierta honrada inclinacion á proteger al débil.

Barbeniga pensaba:

—La señorita es muy bella. ¡Dios quiera! Es muy pobre: yo conozco el mundo. Padecerá grandes trabajos, si es que de esa cajita de jugueteos no brota el día ménos pensado un lindo muñeco de su gusto como de las cajas-sorpresas que venden en la féria.

IX.

DE QUIEN MÉNOS SE ESPERA.

—¿No sabes?

—¿Qué?

—He visto esta mañana al capitan del *Hércules*, y ha ocurrido una cosa de chiste; señorito,—le dije,—¡mi capitan! y al pronto no me reconoció; pero despues, á poco de hablarle, se acordaba hasta de mi cara. Es buen hombre ¡ya lo creo! y no ha de ser mal marino, siempre me acordaré de su valor.

—Pero, ¿de quién hablas, de D. Arturo Souza?

—Sí.

—¿Y no le has hablado del cabo Barbeniga; no le has hablado de mí?

—Le hablé; tardó en recordarte; pero dijo: he oido este nombre á poco de llegar. ¿Qué es de él? ¿está bueno? Vaya, toma para que bebais á mi salud. Conque, vente, y luégo iremos á la mar; el alcalde levanta el remo al cielo (1).

---

(1) Los pescadores de Santander nombran un perito entre ellos,

Este diálogo era sostenido por Barbeniga y otro marinero, una especie de cetáceo, un moceton alto y grueso que se las manejaba á las mil maravillas en el mar, pero que se movía difícilmente en tierra. Con su pipa, estático las más de las veces, fijaba su curiosa mirada en el puerto, nunca en la tierra ni en las gentes.

Dirigiéronse desde el desembarcadero á un tabernucho, teniendo Barbeniga que ajustar su paso al del pesado camarada.

Penetraron en *el Ancora,* atravesaron por entre una multitud de marineros que, frente al mostrador, y ocupando varias mesas, llenaban de humo el local. Percibíase un fuerte olor á brea; veíanse caras rudas y algunas terribles, y sentíase esa extrañeza que producen la reunion de muchos hombres vestidos con trajes desarrapados y dotados de fisonomías tristes, honradas, y á veces inocentes.

—Tengo, ademas de lo que te he dicho, algo que concontarte,—dijo el moceton á Barbeniga.

Luégo se sentaron en un rincon de la taberna, bajo un pequeño bergantin que había colgado en la pared entre dos barricas de vino y frente á un corralillo de escasa luz, y por cuyo suelo alfombrado de cáscaras de naranjas, plumas, mondarajas, desperdicios, trapos y despojos, que harían soñar á un perro ó á un trapero, vagaban algunas gallinas.

—Bebe y hablemos,—dijo Barbeniga.

—No vas á la pesca; el patron Antonio se enoja; ayer atracamos en Santa Marina, por avería; venía la barca pesada; tuvimos un mordisco en los forros; hacía agua

encargado de dar las señales, denunciando el buen ó mal tiempo y dirigiendo la pesca; este perito es llamado alcalde de mar; su barca designa por banderas si han de internarse ó deben volver á puerto.

y el viento nos hizo arriar la mayor y el foque; allí no había otra maniobra que la que yo mandaba, y soy buen marinero para que quiera ser contramaestre; el chico no sirve de nada, y Antonío es un viejo dormilon. Y yo te pregunto: ¿Por qué nos dejas hace ya más de ocho días? ¿te vas á hacer pescador de pescadores? (2).

Barbeniga, despues de un momento de silencio, durante el cual ambos apuraron sus vasos, dijo gravemente cuanto le acaecía; se hallaba preocupado por dos extraordinarios sucesos: el encuentro de una infortunada señorita, á quien quería libertar de ciertos peligros, y el hallazgo de un paquete cuyo dueño no encontraba. De pronto, á Barbeniga debió distraerle algo extraordinario. Una de las dos grandes barricas les ocultaba á la vista de otros bebedores que se hallaban en una mesa contígua. Eran éstos un caballero bien vestido y un hombre conocido ya por nuestros lectores, el Sr. Mateo.

No sabemos por qué circunstancia, aunque éstos no se apercibieron de la presencia de los marineros, á pesar de haber hablado durante un largo rato en alta voz, Barbeniga descubrió á su vecino, sin embargo del siseo imperceptible con que hablaban. Debió oir algo, porque despues de haber escuchado durante un momento, levantóse y miró por uno de los lados del tonel.

Escondióse, y escuchó despues, visiblemente conmovido, dando señales de cólera que parecía reprimir quizá por exceso de prudencia.

Bien pronto debió cesar la conversacion. Levantáronse el Sr. Mateo y el sugeto que le acompañaba primero.

Barbeniga, instintivamente, levantóse como agitado por una violentísima fuerza interior y se contuvo luégo.

Al salir, el Sr. Mateo reconoció á Barbeniga, causán-

(2) Nombre dado á los negociantes que especulan con la pesca.

dole una gran sorpresa el verle en aquella actitud y con aquella mal disimulada expresion de enojo.

Barbeniga, reprimiendo un violento impulso del corazon, dijo, sentándose en el taburete, y abarcando su vaso con mano crispada:

—¡Hubiera ahogado á ese bribon!

—Ahogar, no es malo,—dijo el camarada de Barbeniga, que no comprendía una palabra,—cuando nos pueden ahogar todos los días esos señores traficantes Bueno sería que les amenazaran nuestras manazas con ahogarlos; más fácil nos sería ahogarles que al mar ahogarnos. Yo, sólo me ahogo con tinto; debo tener el fondo negro,—añadió, dándose una palmada en su vientre abultado y ancho.

Luégo, sacando una bolsa de tabaco, y llenando su pipa, continuó gravemente:

—Tú traes y llevas negocios agenos, y vas á naufragar en seco, buen Jesús, como dicen los herejes protestantes de Miranda.

—Oye,—replicó Jesús,—¡lo que es el mundo! ¿Crees que hablo de un negociante en pescado? Pues ese es un negociante en mujeres. Vivimos muchos embrutecidos; por eso nos ahogamos cuando llega la ocasion; hay hombres que miéntras pescas el sustento en el mar te pescan la honra en tierra. Ya estamos acostumbrados á estas cosas. ¿Qué le pasó á Plácido? murió en el agua, miéntras su mujer era embarcada por aquel truan como una yegua, ménos aún, como una vaca que venden en la Habana. Los pobres somos la carne de los ricos. ¡La santa Vírgen del Mar me guíe! sinó, he de ahogar á ese canalla. Vive de eso; de engatusar mujeres; pero á mi señorita... yo me callo.

—Sí; calla, que no entiendo jota. Los hombres hacen su negocio; cada cual vive como puede... ¡déjalos! ¿qué

te importa á tí de los peces de la China? ¿qué te importa nada de eso, Jesús?

—Eso digo, que me importa; que hay arriba que me mezcla en cosas que no me importan. Si el arañon no hubiera picado al niño la señorita no le hubiera cuidado, ni yo hubiera recogido á la señorita, ni ahora la libraría de mucho malo. Mira, Jorge, allá arriba ó aquí abajo hay alguien que dirige este tinglado.

—¡Otra como la del enamorado á bordo!—exclamó el marinero.—¡Un hombre, que siempre hablaba de que las cosas sucedían por algo que guía Dios! Las cosas suceden porque sí. ¿Sabes tú quién era el enamorado á bordo? No lo sabrás. ¡Has navegado siempre en lancha! Pues era un piloto. A propósito; me he olvidado decirte que D. Arturo, el capitan, me parece que buscaba no sé qué cosa que había perdido.

—¡Hombre! ¿y me lo dices ahora? Es, no hay duda, el paquete que encontré. ¡Cernícalo! ¡y estabas con esa calma! ¿Dónde se aloja D. Arturo?

—¡Yo qué sé! En la fonda de Europa, que es la de los marinos.

—En la misma; pero marchará hoy;—dijo un recien llegado, en el que nuestros lectores habrán reconocido al marinero que salió á esperar á Souza el día de su llegada, y el mismo que le había entregado el pliego de traslacion en Cádiz.

—¡Hola, Casimiro!—dijo Jorge.

—Vamos allá,—replicó Barbeniga, tomando el brazo de Casimiro, y saliendo precipitadamente de la taberna;—lo que ha perdido yo lo tengo en mi poder.

Dejando allí al corpulenlo Jorge, que mal podía comprender lo que acaecía, cuando apénas notaba ya los objetos. Danzaban alrededor de su vista los negros y grandes toneles, vasos y botellas, todo medio ilumina-

do por la ténue claridad del patio y la de la puerta de la taberna.

Una neblina azulada y densa, producida por el humo de las pipas, atenuaba la luz; el rumor y el estruendo crecían ensordeciendo al pobre marinero que, como Falstaf, bebía y dormía sin pensar. Si él hubiera podido meditar, si en él hubieran cabido discursos acerca del destino, acerca de la casualidad, acerca de los sucesos que se producen diariamente y el hilo que los enlaza, ¿cuáles hubieran sido sus pensamientos?

El inocente dormía; su grande cabeza reclinábase sobre el aro de un tonel; su boca medio entreabierta, sus manos, en una de las cuales mantenía la pipa, abríanse y de todo él se apoderó la profunda y soñolienta languidez del bebedor.

Aquellos eran sus únicos placeres, su único defecto, terrible, es verdad, pero lógico, dadas las privaciones y el trabajo que gastaban su energía y su vida.

¡Pobre Jorge! ¡cuán ageno estaba de haber servido de enlace á los acontecimientos! ¡tal vez por él se desenredaran enmarañados asuntos! ¿él lo sabía? No.

Al anochecer despertó de su letargo; pasóse las manos por sus ojos, recogió su faja y su boina y salió casi tambaleándose de la taberna.

El puerto veíase lleno de bultos que se movían de un lado á otro. Jorge se daba cuenta de que aquellos bultos eran gentes, que ni acababan de despertarse, ni se habían emborrachado; pero á la luz ténue y nacarada del crepúsculo no se distinguían sinó formas oscuras.

Internóse entre aquellos bultos, y un violento empellon le hizo volver la cabeza; junto á él, precipitadamente, pasaron Casimiro, Barbeniga y Souza.

—Van á su negocio,—se dijo.

Otra sorpresa quedábale por recibir; sintióse de pron-

to estrechado fuertemente por unos brazos vigorosos.

—¡Hola, camándula, siempre tan gordo!

A la oscilacion de la sorpresa y á la escasa luz crepuscular debió el no conocer al que le estrechaba; pero despues de un momento de contemplacion, durante el cual examinó, sin rechazarle, al que aún le rodeaba con sus brazos, dijo poseído de la mayor alegría:

—¡Calla, el enamorado de á bordo!

X.

UN PUNTO OSCURO ENTRE EL CIELO Y EL MAR.

Si un hombre, sentado en la punta del Cabo de Ortegal, hubiera mirado, pocos días despues de la llegada de Ignacio Arturo Souza á Santander, la lontananza del mar, hubiera descubierto la silueta que la corbeta *Esperanza* señalaba en el horizonte, sobre la morada y curva línea del Océano, destacándose en la claridad á la luz del cielo.

Nada más bello que esas apariciones indecisas, borrosas por la distancia, veladas por la niebla lejana, sorprendentes por la monotonía del aspecto majestuoso de la inmensidad; pasajeras y vagas formas de un sueño, mezcladas en la incierta perspectiva que ofrecen los contrastes de luz, los cambiantes de colorido, la extensa y misteriosa vaguedad de un espacio ilimitado.

Un ave que se empequeñece en su vuelo á nuestra vista, nos da idea de nuestra impotente vida; una nave que se disipa en el horizonte, rápidamente impulsada por el viento, como un pájaro llevado por sus alas, deja

en nosotros tal envidia, si bien complicada por la más honda tristeza. ¿Cuál será el destino de aquella nave?

Esbelta dibujábase la arboladura; la pupila de un marino observador hubiera adivinado, por la direccion del viento y por los entrantes y salientes del indeciso contorno, el rumbo de aquel buque y las velas que llevaba desplegadas.

Todas las mayores, las de estay; iba á todo trapo.

La fantasía penetra en esos lejanos buques; allí hay hombres que miran el negro contorno de la costa, expían las traiciones que bordean el continente, fiscalizan en el aire la movible accion de los elementos; la tierra es pérfida, el cielo es hipócrita, el mar es falso; caminan en perpétuo acecho. ¿Qué les reserva la noche? ¿Qué les prepara el viento? Una nave en la inmensidad es como un alma en la vida. Caminar á merced de los elementos es como caminar á merced del destino. Una nave sola, es como un alma sola.

A todo esto, añádase la profunda tristeza de la tarde en que el día declina, como la sombra inmensa en que la vida se extingue.

La Esperanza era un buque velero que hacía la travesía desde las Antillas á la Coruña y Santander. Había fondeado en la Coruña, dejando maderas, mitad de su cargamento, y se dirigía á Santander á descargar cacao y tomar harinas.

Cruzaba por delante de la formidable costa cantábrica, que no presenta ningun golfo, ninguna bahía segura, ningun amparo; la costa cantábrica, desde el cabo de Peñas á Bidasoa, es áspera y abrupta. La imponente resistencia en la costa, la traicion en los puertos, es cuanto ofrece á los buques. Murallas cortadas perpendicularmente, contra las que rompen furiosamente las olas, defienden el litoral, cuyo único salvamento le

constituyen puertos de fondo variable al sondaje, turbados por corrientes pérfidas, llenos de encastillados que producen un mareaje temible.

Todos los puertos tienen una entrada vigilada por un escollo, ó por un islote; San Anton en la Coruña, Mogro en Santander, la Muela en el Ferrol.

Hay dichos lúgubres, conservados como tradiciones, llenos de una prudente solicitud y vertidos en una frase tan jovial como espantosa. Toda la burla que la inercia de la costa inaccesible juega al marino está manifestada en esta frase: *Nunca cuela el que no evita la Muela.*

La Muela, como las Animas, como el Pié, como Prior y Prioriño, como la Punta Chirlatería, como las Piedras Blancas, como los Picos de Ortegal, como tantos otros accidentes y vestigios de la costa amenazan perpétuamente. Al oir el rugido permanente de las olas contra aquellos brutales y sordos peñascos se cree ver la lucha de la energía irrecusable contra la inercia invulnerable. La ola azota aquellos lugares y los burla engalanando aquellas asperezas con la blancura, vistiendo aquellas vejeces con el brillante crespon de espuma.

Los dichos marinos no acaban; se divisa el islote de la Marola, roca solitaria y se os dice: *El que pasa la marola pasa la mar toda.*

Más allá de esta peligrosa costa, caminaba á la caida de la tarde la corbeta *Esperanza.*

El observador hubiera distintamente percibido aquel buque, pues por una curva trazada necesariamente por su rumbo, llegóse hacer perfectamente visible.

Hubo un momento en que se percibió su vaso y su arboladura.

Lo que el sol tardó en desaparecer, tardó en desaparecer el buque de la vista.

Poco á poco se oscurecían sus velas rojas como ascuas

á la luz del sol, blancas como ceniza á la claridad crepuscular, negras como pavesas al caer de las sombras, gradacion de color que, unida al lento desvanecerse, disminuyendo de tamaño, producía esa melancolía que suscita la inmersion de un buque en la inmensidad y en la sombra igual á la inmersion de una existencia en la muerte.

Luégo la vista volvía á percibir el movimiento cercano de las olas, y el oído ensordecía al rumor de sus perpétuos choques; creerían volver de un sueño.

El crepúsculo y el mar, creadores de fantasmas, ayudan fácilmente; el trabajo de los soñadores á veces le provocan. Tal grupo de rocas es á los ojos una reunion de espectros; tal reverberacion un apoteosis; tal buque un aparecido vagabundo.

Aquel buque se extinguió; bien pronto una neblina nubló la franja de ténue claridad lejana, preludio de la noche.

Aquel era el buque esperado por Adelina.

XI.

EL BUSCON.

El excelentísimo señor marqués de Vizalena, era un anciano que vivía en Carrion de los Condes, allá por el año de 1849; tenía una venerable cabeza plateada, ancha frente, labios graciosos, en los que se veía aparecer de un modo encantador una risa infantil y afable; el rostro era singular: nariz fina y algo acaballada, ojos grandes y candorosos y tez blanca; la expresion de este rostro era dulce y grave.

No se le conocía en Carrion; ignorábase por qué había aparecido en la villa, y, por otra parte, de él no podía saberse cosa alguna; con nadie se relacionaba; sus costumbres eran las de un anciano y las de un enfermo. Las tardes despejadas y hermosas salía, apoyado en un mozalvete, su criado, y se dirigía de paseo á San Zoilo. Cambiaba algunos saludos de cabeza con otros ancianos paseantes, y hablaba poco con su mozo.

El viejo marqués apénas podía moverse, apénas podía articular una sílaba. Sin embargo, cierto día, un vie-

jo sacerdote, que caminaba lentamente delante del marqués y su criado, le oyó decir:

—Los viejos nos parecemos á los caracoles y á los lagartos.

Otra vez le oyó decir:

—El rey José, no era orgulloso, pero tampoco buen cristiano.

Otro paseante, hombre que había calificado al marqués de extrafalario, extrambótico y extraordinario, encontrando en el *ex* de cada calificativo la razon que unía el tipo al grupo y el grupo á la especie, le había oído:

—En York, reinando Cárlos II, murió Jenkins, nacido en el reinado de Enrique VII. Murió á los ciento setenta años.

Se hablaba mucho del marqués; por la noche cenaba dos huevos pasados por agua, cuyas cáscaras rompía luégo de acabar su cena, prueba de distincion, segun M. Salgues. Se aseguraba que todas las mañanas bebía el elíxir perfecto ó blanco, que, como se sabe, prolonga la vida; rezaba el rosario y descifraba charadas. En resúmen: era un buen hombre.

Un día, este buen hombre, quedóse en Carrion abandonado de su criado; de la noche á la mañana desapareció.

El marqués llamó á las gentes de la casa que habitaba, preguntó por su ayuda de cámara, y nadie le supo contestar; esperó, y fué inútil; abrió su maleta, y la encontró vacía.

El miserable le había robado.

—¡Toda mi fortuna!—exclamaba el marqués con terror delante del ama de la casa y de otras personas.

A los seis días el viejo marqués había fallecido.

El criado hubo de correr alegre en su vida aventure-

ra; estafó, robó, jugó, hizo diabluras, nadie ha sabido jamás el orígen del dinero, base de su fortuna, y el orígen fué el robo hecho al anciano marqués.

Este criado era Villart.

El antiguo buscon subsiste; el aventurero se perpetúa; esta sociedad no tiene sinó tres clases de hombres: la reducida de los que trabajan, la de los vividores y la de los explotadores.

Villart era un vividor.

El sistema social, resultado de la vacilacion de los tiempos, adolece de gravísimos males; el explotador coarta la libre actividad, oprime, deja sentir su peso en todo; su voraz egoismo asume cuanto se produce; el vividor, en grado más ínfimo, compónese de manera que su accion, no siendo tan opresora para la totalidad de las gentes, es tiránica con reducido número; es el ratero que vive de los desperdicios, de las sobras del explotador; es un resultado de la corrupcion; el primero vive de los vicios del sistema; éste del vicio individual; surge aquél de los errores sociales; nace éste de los defectos morales; aquél origina el monopolio; éste se nutre del expolio.

Un poco del usurero, algo del gitano y del armenio, mercader más que comerciante, teniendo á veces bastante de encubridor, mucho de lacayo y la completa personalidad de polizonte. Constituyen los explotadores las rapaces y altas jerarquías que dominan; los buscones, los lacayos, la dueña, son la nube de insectos pertinaces, molestos, que nublan el espacio y chupan vuestra sangre.

La política le ofrece muchas veces ventajosos caminos y afortunados puestos. En el último tiempo del imperio francés, hubo hombres de Estado, ayudas de cámara, empresarios del juego, intrigantes de antesala.

Estos hombres no tienen la honradez del criado ni la dignidad del señor; son un término medio en que se posan todos los vicios.

Los países en los que no se da verdaderamente el explotador, se da el vividor, el buscon.

Un buscon era Villart. Despues de la aventura primera, despues del robo hecho al marqués, no sabemos qué engaño hizo á un fabricante francés establecido en el Bajo Aragon.

Luégo sedujo á la mujer de Camponell, casóse con ésta y estafó á sus hijos.

Todo el mundo tenía conciencia de lo misterioso que era Villart; no había negociacion política un poco oscura, donde no se hallara el negociante. Los gobiernos tienen á su disposicion hombres así, servidores de ésta índole.

Hay que ser francos, hay que sentirse dominados por un gran valor para sondar ese falso mundo de lacayos que respiran en los países viciados por una centralizacion económica, por un autoritarismo docente en lo intelectual y lo moral.

Así cómo el mejoramiento moral débese tan sólo á la costumbre, el progreso intelectual débese al programa y el progreso material al presupuesto ó á la centralizacion. No reformeis más allá del Astete ó de lo que pide el culto; no ilustreis más allá de la consigna dada por el Estado, no aspireis á otra vida que aquella que el Estado permite é indica.

De esto viven el entrometido, la dueña y el soplon.

Hay casas que encubren el vicio; hay hombres que interceptan, con su personalidad, vuestra libre vida; hay séres que fiscalizan, inquieren, acusan cuanto haceis ó pensais. Estos vividores, resultado del sistema, existen.

Villart ejercía secretamente dos odiosos medios de lucrarse; tenía participacion en una casa alhajada magníficamente, en la cual se reunían grándes personajes á disipar su fortuna y á mitigar su hastío, y poseía varias, lujosamente amuebladas, á cuyas puertas paraban á veces carruajes particulares, de los que salían mujeres encubiertas por su manto, rebujadas en sus chales... Esto es verdad.

El garito público, el burdel público son ménos odiosos que estos centros de corrupcion, mantenidos en Madrid en número tal que la estadística aterraría...

Hé aquí todavía los tiempos aquellos de la dueña, la Celestina, el doble pliegue del manto; por uno se muestra la cara al altar, y por el otro se desliza el billete de cita...

Luz, luz, energía, vitalidad, fuerza, desarróllese pronto el vigor de los pueblos engrandecidos por la libertad; sépase todo; no creamos que en un pueblo donde tantas iglesias se levantan al cielo no hay almas hundidas en lo profundo de la más hipócrita degradacion; si las campanas atruenan llamando al arrepentimiento, que las plumas se agiten llamando á la regeneracion. Ese pausado sonido que oímos vibrar en el aire es lento, monótono, hipócrita; ha medido con su ronco sonar las pulsaciones de nuestro letargo. Que informe la prensa, que denuncie el periódico todos los lugares contrarios á la higiene, que es la moral pública.

De ese cieno que denunciamos hemos sacado ese microscópico ente moral: Villart.

Gozaba de una consideracion en que había algo de ambíguo; sus negocios públicos eran sucios; pero no le aislaban del resto de las gentes; sus negocios privados eran desconocidos; á serlo nadie hubiera tolerado cerca de sí á un aventurero de esta índole.

Hoy es hasta una fortuna haber sido agiotista, hombre de intriga; esto nada tiene de particular.

Había para Villart dos temores: que se llegara á descubrir su negocio del Bajo Aragon, y que se intentara hacer luz acerca de la fortuna de Camponell. Respecto á lo primero nada podía temer, y, sin embargo, nada le atemorizaba tanto; respecto á lo segundo, evitando que el hermano de Matilde saliera de su buque, y oponiéndose al matrimonio de ésta, estaba salvado, no ya de un peligro real, sinó de un peligro posible.

Pero en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, hallábase profundamente aterrado; el peligro se hacía serio, tomaba proporciones.

Una tarde recibió en Madrid dos cartas. La primera llenóle de alegría, frotóse las manos y se quedó pensando con delicia, sin duda en la lisonjera solucion ofrecida á algun asunto. Abrió la otra carta, y, por el contrario, quedóse preocupado y mostrando con ceño adusto un profundo desagrado.

Hizo sonar un timbre agudo y metálico.

Apareció un criado.

—Dile á Simon que venga.

A poco rato penetró en el gabinete un hombre delgado, de tez cetrina, ojos redondos y saltones, fisonomía angulósa, y sonrisa tan falsa y cruel como servil. Era en la escala de la infamia ó de la enfermedad del instinto, el tipo inmediatamente inferior á Villart. Si en Villart se denunciaba el tigre, en Simon la hiena. Eran los dos asociados terribles para la espera y la caza; el uno daba las primeras acometidas, el otro trituraba los últimos despojos. Villart era pequeño, vivo, robusto, ágil, casi elegante; un poco perezoso á veces, dado á la vanidad y á las comodidades; se hubiera reclinado en un divan de plumas de avestruz como un sultan. Simon

no conocía otra cómoda blandura que el hundimiento en el cieno. La fisonomía de Villart era ménos hipócrita; la postracion moral quedaba en ella encubierta por la vana hinchazon del que se cree poderoso; tenía buen color, boca grande, nariz ancha y aplastada y ojos de impertinente mirada. Simon era frio, rígido; en Villart, las violencias de pasion se denunciaban por congestiones, por expansiones fisiognómicas; en Simon por erizamiento. Simon era más enfermo que Villart. Pensaba este último que vender una mujer en Turquía disculpaba venderla en Europa; las diferencias no eran sinó hijas de la costumbre; adquirir era un fin al cual había de llegarse por cualquier medio. El era un hombre práctico. Simon el mal ejercíale más fatalmente.

—Simon, te he llamado para notificarte una mala nueva; Gabriel y la muchacha se entienden. ¿Cómo sigues en el negocio del marquesito?

—Bien,—replicó, sonriendo como un imbécil.—Pero, de que se entiendan Gabriel y la mozuela, ¿qué deduces?

—¿Naciste ayer? Deduzco que, encaprichado el tonto aquél, se las eche de redentor, y pudiera hacer una tontería. Despues, las casualidades me dan miedo.

—¿Navega en un buque de la compañía? Sí; pues dile al padre general que le aleje, y en tanto sigamos el negocio: el marqués se halla dispuesto á soltar cuanto se le pida. Realizaremos el viaje; ya he escrito á persona de confianza; la casa está dispuesta.

—Ten prudencia. A lo mejor, parece que te complaces en que te vean penetrar en todas partes, y esto puede desacreditarnos. ¿Crees que nada debo temer?

—Nada.

—¡Ah!—dijo en tono de indiferencia,—la niña profesará en las Carmelitas. Le duele mucho la cabeza y pa-

dece de alucinaciones como no sé qué santa. Tambien á esta gente se la he pegado.

—¡Dios quiera!—murmuró Simon.

—¡Báh!

Simon salió del despacho.

Poco tiempo despues, Villart había alquilado, por medio de Simon, su administrador, un elegante hotel, y comprado una casa en el Sardinero. A la entrada del verano partió con Cármen á habitar el hotel, y arregló el arriendo de la casa con un buen hombre, corresponsal de su socio Simon. Este buen hombre era el señor Mateo.

El verano en que se desarrollaron los sucesos que referimos, Villart ocupaba ya por segunda temporada el hotel.

Cármen, abotargada por una espantosa obesidad, y oprimida con la más terrible violencia por Villart, apénas existía para otra cosa que aparecer vanamente ataviada en el baño y en los paseos.

No debe negarse que Cármen hizo alguna resistencia á la partida de Matilde al convento.

Villart, desde entónces, la dominó; la subyugó completamente; había quedado para servirse de ella como medio de relacion con la sociedad; no era su igual, era su hembra.

Cármen, á veces triste, aterrada otras, solía atribuir su estado á la melancolía producida por la ausencia de Matilde.

Villart tenía en el Sardinero negocios de que ocuparse; levantábase temprano, recibía á varios sugetos y escribía muchas cartas.

Una mañana que Cármen volvía de los elegantísimos baños de Pombo, encontróse á Villart impaciente y agitado.

—No te lo he dicho, y lo siento, porque las consecuencias has de tocarlas,—le dijo con voz trémula.—Tu hija hace seis meses que se ha fugado del convento, y no sé de ella.

Notando Villart que la fisonomía de Cármen se alteraba, le dijo:

—¡Calla! Escóndete por allá dentro.

Luégo dirigióse á recibir á un hombre que penetraba por la puerta del hotel. Era el Sr. Mateo.

—¿Qué hay?

—Señor, llámase D. Ignacio Arturo Souza.

—¿Qué más?

—Temo, señor, hacer eso,—dijo con voz tímida é inflexion femenil el Sr. Mateo;—yo quiero servir á los señores. Bueno es que uno procure ganarse el pan, pero sin peligro de su vida. Yo, señor, soy un pobre.

—Bueno, hombre, bueno; ya hablaremos; espera á la noche.

—Sí; pero es que todo lo sabe...

—¿Quién?

—Jesús Barbeniga.

—¿Quién es ese?

—Un pescador.

—Vamos, no seas imbécil; lleva esta carta á casa del padre Santa Fé.

Y deteniendo al Sr. Mateo, le indicó el cuarto por donde había entrado Matilde, y repuso:

—Díle á esa mujer que lo arregle todo. Hoy mismo se irá á Madrid.

La agitacion de Villart era terrible; crispaba sus puños y hallábase convulso.

Subióse al cuartito que ocupaba en el hotel, y se puso á escribir; comenzó varias cartas, que rompió; encendió un cigarro habano, mordióle y luégo lo arrojó

al suelo y comenzó á pasearse por el cuarto con la oblicuidad y pertinacia de una fiera enjaulada.

Sin saber lo que hacía, asomóse á la ventana; un sol hermoso y un cielo despejado, un mar sereno y azul, una dulce calma ofrecíanse como contraste á la agitacion de su pecho.

Todo aquello tan inmenso, tan majestuoso, tan solemne, aparecía á los ojos de un hombre retorciéndose en miserables trastornos. Su irritada pequeñez era raquítica. Aquella paz era majestuosa.

La vista de Villart, sin saber por qué, miraba con fijeza á la lontananza. Una vela blanca aparecía. Era un gran buque.

XII.

EL ENAMORADO Á BORDO.

El buque divisado por Villart era la corbeta *Esperanza*, que ya se hallaba á la vista de la costa de Santander. Desde el buque flechaban sus anteojos el piloto de cuarto.

Era un buque de 250 toneladas; traía buen viento, largadas las velas del trinquete y del mayor.

Su construccion obedecía al gusto del último período de nuestro siglo; era un barco de mucha guinda, segun los marinos, es decir, de alta arboladura, y en proporcion, el vaso mayor de manga que de eslora, lo que hace al barco de gran aguante, duro, en términos marinos.

La proporcion es la fuerza y la belleza de un hombre como lo es la gallardía y resistencia de un buque. Puede decirse que un buque hermoso es un buque bueno y fuerte; no se hable de la belleza decorativa, ni de la estructura que presta una falsa esbeltez. *Out-bound ship*, de los ingleses; un barco de travesía, un barco para grandes navegaciones: este era la *Esperanza*.

El sol reflejaba en uno de sus costados, y el barco deslizábase rápidamente por la planicie del mar aprovechando un viento franco.

Aquel buque estaba tripulado por un numeroso personal, como casi todos los barcos españoles.

Pertenecía á una sociedad de comerciantes santanderinos que tenían otros seis ú ocho buques más; no sabemos quién aseguraba que tras estos comerciantes se ocultaban los jesuítas, durante mucho tiempo dueños del tráfico de las Antillas. No podía asegurarse.

El consignatario, en Santander, era un antiguo piloto retirado.

Dos días ántes, en aquel buque, sentados en la chupeta ó cámara pequeña, conversaban dos jóvenes pilotos, el segundo oficial y un agregado.

El segundo de á bordo era un marino consumado; tenía veintiseis años, y estaba navegando desde los diez y seis; su cara era austera y dulce, sus ojos penetrantes é inteligentes; había en su frente un espacio terso y desenvuelto que recordaba las cabezas de los marinos griegos; cierta ruda potestad española y cierto reposo inglés se pintaban en aquella hermosa fisonomía.

Hacía tiempo que hablaban. Esto es extraordinario en la vida de á bordo. El marino es callado, su lenguaje lacónico por demas cuando habla. «Al cura la campana y la carraca; al marino la bocina y el pito,» decía Ciscar.

Fray Luis de Granada dice que la boca del hombre es estrecha; por ella destílase, gota á gota, es decir, palabra tras palabra, escasa ciencia. Y así como las vasijas de ancha boca vierten prontamente gran cantidad de licor, la boca de los ángeles, séres más lacónicos, da de una vez un rico discurso nutrido de verdades.

El laconismo á que alude Fray Luis, podrá no ser

propio de los ángeles, pero es propio de los marinos. En toda expresion vierten lo necesario; tienen un lenguaje lleno de conceptos concretos. El corolario, el teorema, la resultante de un cálculo, la voz de mando no más. La saliente, manifiesta y escueta verdad; la vigorosa y enérgica resolucion; esto es todo.

Pero el marino sueña. Es el hombre que observa, es el hombre que crea; en toda creacion hay un momento embrionario; las fases determínanse indecisas y vagas; los delineamientos apénas se indican; las formas aún no se presentan reales: este momento es el del sueño. En ninguna parte se sueña y se siente como en el mar.

La necesidad de la confidencia es comun á las religiosas y á los marinos. Algunas veces se burla la regla, á veces se escapa de la ley de á bordo.

Lo que aquellos jóvenes se decían eran íntimas confidencias. Momentos ántes de hablar había pasado el viejo capitan de la *Esperanza*, Alagarriga, y había dicho con el alegre tono del marino que llega á puerto:

—¿Estáis á la ronza?

El segundo oficial acababa de hacer, sin duda, alguna interesante pregunta al jóven agregado. Era éste un jovencillo de diez y nueve años, débil al parecer, pero en realidad robusto, accesible, como el acero, al destemple, pero récio como él en la accion; podía por el calórico ganar ó perder cualidades, pero chocaba reciamente contra la fatalidad y atravesaba con su energía todos los obstáculos. Era marino contra su voluntad, pero no contra su naturaleza.

El segundo oficial le había preguntado varias veces y le acababa de preguntar por qué causa era marino sin vocacion.

El jóven contestó:

—Necesitaba complacer á mi padre, que ha muerto

con esta ilusion. Pero olvidemos esto, y dime, querido Gábriel, ¿no has vuelto á saber de la jóven que vimos en Barcelona?

—Dos años hace.

—¿Me atreveré á preguntarte por qué todos te llaman aquí el enamorado?

—Sí, y pienso decírtelo todo. Me llaman así, sencillamente porque amo, porque tuve la debilidad de confesar á ese bebedor de aguardiente Alagarriga todo cuanto sufría, porque me ven escribir mucho á veces, porque espero siempre al habla un buque correo. Hace muchos años, era yo un niño de catorce, vivía con mi padre en el Bajo Aragon. Mi padre dirigía una fábrica. Pero, permíteme, pues que tenemos tiempo, que lea mis recuerdos.

El jóven desplegó un manuscrito;—es la carta primera que pienso mandarle á la jóven que tú conociste en Barcelona.

«Hace años llegó á España un matrimonio francés, y estableció en las cercanías de..., pueblo del Bajo Aragon, una importantísima industria.

Donde quiera que el génio activo del hombre se desenvuelve, engendra una fuerza que á cuanto inmediatamente le cerca comunica poderosa y enérgica vitalidad.

M. Aubé y Mad. Aubé cambiaron prontamente la indolencia del aldeano en la actividad del obrero, y de una comarca abandonada hicieron una region en la cual el trabajo constante daba seguros beneficios á la perseverancia del operario y á la inteligencia del industrial.

Mad. Aubé había abandonado la vida de París soñando en el cumplimiento de una dulce mision: el ejercicio del bien.

M. Aubé había dejado su patria impulsado por un de-

seo de conquista industrial, de explotacion nueva, y halagado por la gloria de contribuir en cierto modo al desarrollo material de un país vírgen de todo progreso y de toda industria.

M. Aubé era parisien; por lo tanto, hombre de percepcion pronta, actividad inquieta, vivacidad extremada y alegría invencible.

Dotado, como todo parisien, de esa alegría francesa, que ha conseguido las más gloriosas victorias para la civilizacion, vertía su profundo pensamiento en frase de calurosa expresion, dulce familiaridad y chispeante colorido.

Ciudadano de París, podía representar en todos los puntos del mundo á la gran ciudad, con la alteza de su pensamiento innovador; industrial francés, era el sacerdote cosmopolita del progreso, que oficia bajo todos los cielos y en todos los países, donde quiera que encuentra un taller, para ofrecer, como en altar sagrado, el sacrificio de su actividad y el holocausto de su inteligencia á la causa del progreso.

Su fábrica elevaba al cielo una altísima chimenea, cuyo negro y denso humo suscitó al principio un profundo terror en el ánimo supersticioso de los campesinos. A la chimenea llamábanla unos «El cañon del infierno,» y «La pipa de Pero Botero,» otros; la fábrica tenía la audacia de hendir el espacio como las torres de las iglesias; ¡esto era inaudito!

Mas ¿qué quería decir? Un francés es un servidor del diablo y vive con él á las mil maravillas.

Razones todas que en cierto modo dificultaron á Aubé en la consecucion de su propósito.

Era difícil que los aldeanos llegaran á perder su terror; era casi imposible encontrar obreros.

Mad. Aubé trabajó vigorosamente á este propósito.

Un día curaba á un enfermo, otro socorría á un necesitado, acariciaba á todos los pequeñuelos, hablaba á todos los aldeanos y ofrecía alimento á los mendigos.

Su presencia los domingos en la iglesia de... la conquistó algunas simpatías

Muchos la llamaban la buena señora de Francia.

M. Aubé, pensador, conseguía ménos resultados.

Hé aquí un recuerdo que no he de olvidar.

Una noche, en que, como tantas otras, meditaba M. Aubé en la soledad sobre sus proyectos y deleitábase en sus esperanzas sentado en la cima de una roca pelada y alta, y mirando la franja de claridad indecisa, último resto del crepúsculo ya extinguído, huella borrosa de la luz ausente, recibió una sorpresa.

El cielo encapotado velaba con densas nubes algunas serenas constelaciones, y confundidas las sombras de la tierra con las del espacio en aquella inmensidad oscura, sólo brillaba la luz que despedía una de las ventanas de la fábrica.

M. Aubé meditaba en la soledad. ¡Quién sabe!... Un extranjero léjos de su patria, confiando á país desconocido su propia suerte y la de su esposa, teniendo frente á sí un provenir tan incierto y oscuro como la noche, tal vez se hallara en la amarga nostálgia del emigrado.

De pronto, M. Aubé sintió ruído cerca de sí, producido por el paso desigual de un caballo en el accidentado y áspero sendero que conducía á la fábrica.

—¿Quién va?—gritó, llevando la mano á una pistola que de noche colgaba á su cinturon.

El acento del francés era, sin duda, muy conocido, porque una voz delgada, como de mujer, contestó:

—Señor amo, soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—Soy Juan, señor.

—¿Juan? No te conozco.

—Juan, el hijo del hortelano de Fuente-Clara,—contestó la voz.

—¿Y qué buscas en la fábrica á estas horas?

—Me he perdido, señor; iba á la aldea.

El francés bajó de la roca y llegóse al punto de donde partía la voz; encendió una linterna sorda, y á su reflejo vió un muchacho como de ocho años que conducía del ramal á un mulo cargado.

—¿Qué es esto?—preguntó señalando á la carga.

—Es mi padre,—contestó el muchacho.

La carga era un lío oscuro posado en el lomo de la acémila, y que pendía á un lado y otro como un costal.

El francés, admirado, retrocedió y preguntó con espanto:

—¡Tu padre! ¿Va enfermo y le conduces de ese modo?

—Ha muerto, señor, y le llevo al cementerio. Va liado en ese lienzo; el padre cura le reza, y luégo le enterramos así en el camposanto, en el suelo.

—¿Y la caja?—preguntó el francés con estupor.

—¿Qué caja?

—El ataud.

—No sé qué es eso.

M. Aubé, lleno de compasion sagrada y de terror, meditó unos momentos; aquel hombre iba á hallar sepultura como un animal cualquiera, sin que una caja guardara sus cenizas, sin que una cruz indicara dónde yacían sus restos.

En Islandia colocan en una caja el cadáver, y ésta se afirma sobre los lomos de un caballo, que, azuzado por los parientes y los demás que forman la comitiva fúnebre, parte á un desierto lugar, donde es enterrado.

Este horrible procedimiento no es ménos cruel, y en él pensaba M. Aubé con melancolía.

—Sígueme,—dijo al muchacho.

—¿Dónde?

—A la fábrica.

El muchacho vaciló un momento; pero dominado por el acento imperioso de M. Aubé, obedeció.

Momentos despues, en uno de los salones de la fábrica se había improvisado un catafalco, sobre el que yacía el cadáver; algunas velas iluminaban la estancia; el muchacho comía en un rincon un pedazo de pan; Mad. Aubé rezaba en su reclinatorio, y M. Aubé leía *Las Ruinas de Palmira ó el ensayo de las revoluciones de los imperios*, por Volney.

No se escuchaba sinó el ruído del viento, que parecía murmurar una oracion, y de tiempo en tiempo el producido por las hojas del libro que M. Aubé pasaba.

A la mañana siguiente se hizo el entierro: el carpintero había hecho una caja y una cruz.

Despues de la ceremonia, M. Aubé dijo á su esposa:

—Es necesario tomar una resolucion: éste es un pueblo que nos pertenece.

—Manda lo que gustes; te amo; he llorado por el muerto y rezado por su alma.

—Y yo he llorado por el pueblo y he meditado en su causa; el mundo todo es de Francia, es decir, de la redencion.

....

Yo pasé casi toda la noche despierto y acobardado.

Por esta época ya había yo ido con mi padre; mi padre era encargado por una sociedad minera de reconocer aquellos lugares. Relacionáronse íntimamente los señores Aubé y mi padre, y jugueteaba entónces con su hija, una linda niña de nueve años de edad.

Supe, y lo recuerdo, y de ello puedo testificar, por Cándido Ballin, criado de mi padre, que M. Aubé, en-

tregado completamente á la direccion de su industria, había encomendado sus negocios de comercio á un individuo que le burló valiéndose del ódio que mantenían las preocupaciones contra el fabricante francés.

La lindísima niña de M. Aubé es V., señorita; recuerdo aún cuando jugábamos, bajo los inaccesibles promontorios de rocas, sobre los que llamaba la atencion de V. algunas veces su intrépida cabrita blanca.

Continúo refiriendo minuciosamente cuánto recuerdo.

Las casas de la fábrica eran habitadas por los obreros; como en New-Lanark de Owen, había escuela para los niños, proteccion para los viejos y los inválidos del trabajo.

Los esfuerzos de M. Aubé habían sido, en cierto modo, recompensados. ¿Halló cabal realizacion todo su intento? No. Bien lo sabe V.

No puedo recordar perfectamente cuánto acaeció, pero he sabido despues que el administrador del padre de V. tuvo la culpa. Me lo repetía mil veces mi pobre padre.

Aquí sólo apuntaré lo que de aquél tiempo conservo aún en la memoria.

Llamábamos á V. Ina unas veces, y otras Iquetita; estos nombres los había adquirido en sus primeros años, cuando apénas se hacían perceptibles las palabras que intentaba V. pronunciar. ¡Oh, cómo recuerdo aquella lindísima niña!

Pensativa, dotada de hermosísimos ojos, de angelical dulzura y de fisonomía teñida por una melancolía inexplicable.

El mismo rayo de sol que al abrir los capullos de las flores hace que éstas exhalen su aroma, al despertar á la niña hacía que de sus lábios brotaran sencillas oraciones.

Era el perfume de su alma.

Dormíase en oracion, y al caer de la tarde y comenzar la noche, escuchaba, con su cabecita apoyada en la almohada, el dulce y lejano sonido de la campana, que llamaba al rosario en la vecina aldea.

Su cadencioso sonido la adormía religiosamente.

Elevaba al azul del cielo sus ojos, y uno creía ver, al admirar sus rizos dorados y la expresion inefable de su mirada, las alitas del cuello de los querubes de Murillo, inspirados y sonrientes.

Era inspirada su alma de niña por la naturaleza visible y la belleza misteriosa con la poesía sin nombre de lo infinito.

En el gran concierto de que forma parte el canto de los pájaros y el ruído de las fuentes, los niños tienen su mision: el balbuceo y las risas.

Iquetita era pensadora; había en aquel cuerpo de niña un alma con violentos impulsos de volar.

Soñaba ya.

¿Quién al hablar de un niño cree no deber referir los pensamientos, las ideas no formadas, los sentimientos no desarrollados en su naturaleza moral?

Tanto fuera como rechazar al insecto por su pequeñez, ó al capullo porque aún no es flor.

Usted decía en ese libre lenguaje de los niños: «Algunas veces parece que las estrellas me hacen guiños cariñosos, parpadean.»

Era que los grandes y serenos astros fulguraban en la profunda sombra.

Decía otras veces: «Los tallos se levantan para ofrecerme un beso; las flores parecen lábios encarnados entreabiertos.»

Pues bien: esta poetisa, esta inspirada niña, la dulce Iquetita, tenía ya un perfecto conocimiento del prin-

cipio que, uniendo al misterio y á la inmensidad de lo desconocido el pensamiento, estrecha y une á los hombres y á los pueblos en el amor por el sentimiento de la caridad.

Era verdaderamente religiosa.

Su mirada se perdía en el cielo ó bajaba al oculto fondo de un capullo de flor.

Y su corazon sentía profundamente el amor á los desgraciados.

¡Alma iluminada, luz desconocida, cuyo recuerdo enciende mi alma, mi pensamiento se dirige á tí!

La meditacion y la caridad: hé aquí los dos actos de aquella niña.

Ya á su edad ejercía el bien.

¿Recuerda V. nuestra merienda del prado, compartida con los pobres?

¡Quién había de decir que por esta niña se habían de acrecentar los ódios que inspiraban el extranjero y su industria!

El ladron, cuyo nombre desgraciadamente he olvidado, excitó para realizar sus fines el fanatismo del país.

¿Recuerda V. la capilla de la fábrica, recuerda V. el P. José, niña querida? ¿Quién había de decirme que la bella señorita que ví ha poco en Barcelona era aquella pequeñuela de nueve años que yo me encargaba de proteger?

Hé aquí lo que yo recuerdo, unido á los comentarios que mi padre solía añadir al referir cuanto entónces acaeció.

La capilla de la fábrica era de sencilla, pero elegante construccion; un retablo formado de tres tablas, unidas por goznes á la del centro, cerraba sobre ella las otras dos, dejando en medio del altar un pórtico gótico dora-

do, cuando el culto no exigía la presentacion de los tres cuadros.

En medio de él se hallaba el reclinatorio de madame Aubé, que era quitado cuando las puertas de la pequeña capilla se abrían al público.

Esto acontecía todos los domingos y fiestas de precepto, por aquella época innumerables y frecuentes.

El sacerdote de... subía todos los domingos á decir la misa: tenía hecho un contrato con M. Aubé, mediante el cual había contraído un grave compromiso.

El P. José era un hombre moreno, de recia constitucion, edad mediana, inteligencia obtusa, más bien cazador que labriego, y más bien soldado que sacerdote.

Tenía un ódio instintivo á todo lo que consideraba superior, y una repugnancia invencible á todo lo que no comprendía, y como era inferior á muchas cosas y comprendía muy pocas, de aquí que su ódio y su repugnancia fuera difíciles de extinguir.

Su acento constante era sordo; su palabra más bien murmullo que oracion, y más bien gruñido que murmullo; era de la naturaleza leal y ciega de los perros, con los que se había criado, y como ellos tenía su crueldad, su voracidad y su incontinencia.

El perro ladra á todo desconocido: si le teme, gruñe; si el desconocido se descuida, muerde.

Recelaba mucho, desconfiaba mucho del cristianismo *gabacho:* más allá de los Pirineos todo catolicismo es sospechoso.

Todo en Francia era de la naturaleza del dublé, segun pensaba.

Desde los primeros momentos, despues del contrato celebrado con M. Aubé, el clérigo se creyó obligado á vigilar y á esperar.

Vigilar aquellas apariencias religiosas de la familia

francesa. La elegancia y ornato de la capilla, tan opuestos á la tosca disposicion de la iglesia del pueblo, los dorados, la belleza de los cuadros, esa sencilla, pero agradable manera de decorar un altar, que denuncia la obra de manos profanas, le alarmaba.

Nadie sabía entónces la íntima relacion que entre el administrador ó corresponsal de M. Aubé y el clérigo mediaban.

Esto lo he sabido despues.

No se hizo esperar mucho tiempo el pretexto deseado para dañar al francés; el fanático P. José tuvo un motivo para saciar sus odios.

Una tarde, la niña de M. Aubé, otras dos niñas y yo nos hallábamos jugando al pié de una frondosa eminencia.

Iquetita arreglaba sobre una roca un altarcito; ramos de flores silvestres, romero y tomillo, buscado por todos nosotros, servian á la niña de Aubé para decorar su sencillísimo altar.

De pronto presentóse el P. José.

—¿Qué haces, pequeña?—dijo con acento grave.

—Nada, señor,—contestó Iquetita.

El clérigo se fijó en el altar, y ¡cuál no fué su horror! En aquel altar había una estátua gentílica, una Minerva.

—¿Qué es esto? ¡Profanacion! ¿Pones en un altar á una diosa de los gentiles?

Y cogiendo la estatuita de yeso, la rompió contra el suelo.

Iquetita y la niña de la obrera se reunieron instintivamente, movidas por el terror, y llorosas y temblando dirigían al clérigo sus tímidos ojos, llenos de lágrimas.

El sacerdote avanzó hacia la niña, y dándola con la mano un cachete en la cabeza, le dijo:

—¡Sacrílega!

Yo dominé un impulso de rabia y de colera, que aún parece reproducirse en mí al recordar áquel barbaro atropello.

—¿Esta es la educacion que recibís?...—murmuraba el clérigo.

....

Hé aquí la razon de este atropello.

Pocos días ántes, la niña había recibido de uno de los obreros de la fábrica aquella estatuita, que él creía ser una imágen de la Vírgen, y por tal la había tomado para su altarcito la inocente Iquetita.

El suceso había sido presenciado por un testigo oculto entre el ramaje: M. Aubé.

Un ligero ruído denunció la presencia de monsieur Aubé.

Este avanzó colérico, pálido el semblante, fija y dura la mirada, frente al P. José.

—Son dos niñas,—dijo,—y vos sois un hombre; son dos ángeles, y vos sois un sacerdote.

—Son idólatras,—contestó sordamente el clérigo.

—Y vos iracundo.

—Y vos un francés.

—Es decir, uno que os sabría perdonar si le hubiérais herido en su rostro, pero que no puede ni sabe perdonar las heridas inferidas á los inocentes.

—Es educacion buena aquella que corrige.

—Donde no hay que corregir, la educacion dirige; corregir supone castigo; cultivar y educar suponen amor.

—Vuestra filosofía es odiosa; es... *gabacha*.

M. Aubé, al oir una palabra insultante, levantó el látigo, y le descargó sobre la cara del clérigo.

Hubiérase entablado una lucha cuerpo á cuerpo si la

destreza del francés no hubiera sido superior á las fuerzas del campesino.

....

Despues de esta escena, el clérigo comenzó faltando á la condicion del contrato, que exigía que todos los domingos celebrara el sacrificio de la Misa en la capilla de la fábrica, y concluyó por disponer los medios de vengarse.

Mi padre, al tener conocimiento de lo sucedido, se alarmó.

Decía que en breve tiempo se conocerían las consecuencias que había de traer consigo el suceso.

No tardaron, en verdad.

Una mañana, mi padre conversaba en el despacho de la fábrica con M. Aubé.

Yo hojeaba entretanto un álbum de historia natural.

M. Aubé preguntaba por sus amigos de Manchester, por los viejos profesores de la escuela industrial, y hablaba de las esperanzas que abrigaba, tiempo hacía, de impulsar su industria.

De pronto, la puerta del despacho se abrió bruscamente, y penetró un campesino con la cara desencajada y expresando el mayor espanto.

—De órden del rey y de su ilustrísima el obispo,— exclamó con voz entrecortada...

—¿Qué?—preguntó M. Aubé.

—De órden del rey ó de la reina y de su ilustrísima... ¡La justicia está en la casa!

—¿Qué justicia, qué rey, qué obispos son esos?

—¡Ah, señor! la órden viene de muy alto, no sé precisamente si del señor obispo, pero sí de la reina de Madrid, ó del Gobierno.

—¿Quieres explicarte?

—Señor, pregunta por V. la justicia, y vienen el alcalde de... con un jefe de tropa.

—¿Qué será todo esto?—dijo M. Aubé inquieto interrogándome con la mirada.

No tuvimos mucho que aguardar: presentóse el alcalde de... seguido de algunos hombres armados y del P. José.

Verificaron ántes un minucioso registro, lleváronse algunos papeles, y pusieron en manos de M. Aubé una órden de destierro, autorizada por el consulado francés, que indudablemente había sido engañado y sorprendido por el calumniador.

M. Aubé, rodeado de toda aquella gente, por entre la cual habían logrado pasar Mad. Aubé y sus niñas, dijo con voz reposada, dirigiéndose al alcalde:

—Ignoro por qué se me hace daño á mí que tanto bien he realizado. Ni he conspirado ni conspiro; no me he ocupado de otra cosa que de trabajar; huyendo de los que por mis opiniones me perseguían en mi patria, me acojo á España, de donde hoy se me arroja sin motivo.

Sólo debo hacer constar los males que mi destierro produce; el que me ha calumniado ha dejado sin pan á cuatrocientos obreros que, á pesar del trabajo de la fábrica, tenían tiempo de cultivar sus campos.

No importaban mucho las malas cosechas; si Dios no daba por un lado, protegía los trabajos de la fábrica.

Aquí había una escuela, y se cerró, y una capilla más, que tambien se cerrará. No será éste el menor de los males.

Yo he perdonado al que hirió en la cabeza á mi hija menor, le he perdonado en nombre del que dijo: *Sinite parvulos venire ad me*.

He perdonado al que asustaba á los sencillos campe-

sinos privándoles de trabajo y quitándome operarios.

Perdono al que, cualquiera que sea, con su calumnia deshace mi hogar, priva de pan á mis hijos, y á los que con ellos y conmigo nos habíamos amparado bajo un mismo taller.

Esta noche misma cumplo las órdenes del Gobierno.

En efecto; aquella misma noche salió con toda su familia con direccion á Valencia.

M. Aubé puso en manos de mi padre unos papeles que, segun decía, eran los documentos de más importancia que tenía, y de los que dependía toda su fortuna. Felizmente los había podido librar de la fiscalizacion del P. José.

Hé aquí cuanto de aquella época recuerdo.»

El jóven había concluído la lectura de su manuscrito.

—¿No dices más?—preguntó el agregado.

—No. Nada he vuelto á saber; á poco de morir mi padre, amando la carrera, fuí colocado por un amigo de mi familia en una corbeta; despues se casó mi madre, porque su posicion era aflictiva, y yo nada he vuelto á saber desde entónces.

Sólo cuando en Barcelona supe por un antiguo criado que vivía la hija de M. Aubé, procuré visitarla, y, ¿por qué no he de decírtelo? desde entónces se me llama aquí el enamorado á bordo; la escribo, y en la última carta ofrecí recordarle los primeros días de su infancia; hé aquí todo: miento; aún hay más.

—Habla.

—En cuanto fondeemos en el puerto conocerás todo. Te debe bastar saber una cosa.

—¿Cuál?

—Soy todo lo rico que puede ser un piloto. Tengo cuatro mil duros.

El pito del contramaestre anunció una maniobra; ambos jóvenes se levantaron para acudir á presenciarla.

Alagarriga, frotándose las manos y con cara risueña, dijo:

—Buen viento; cangreja para virar; este Sudeste nos pone dentro de cuarenta y ocho horas entre el Mogro y Santa Marina.

XIII.

LA NOVICIA.

Pocos días despues, Souza se hallaba en el elegante gabinete que ocupaba Amalia la aventurera en casa del Sr. Mateo.

Apoyado en un pequeño velador y sentado en una marquesita, estrujaba entre sus manos un papel.

Sobre el velador veíase el paquete que la tarde anterior le había entregado Barbeniga.

En el fondo del gabinete, cerca de una puerta que comunicaba con una alcoba, destacábase, sobre el oscuro fondo de unos negros cortinones, la figura de una mujer. Esta mujer hallábase vestida con una bata blanca; era gruesa, rubia y de una blancura quebrada por cierto tinte de palidez que denunciaba el más profundo terror. Era doña Amalia.

Allí se desarrollaba un terrible episodio dramático; en la habitacion reinaba un desórden aterrador por los contrastes que le producían.

Algunas botellas y vasos caídos por el suelo, servilletas y despojos de una comida; el almuerzo de aquel día,

ó tal vez la cena del anterior, flores y ropas de mujer esparcidas por el pavimento y por los muebles. Sobre un sofá un revólver de reglamento y un sombrero de paja del Paraguay, y en uno de los rincones de la habitacion un vaso-lamparilla, con la mariposa encendida, que daba luz á una imágen.

Souza se hallaba con el rostro descompuesto, y presa, sin duda, de la emocion más violenta; miraba unas veces á la puerta de la habitacion, otras á la mujer que inmóvil se mantenía de pié y vacilante como afirmándose al estrujar los cortinones.

Esta mujer adelantó dos pasos.

—¡Quieta!—gritó con voz terrible el marino.

—Señor...

—¡Quieta! ¡de aquí no sales! Te expones,—añadió mostrando al mismo tiempo una pistola que asomaba á su cintura.

Y dijo despues de una breve pausa:

—Espera á tu guardian.

—Señor, gritaré.

—Pobre, pobre de tí. Los hombres, cuando se deciden á obrar á nadie temen. El espectáculo que he presenciado es bastante para que no me mueva de aquí, sin saberlo todo. Sé prudente. No alteres á esa desdichada. Vuelve á su lado.

Doña Amalia intentó avanzar movida tal vez por su propio terror.

Souza apuntó con su pistola.

Doña Amalia huyó; internóse en la alcoba y cerró los cristales.

Souza se levantó haciendo caer el velador y el paquete al suelo, y quedó mirando fijamente á la alcoba.

Estaba convulso; su enérgica fisonomía se hallaba violentamente contraída.

Por una de las puertas de aquel gabinete, situada frente por frente á la de la alcoba en que se había encerrado doña Amalia, penetró Barbeniga.

—Señor,—dijo,—se ha marchado.

—¿Quién?—preguntó con acento iracundo D. Arturo.

—Ese caballero, Villart.

—¡Ah!—exclamó, y su furor pareció acrecer.—¡Marcharse! No importa, eso es cuenta de la policía; en ninguna parte vivirá léjos de la ley, ni léjos de mí. Amigo Barbeniga, es horrible lo que sucede; no puedes comprenderlo. Supe dónde se hallaba, vine, y... ¡Ah! ¡cómo referirlo!

Y aquel hombre rompió á llorar lanzando fuertes y violentos sollozos, en los que había rugidos complicados con el monótono y amargo desgarro del llanto.

Cogía y apretaba fuertemente una de las manos del pescador, oprimiendo sus callos con el grueso diamante de la sortija. Mordíase los labios, y parecía haber llegado al colmo de la desesperacion y del dolor.

—Llore V., mi comandante, llore V.,—decía Barbeniga, que, sin saber la causa, adivinaba que en aquella emocion había algo más de dolor que de cólera.

¡Ah! el pensamiento no abdica en las grandes naturalezas que disfrutan por la educacion y por el trabajo de una envidiable vida de salud.

Aquella conmocion nerviosa descargó toda su ira. El hombre reapareció.

Barbeniga parecía tener fé en esto; había esperado silencioso, estrechando á su vez la mano del marino, y mudo como él, y quizás simpáticamente alterado por igual dolor, permaneció largo tiempo.

—Me era necesario llorar,—dijo vacilantemente.

Y fué de un modo gradual recobrando su serenidad y su calma perdidas.

—Oiga V.; ante todo, he resuelto que nadie salga de esas habitaciones. ¡Ah! lo que ha pasado es difícil de explicar. Hice cuanto me indicó la persona que, como dije á V., me había escrito á Bourdeaux. Vine á Santander, exponiéndome á graves riesgos; vine contento: traje conmigo la correspondencia que había mediado entre Villart y su mujer, cuando aún vivía su primer marido. Esta correspondencia había de servirme para recuperar la fortuna de sus hijos; en ella se induce á Cármen á que aconseje á su marido la venta de sus bienes, y en estas cartas hay pruebas... pruebas terribles; traía, ademas, documentos que un señor francés me entregó para hacer luz acerca de la suerte de la hija de un compatriota suyo, y de la fortuna de ésta usurpada por ese... Villart. Repito que venía contento. Villart acababa de comprar un hotel; yo supe que su hija Matilde se había negado á profesar en el convento; supe que estaba en Santander; supe que nadie pensaba en mí, y el día que llegué á informarme completamente de todo, cuando esperaba sorprender y vengarme, ya lo sabe V., perdí mi precioso paquete. ¿Quién me le habrá arrebatado? me pregunté. ¡Ah! ¡no puede V. comprender mi dolor, mi buen amigo Barbeniga!

¡Qué extraña calamidad! yo había oído su nombre no sé dónde, á poco de llegar, y V. me ha visto, no me reconoció, ni pudo hallarme... despues... Crea V., aquí pasa algo terrible que V. no puede comprender ni yo puedo explicar. Le esperaba á V.; sé que aún le mando como á mi subordinado; más aún, como á hombre de mar, como á mi hermano. El corazon á veces acierta.

Esta noche partiré; sé dónde he de encontrar al que busco; V. tiene dos encargos que cumplir.

Diga V. á una mujer que hay ahí en esa alcoba que salga.

Barbeniga acercóse al sitio indicado, abrió una de las puertas, y dijo con timidez:

—Señora...

Doña Amalia apareció.

Souza le dijo:

—De aquí no puedes salir hasta que la autoridad te lo permita.

Hablaba con voz lenta y grave; y luégo, acercándose á doña Amalia, añadió con una dulzura y un tierno acento tan inesperado como atrayente:

—Sea cualquiera el motivo que te ligue á esos infames, te perdono; tal vez seas una de sus víctimas. Obra con lealtad, y si eres mujer capaz aún ¡desdichada! de sentir y compadecer lo que sufro, espera á que acabe de hacerse lo que he dispuesto. Sé que lo harás; toma.

Y puso en sus manos un rollo de billetes.

Doña Amalia echóse á llorar violentamente.

—Señor caballero, yo haré cuanto V. mande,—dijo, —sin que me recompense... Yo nada he sabido... A mí se me ha pagado para facilitar la aventura que V. sabe se preparaba... Nada sé; tengo que ganar mi pan... Yo, si hubiera sabido que se trataba de personas de distincion, no habría aceptado, no habría seguido esto. ¡Por Dios, líbreme V. de cuanto pasa! ¿Es su hermana? Comprendo; se sufre... ¿Es su querida?...

—¡Silencio!—gritó Souza con voz atronadora.—Basta de hablar. A V. nada ha de acontecerle; pero no abandone V. á esa desdichada hasta que este hombre,—é indicó á Barbeniga,—hasta que este amigo lo disponga. Despues, prosiga V., si le place, con su infame oficio.

Souza salió indicando á Barbeniga con un ademan que permaneciera allí, y añadió:

—Pero no entre V. en esa alcoba.

La puerta que daba salida al pasillo, y por la que sa-

lió Souza, cerróse al empuje de éste fuertemente, y luégo se sintió el ferro girar de la llave. Había cerrado la puerta.

—¿Qué se propone?—preguntóse Barbeniga;—tal vez facilitarme la guardia de lo que aquí se oculte.

Pasaron algunos instantes, durante los cuales sólo se oyó el gemir de doña Amalia.

—¿Le conoce V., señor Jesús?—preguntó la cortesana.

—Sí,—replicó éste.

Ambos tenían necesidad de interrogarse; pero al uno se lo impedía el miedo, y al otro el compromiso contraído con su ciega obediencia.

La cortesana eligió, sin duda, un término indirecto por el cual hacer hablar á Barbeniga, y continuó lamentándose y llorando; quizá no se lamentára ni llorára con propósito alguno; pero en su afliccion debió, pasado el primer momento, hallar un medio de informarse acerca de lo acaecido.

Barbeniga no hacía caso alguno; frío, severo, parecía aún tener entre sus manos la rueda del timon y cumplir las cuatro horas de guardia, sin sentir ni el frío ni doblegarse al sueño.

Más bien esperaba explicarse cuanto acaecía por la deduccion de los hechos que le eran conocidos y por las noticias que Souza le había comunicado.

La noche anterior, él y Casimiro, despues de entregar el paquete á D. Arturo, sirvieron á éste en la adquisicion de algunas importantes noticias, y en el cumplimiento de algunos encargos.

Souza les dijo que había llegado á Santander á realizar un acto de justicia, del que esperaba su felicidad.

Había escapado de Bourdeaux, y volvíase ya á su destierro cuando le hallaron; no había podido adquirir

noticia alguna, ni realizar nada de cuanto constituía el propósito de su viaje.

Al oir el nombre de Villart, Jesús manifestó á Souza que aquella misma tarde había oído al Sr. Mateo y otro sugeto mezclar á Villart en su conversacion.

No debía ser un buen sugeto el tal Villart, pues se trataba, entre los que sostenían la conversacion, de un negocio infame.

—¿Cómo hallo despues á D. Arturo en esta casa?—pensaba Barbeniga;—¿por qué me habrá hecho Casimiro escalar el balcon para llegar hasta aquí? ¿Conocía á doña Amalia? ¿Habrá descubierto el infame negocio que traían entre manos Mateo y ese Villart?

Doña Amalia, por su parte, continuaba quejándose por ver si llegaba á despertar la curiosidad, y á provocar la palabra del pescador. Este permanecía silencioso, y ni áun sus pensamientos podían descubrirse por el más leve gesto. Cumplía con aquel encargo como si fuera de ordenanza.

De pronto se oyó en la alcoba un quejido prolongado. Barbeniga se sorprendió.

—Es Luisa,—dijo doña Amalia.

—¡Luisa!

—Sí; la persona por quien nuestro caballero nos tiene encerrados. ¿Usted no conoce á ese señor? debe ser hombre de mal carácter. Pudo comprender que se trataba de gente alegre, y no debió asustarnos. En la madrugada de ayer llegó á este cuarto; el Sr. Mateo le precedía; avanzó éste hasta mi compañera Luisa, y tomándola de un brazo la hizo ocultarse en esa alcoba. ¡Aquí había otra persona!—dijo ese caballero al entrar,—y penetra en la alcoba, descubre á la jóven, y ¡ah! yo no sé lo que pasó; fué terrible; el Sr. Mateo huyó; el caballero me impidió que huyera á su vez, cerró la

puerta, y á cada movimiento mío me amenazaba dirigiéndome el cañon de una pistola. Yo lo ignoro todo. Bien lo sabe V. Soy una aventurera... Esta jóven llegó aquí hace dos días... es como yo... pero debe estar loca; sus movimientos, sus palabras...

Un estruendo espantoso interrumpió á doña Amalia; una jóven, á medio vestir, apareció por la puerta de la alcoba; hallábase bastante pálida, y grandes círculos morados rodeaban sus ojos; el pelo descompuesto, los brazos desnudos, y en toda ella se mostraba el desarreglo más extraño y temible. Al saltar de la cama en que se hallaba, había tirado al suelo algunos objetos.

—Es, lo sé. ¿A qué me lo ocultais? ¡Es él, quiero verle! Por él he dejado mis amores; aún recuerdo el cantar de los cantares: «Y es tu aliento como el olor de los manzanos que estan en flor.» Dejádmele ver; piensa que soy monja; ¡monja yo, yo que he probado la vida! ¡No; le amo, le amo; deseo estrecharle contra mi corazon, apretar contra mi seno su cabeza... es él, ese señor! ¡Ah! pero que no me vea; un gran dolor tortura mi corazon... ¿Quién es ese?

Doña Amalia miró á Barbeniga.

Este sufría horriblemente.

—Esa mujer—dijo—no está bien de la cabeza; hacedla que vuelva á su alcoba.

Amalia se apresuró á cumplir lo mandado por Barbeniga.

La loca se resistió.

—¿Vísteis ayer cómo arrojé todo, cuando acabamos de merendar? todo está roto. Yo había nacido para el cielo, pero ya no hay santos; si os oponeis todo lo rompo.

Luégo, abriendo audazmente su corpiño, poseida de una delicia, y manifestando un extraño orgullo, descubrió uno de sus hombros.

—¡Qué blanca y qué hermosa soy! miradme, miradme; nunca habeis conocido hermosura igual; el pecado no puede ofrecerse con mayores atractivos; ¿quién puede mitigar el fuego que devora mi ser? ¡Ah! y he sido orgullosa; creí que la naturaleza mía no era susceptible de pecado. Miradme, soy una pecadora, una pecadora.

—Luisa, acuéstese V.,—dijo doña Amalia.

—Luisa, Luisa, ¿con quién habla V.? Yo no me llamo Luisa, yo me llamo la pecadora; si soy Matilde, la hija del pecado, soy el pecado; soy Matilde, Matilde Camponell; soy la monjita, ¡já! ¡já!

¡Era Matilde!

Barbeniga quedó aterrado; recordó que éste era el nombre de la prometida de Souza. Era la novicia.

Doña Amalia y Barbeniga lograron calmar á la desdichada, y con promesas y dulces expresiones que le infundieron confianza y le devolvieron algun reposo se consiguió hacerla entrar en la alcoba y volver al lecho.

Una tos pertinaz molestó á la enferma durante todo el día y gran parte de la noche.

Barbeniga, poseído por la más íntima tristeza, miraba aterrado aquella desgracia, cuyo orígen desconocía, pero cuyos efectos eran tan dolorosos y terribles.

En aquella casa, conocida, pocos días despues del suceso que obligó á salir de ella á doña Adelina, por una casa sospechosa, se hallaba la virtuosa, la devota adorada por D. Arturo.

Sin duda ha sido engañado el comandante por la más hábil hipócrita; pero no; aquella infeliz carecía de juício, su cabeza se hallaba trastornada.

Barbeniga no comprendía cómo una mujer devota, una santa, una novicia dispuesta para profesar, cambiaba bruscamente de sentimientos, de ideas, de inclinaciones, de creencias, y aparecía en el extremo opues-

to á sus ideas y creencias, á su virtud y á su fé. Cómo y por qué la religiosidad trocóse en descreimiento, la dulce virtud en desgarrada impudicia; aquello no le parecía posible, no era fácil de creer.

En efecto; no era lógico; entre la Matilde que conoció D. Arturo y la que entónces hallaba, había mediado un trabajo traidor, los progresos de un trastorno nervioso y los bruscos accidentes de una vida llena de impresiones y erizada por violencias sin nombre.

Por lo demás, si Barbeniga hubiera conocido las historias religiosas, si hubiera visto lo que las crónicas escriben al márgen de las memorias de la vida monástica, tal vez hubiera comprendido más acertadamente cuanto acaecía.

La exaltacion religiosa ha ofrecido inspiradas; ha dado Teresa, sabia; Justina, mártir; Juana, héroe; en aquellas que por circunstancias especiales de naturaleza ó de condicionalidad intelectual, el fervor religioso ha prestado fuerza ó comunicado energía, los resultados han sido grandes y dignos de admiracion y gloria.

Pero ¡cuántas imbéciles han sucumbido, cuántas desdichadas han perdido la razon!

Nada ha provocado tanto la torpeza del instinto como esos manuales encaminados á moderarle, y que dan para ello reglas tan detalladas, tan minuciosas tan íntimas.

Ademas, pecar es un acto de humildad; ved sinó este caso:

Cesáreo habla de Beatriz que, no pudiendo resistir el fuego tentador, resolvió castigarle; deposita en manos de la Vírgen las llaves de la despensa, de cuya custodia estaba encargada en el convento, y parte á mitigar en el mundo la inquietud que la devora. En tanto, la Vírgen aparece en cuerpo y formas iguales á los de la reli-

giosa, desempeñando en la comunidad los oficios de despensera. La monja, ya satisfecha, vuelve al convento y recibe las llaves de manos de la Vírgen, que vió en la sinceridad y en la confianza de la religiosa un acto de humildad. Y era lógico.

¿No hay séres nacidos ya, predestinados desde luégo á la virtud? Aquella desgraciada monja no lo fué (1).

La malicia y la locura se revelan en el caso referido.

Entre la religion y el pecado vivieron cómodamente Juana Agarre y María su hermana (2). Dominadas á la vez por estas dos fuerzas espirituales, la del bien y la del mal, fueron las religiosas de Uvertiet de Santa Brígida de Silla, la religiosa de Cangas, cuyo hechizo arrancó la dinastía Austriaca de España é implantó la de Borbon (3), trasposicion muy útil, si bien se mira, y que ha ofrecido alguna variedad en las especies que decoran el Retiro, cerca de la casa de fieras, y la plaza de Oriente, cerca del palacio Real.

Cuéntase una Lidvina, á quien Dios mandó un ángel encargado de combatir el hastío que el claustro producía en su alma; una Maberta de Flandes, quemada despues por bruja (léase loca); una jóven profesa de quien habla Langlete de Dufresnoy, poseída por un espíritu angélico y por un diablo á la vez; los lúnes, jueves y domingos, era del ángel, el resto de la semana dábase al diablo. Magdalena Ravau (4) y Luisa Pintarville, religiosas de Louviers, engañadas y hechizadas por Picard, director espiritual.

---

(1) Pedro Cesáreo de Citeraux, *ilustrium miraculorum et historiarum, memorabilium libri XII, á Cesareo Heuter Cacheusl ordinis cisterciensis. En octavo. Autuerpiæ.* 1605.

(2) *Histoire de la Majie.*—M. Gharinet.

(3) Lafuente.—*Historia de España.*

(4) *Proceso de Luviers.*—Routier, juez del crímen.

Las monjas de las llagas, en Francia y en España, y no hace muchos años, todas las obsesas, todas las infortunadas. Por la vacilacion de su espíritu, en la crísis de su pasion, el cerebro se ha nublado, ó el instinto se ha pervertido, ó la voluntad y la energía se han embotado contra esa ambígua, oscura, hedionda moral del quietismo, y contra la corruptora influencia del causismo (1).

En la progresion del alma hacia la perfeccion mística, ó se llega á vacilar y caer, ó se consiguen señalados privilegios, distinciones envidiables, lograr tal perfeccion de espíritu, que nada ó casi nada suponen las debilidades de la carne miserable.

Lo que escapa de esos misteriosos centros, sustentados á nuestra vista en mengua de la civilizacion, ofrece estas sospechas; un convento es ó puede ser una casa de locas explotadas por alguien.

¿Quién puede ser éste?

El primer aventurero, respetado, venerado, adorado por el solo motivo de aparecer enfundado en una sotana.

Allí estaba Matilde de Camponell, demudada, cambiada; hubiérase dicho que era otra; no había aquella rígida y modesta expresion, no la dulce y tranquila mirada, no la sonrisa apacible.

---

(1) Hé aquí un caso curioso referido por Llorente en su *Historia crítica de la inquisicion*: Dice dicho autor, que siendo «secretario del santo tribunal un capuchino que dirigía una comunidad de religiosas, y á las cuales sedujo en su totalidad diciéndoles que Dios se había dignado dispensarlas por su virtud de la lucha contra la sensualidad...» Es repugnante copiar este relato; el que quiera conocerle detalladamente, que vea la obra referida; bástenos decir que en la misma hallarán los datos históricos acerca de la moral dudosa que el catolicismo mantuvo, datos nada sospechosos, pues los ofrece un secretário del santo tribunal.

El reposado y sereno aspecto de la señorita, el inocente fervor de la mujer, frutos de una inteligencia despejada y de un corazon tierno, ántes sólo turbados por exaltaciones momentáneas, hoy habían desaparecido, pues la inteligencia y el corazon yacían subyugados por un instinto funesto; esta desarmonía determina la perversion moral, es decir, la locura.

Ninguna de estas reflexiones, ninguno de estos recuerdos, nada podía informar á Barbeniga, que, compadeciendo la desgracia de D. Arturo, pasó todo el tiempo que duró su encierro sumido en tinieblas, acerca de lo que acontecía, y herido en el corazon por honda amargura.

Se explicaba entónces lo que ántes no hallaba cabal explicacion; entónces recordaba el diálogo mantenido entre el Sr. Mateo y el desconocido, en la taberna de *El Ancora*. Trataban de embarcar mujeres en los vapores de Cuba.

¡Tal es el destino de muchas infortunadas!

Los antecedentes que acerca de Matilde tenía, le obligaban á mirar á ésta con cierto enojo; creía que su locura era una apariencia para disfrazar su vicio.

¿Lo creía el pobre pescador? Lo cree todo el mundo.

¿Qué sabemos acerca de la gran cuestion? ¿Somos responsables? ¿Qué es la pasion? ¿Qué es el crímen? ¿Qué son el vicio y la locura?

En tales meditaciones pasó Barbeniga la noche.

La mañana alegre, la mar bella, los campos llenos de verdor, el espacio saturado de perfumes, ni una nube en el cielo ni la menor agitacion en la costa; así como la brisa blandamente acariciaba, así las olas dulcemente se extendían sobre las playas; tal fué el día que se siguió al que pasó Barbeniga guardando á doña Amalia y á Matilde. El día anterior les había servido la co-

mida y la cena uno de los hijos del Sr. Mateo, colocando el servicio en un cestito que Barbeniga mandó por uno de los balcones, y subió atando el cesto al cordon del revólver y á su faja.

Barbeniga supo que el Sr. Mateo se hallaba preso; que habían preso tambien á Simon, y que se perseguía á Villart. ¿Qué acontecía, pues?

María y Adelina no comprendían nada de cuanto pasaba en casa del Sr. Mateo, pero Barbeniga les tranquilizó asegurándoles que se trataba únicamente de cuidar una enferma.

Por doña Amalia, Barbeniga acabó de saber completamente cuanto á doña Adelina se refería, es decir, la intriga de que hubiera podido ser víctima.

Barbeniga, asomado tras los cristales del balcon, pensaba en los sucesos en que, por tan casuales circunstancias, se hallaba mezclado; de pronto divisó á Adelina en pié sobre uno de los asientos del paseo de Miranda.

—¿Qué mirará? ¿Mira al puerto?—se dijo.

El puerto veíase completamente desde el punto que ocupaba Barbeniga, y éste descubrió entónces los buques llegados, cosa bien fácil para él que llevaba constantemente cuenta del movimiento del puerto.

—El vapor inglés, el de Sevilla, tres queches-marinos, una balandra de Comillas, la *Don Juan* y la *Esperanza*,—dijo contándolos.—Si es la corbeta esperada por la señorita.

El ruído que produjo la llave de la puerta del cuarto, hizo á Barbeniga volverse; un grupo de caballeros, precedido por Souza, entró en la habitacion. Eran el juez. un escribano, otros dependientes y un médico.

XIV.

MAR ADENTRO.

Más graves eran las reflexiones que en aquellos momentos formulaba en su imaginacion; más dolorosos sentimientos removía en su alma el jóven Arturo Souza.

Despues de haber participado á las autoridades los infames manejos de Villart, y de haber denunciado el infortunio de Matilde, se retiró Souza al hotel de Europa donde estaba hospedado.

Allí examinó de nuevo los papeles que contenía el paquete devuelto por Barbeniga, y relacionaba los informes adquiridos con las revelaciones que aquellos documentos presentaban á su vista. Tenía delante de sí la historia amarga de sus amores, la explicacion concluida de todo cuanto por la desdichada Matilde había pasado.

Analizar detalle por detalle, punto por punto la lenta degradacion moral, el trastorno cerebral, los progresos de una enfermedad es terrible, cuando el que se ve obligado á realizar tal estudio está unido por el afecto,

por la simpatía, por la pasion á la víctima de tan triste fatalidad.

Habíase resuelto el problema; se había aclarado el enigma.

Hay situaciones que, por los efectos que ofrecen á la meditacion, por los aspectos que presentan á la observacion, solicitan nuestro concurso, la energía de nuestra voluntad, el factor de nuestras resoluciones. Son el momento por el cual los hechos llaman á los hombres; los sucesos ofrecen eso que se llama ocasion.

La suerte produce en los acontecimientos un vacío que ha de llenar indefectiblemente nuestra personalidad penetrando por los misteriosos impulsos de la pasion. Los secretos móviles instintivos conducen unas veces y precipitan otras á los seres que por la pasion ó el instinto se hallan en relacion magnética con todo cuanto sucede; pero hay una fuerza de razon y una energía de conciencia que nos obligan más que el instinto ó la pasion, ó que nos hacen disculpar estos ciegos impulsos y nos colocan ante el deber de obrar.

Debemos obrar, decimos. Tal circunstancia obliga.

Dicha circunstancia, suma de cuanto anteriormente se produjo, es la que debe tenerse en cuenta.

Entra uno en la lógica de lo que sucede.

Hasta entónces apénas si teníamos parte directa en los sucesos; hoy los sucesos nos reclaman; todo, quizá, se halla efectuado sin nosotros, pero ya tenemós que penetrar en la accion.

Aquel es el momento que nos da entrada.

Diríase que lo que se verifica fuera de nosotros hasta hallarse completado, complicado ó contrariado por aquella circunstancia que nos reclama, en nada podía referirse á nosotros; pero luégo de aparecer esta circunstancia nos vemos ligados á cuanto acaece.

Souza, miéntras Matilde había rechazado libremente su afecto, nada le debía, fuera de un culto y adoracion íntimos; pero ante el momento en el cual ve aparecer á la débil criatura víctima de una maldad sólo por él conocida, á la enferma víctima de una explotacion y de una especulacion que sólo él puede denunciar, á su adorada en la más horrible esclavitud, halló natural el impulso de su corazon, y encontró legitimada la fuerza de su instinto, y por la razon y la conciencia se vió ligado más que nunca á tan grave desdicha.

Souza había llegado alegre á Santander creyendo poder amedrentar á Villart, y halagado y lleno de esperanzas por la resistencia que Matilde había opuesto á la profesion de los votos.

Pero las cosas habían cambiado. Matilde, no sólo se negó á profesar, segun se había dicho, sinó que, arrastrada por la demencia escapó del convento y se ignoraba su paradero, y, por último, Villart, el repugnante Villart, no habiendo podido hacer de la fanática una monja, intentaba hacer de la loca una aventurera.

Cuando recibió la noticia de la fuga de Matilde fingió un dolor intenso, simuló un profundo disgusto, gastó dinero y empleó tiempo en averiguar dónde podría hallarse su infortunada hijastra.

¿Dónde estaba? El lo sabía muy bien; estaba en su poder. No intentaba Villart otra cosa que deshacer por completo cuanto pudiera un día descubrir su pasado; la ciega devocion de Matilde le ofreció, pagando una cortísima dote, el medio de alejar este peligro encerrando á su hijastra en un convento, y lo verificó. Luégo que en Matilde se dieron los terribles síntomas de una afeccion cerebral, y, sobre todo, cuando ésta la impulsó á realizar la desatinada fuga, Villart se apoderó de la enferma, hallando en aquella terrible circunstan-

cia un medio más conveniente á sus intereses. Envolvió á Matilde en uno de sus primeros y más odiosos *negocios:* el embarque de cortesanas á la isla de Cuba. Aquella loca era una mercancía.

—¡Oh! esto era odioso; la trata de negros es ménos repugnante,—pensó Souza.

Todo había cambiado; no se trataba ya de sorprender, aterrar, deslumbrar, conquistar, en fin; tratábase de algo más; tratábase de vengar á la amada, de vengar á la víctima, de vengar á la misma naturaleza, de vengar á la sociedad toda.

¿Quién debía de realizar esta venganza? Souza. Esto le decían tanto la pasion como sus reflexiones. Pero Souza no podía explicarse bien cuanto acaecía; ¿era cierto que Matilde se hallaba en aquel estado? Sí. El había sorprendido la covacha donde el infame Villart guardaba sus víctimas, y aquella covacha era la prision en que había recibido pocos días ántes á Matilde. Allí la encontró Souza, y ¡en qué estado! Lo primero que se le ocurrió fué sacarla de aquel antro, luégo no descansar hasta entablar un proceso. Con sangre fria, con extraordinaria fuerza de voluntad cumplió sus propósitos, y en el momento á que nos referimos se hallaba debilitado, rendido, muerto, despues de tan terribles sorpresas, tan fuertes emociones, tan violentas sacudidas morales.

Le habían burlado, sí; ¡su amada, la bella, la encantadora gaditana convertida en aventurera! ¡Imposible! ¿Qué proceso siguió la enfermedad? ¿qué camino había descrito á su paso la traicion? Forjaba en su mente causas á que atribuir de un modo acertado los efectos vistos por él.

¡El abandono criminal de la madre, el egoismo criminal del padrastro!

Y algo más.

Recordó el quietismo y el causismo; los dos procedimientos jesuíticos; por el uno se corrompe la moral, por el otro se aniquila el espíritu.

Investigó con su razon todo cuanto había podido acelerar en Matilde, mujer de temperamento exaltado, la aparicion de una enfermedad que tal vez el matrimonio hubiera podido combatir y áun evitar, y halló las causas; éstas no eran otras que la influencia perniciosa del director espiritual.

Cuando, por una intriga de Villart, sin duda, Matilde rechazó á Souza, presentóse el confesor, el padre de almas, el aventurero religioso, un cualquiera desconocido, del que no se sabía más que el nombre, ni en el que se podía ver otra cosa que el negro ropaje.

Apareció, no para combatir la naturaleza de los afectos despertados en Matilde, sinó para hacerlos variar de direccion y de propósito.

¡Oh! ¡los directores son muy hábiles, mucho!

Segun el fraile, Matilde no había pecado; no se había rendido á las sugestiones de la carne, demonio el más temible, el más fuerte. Dios, que tenía reservada á la jóven un alto puesto cerca de su trono, le hizo conocer un desengaño mundano; aquel hombre, Souza, el amante, que era un impío, era tambien un traidor: todo aquel amor era ya para Dios. Así habló primero el confesor. Despues, gota á gota, día por día, fué envolviendo en su odioso tejido de astutas y torpes ideas la pobre existencia de Matilde.

Pero en ésta se manifestó una lucha; Souza, aquel hombre, aquel traidor, aquel impío, le perseguía constantemente; el espíritu de Matilde se elevaba á Dios, pero á veces escapaba á recordar al hombre; entónces se debieron hacer necesarios los repetidos actos de devocion, de abstinencia y de éxtasis. ¿Dónde podía ha-

llar, al cabo de algun tiempo, Matilde cariño más tierno, interés mayor, afecto más puro que el que le dedicaba su director espiritual? No era jóven, no era un galan: era un padre, era un maestro.

Pronto llegó á la perfeccion suprema pintada por el criminal y odioso causismo; al grado que denuncian estas palabras de Desmarets (1). «El alma, convertida en nada, no puede otorgar su consentimiento. Cualquier cosa que ella haga, no habiendo consentido, *no ha pecado;* no se ocupa ni de lo que ha hecho ni de lo que ha dejado de hacer, puesto que nada ha verificado... Estando Dios con nosotros, él es quien lo hace todo, quien lo sufre todo; el diablo no puede hallar á la criatura, ni en ella misma, puesto que nada es, ni en sus actos, puesto que no los ejecuta... Por medio de una disolucion, que se verifica en nosotros mismos, nos es comunicada la virtud del Espíritu Santo y nos convertimos completamente en Dios por medio de una admirable deiformidad. *Si, hay todavía perturbacion en la parte inferior, la superior nada sabe de ello; pero estas dos partes sutilizadas, santificadas, terminan por cambiarse en Dios, lo mismo la una que la otra. Dios, entónces, se encuentra hasta en los movimientos de la sensualidad, que son santificados* (2).»

Por medio de un lento trabajo se conduce á la postracion de la voluntad; una voluntad vencida ayuda fácilmente á la corrupcion.

En la vida de las mujeres entregadas al ócio ó al frívolo ejercicio de una exajerada devocion, se determina

---

(1) Desmarets de Saint-Sorlin. *Delicias del espíritu.* Jornada 29, página 170.—Cartas espirituales y recreaciones.

(2) Estas palabras han sido traducidas por el reputado escritor Sr. Abella, y son citadas en una obra de Michelet. Nosotros conocemos la obra de Desmarets, y de ella pudiéramos extractar máximas por el estilo, que aún se aplican y propalan. *(Nota del autor.)*

pronto una crísis: ó muere completamente su natural apasionamiento ó se pervierte.

Matilde había llegado indudablemente á esta perversion. Comprimido por mucho tiempo el caudal de agua de un río, aparentemente nada ocurre; de un modo imperceptible se eleva, y, por último, se desborda.

La violenta lucha con la realidad mantenida por una continuada y delirante excitacion do la fantasía, produce este funesto desbordamiento del instinto que tan horribles resultados dió en Matilde.

Atad una voluntad, sujetad una vigorosa energía, ellas recobrarán el tiempo perdido, tanto, cuanto sea el tiempo que han sido sujetadas; tanta será la fuerza y tal será la aberracion en que despues se manifiesten.

Esto debiera, indudablemente, haber acaecido con la amada de Souza; él creía adivinar todo esto.

La naturaleza, rica en elementos de vida, pródiga en tesoros de belleza, ábrese á los inexpertos ojos de las niñas iniciando de un modo dulce, persuasivo, imponente, el alto destino que su sexo les reserva. Vedla; indica la fuerza creadora, pudorosa religiosamente en el desarrollo de las flores, primeras é incompletas nociones que la niña recibe; ellas le manifiestan la existencia de la fuerza generadora. En aquellos capullos, por aquellos filamentos y estambres se determina la sexualidad.

El nido y la maternidad de las aves esbozan la futura vida de familia.

Y más tarde, en su propia madre, en las enseñanzas que, acerca de la realidad, les hace aquella querida y santa madre, prevé la doncella la gran mision que está llamada á cumplir.

A esta realidad se oponen los aventureros, imponiendo un rigorismo tan petulante como tiránico contra

todo lo que presente á la mujer las enseñanzas de la naturaleza.

¿Qué son todos aquellos testimonios de las grandezas evidentes que denuncian la ley natural al lado del prodigio?

Todo cuanto se ve, apénas son sinó los delineamientos del prodigio; es necesario iniciar un trastorno, excitar la sensualidad, no referir las impresiones á la razon, ni dejarlas estimar por el juício; apénas si lo real es otra cosa que apariencias; provóquese la maravillosidad, excítese la fantasía.

La idolatría debe suceder á la naturaleza, el desprecio al legítimo entusiasmo; á la abnegacion de la madre, sencillo y natural sacrificio por el amor y la maternidad, la penitencia ruda, el cilicio áspero, la mortificacion sin causa, el aniquilamiento de la personalidad.

En tanto, vedlo; hay una semi-realidad en el juício como hay una semi-oscuridad en el templo; la completa realidad se proscribe; hay que encerrarse, no ver á nadie, no ver hombre ni mujer algunos, pero conservar permanentemente ante la vista formas vagas, cuadros, pinturas, el jóven Sebastian desnudo y flechado, los hermosos arcángeles, de blondos cabellos, lábios juveniles, vigorosos miembros, expresiones heróicas.

No es posible leer una novela, ni recordar un baile, ni hablar con un hombre, ni estrechar una mano, ni tocar un vestido; pero al mismo tiempo que se hace el sondaje de la fantasía, hay que dar cuenta de los sueños, hay que someterse á una inquisicion pertinaz, constante, imprudente.

Una série de actos, por último, conceden á la fatigada naturaleza, que lucha bajo aquella terrible presion, algun descanso; ya el alma se desprendió del cuerpo. ¿Que es éste una envoltura no más? Cierto que el alma

aún parece existir dentro de aquel cuerpo, pero ya el alma está libertada de su torpe enemigo; podrá entónces realizar el grado último de perfeccion.

¡Qué oscuridad, qué antro el de la supersticion!

A la investigacion del marino acudieron todas las ideas enunciadas...

Aquella desdichada había enloquecido por circunstancias que desconocía Souza, y que no nos ha sido posible averiguar. Matilde escapó del convento.

El hecho era desconocido por todo el mundo ménos por Souza y por Villart y sus cómplices.

Villart y Simon vieron, sin duda, en este accidente el medio que se les ofrecía de especular, y le acogieron.

Los que intentaron dominar en Matilde los gérmenes de energía y vitalidad, sin saberlo (puede ser), no hicieron sinó pervertir su direccion, corromper su pureza; el instinto turbado y neciamente comprimido se desbordó.

La loca sucedió á la mujer, la aventurera á la monja.

Y en esto hubo para Villart una feliz casualidad que aprovechar, y en Simon una venganza. ¿Por qué? ¿de qué? Jamás se ha sabido.

Tal debió ser el trabajo odioso preparado en lo más oscuro del hogar, en lo más recóndito de la vida íntima. Aquella era la negra y sucia tela que tejen miserables sabandijas sin que el sol pueda denunciar su obra ni el libre viento destruirla.

Gemía Souza, consideraba que no había nada que remediar, nada que esperar.

Pero su pensamiento lentamente se apartaba de los hechos y llegaba á region de ideas más puras.

El dolor ofrece, como todas las sensaciones, esta gradacion; el dolor es largo; la navegacion por él lenta unas veces, rápida otras.

Por las grandes sensaciones llegamos á veces á un término á que de otro modo jamás esperábamos llegar. Este término es el que denuncia esas frases trágicas que en los más terribles momentos y á los seres más agitados y turbados por la emocion oímos.

Ellas sintetizan lo que por el proceso de la meditacion no logramos á veces sintetizar.

La última dolorosa impresion parece que nos ilumina, haciéndonos ver todo rápida y completamente.

En Souza, por el contrario, el dolor, luégo de la explosion del sentimiento, despues del análisis de su razon por el recuerdo, llegó á las grandes reflexiones, á la soledad de la meditacion.

Perdió lentamente de vista los últimos sucesos, los personajes de aquel drama, los detalles que provocaron sus esperanzas como los que engendraron su dolor, así como en la navegacion piérdense de vista primero el puerto, luégo las montañas, y, por último, el continente, y la nave se encuentra mar adentro.

Solo, solo completamente, meditaba, no ya en lo sucedido, sinó en algo más terrible: en el destino.

Y aquel hombre resolvió en su mente extraños pensamientos é inexplicables amarguras.

Se ha dicho que el hombre quiere alegrarlo todo cuando está alegre, y siente en sí mismo las tristezas de otros cuando están tristes. Diríamos mejor, que el hombre desdichado une la protesta que se origina en su ánimo á la gran protesta de todos contra la fatalidad y contra el destino.

¡Solo! ¡Oh, Dios! ¡Cuán desdichado se consideraba!

Indudablemente, aquella desdicha era la fatalidad social, era resultado de un sistema.

Este odioso sistema social era el propio, el solo, el único propósito de su vida contra el cual luchaba.

Sí; los débiles gemían aún; aún era necesario luchar; ya no se ejercían las violencias de los tiempos pasados, pero se producían otras desconocidas, terribles, funestas, íntimas, oscuras.

La mujer rica podía verse aún fanatizada, la pobre prostituída.

Hacía falta, no tan sólo cambiar la manera de estar de las sociedades, sinó modificar su modo de ser. Estos dos propósitos reunían en sí toda la higiene ofrecida por el humanitarismo de nuestros tiempos.

Por aquellas consideraciones elaboradas en su soledad, por toda aquella amargura apurada en la tristeza del abandono, llegó aquel marino, aquel pensador, aquel hombre á una conclusion.

—No tengo más que un camino: el estudio, es decir, la lucha. Ellos se aislan, sacrifican su sexo, moderan sus ambiciones personales, se retiran al templo. Yo me aislaré, yo tendré, ya que no la fé en un imposible, la fé en una realidad; ya que no un amor de hombre, el amor humano; mi claustro será el gabinete, el laboratorio, la biblioteca; mi ambicion el mejoramiento general, el bien de todos; mi sacrificio, mi dolor, mi martirio han de revelarse en beneficios, en progresos, en conquistas. ¡Todo inspirado por tí, sonámbula desdichada! Y si alguna vez despertares... ¡oh... entónces!...

La frente enardecida cayó sobre las heladas manos, y de aquellos serenos y grandes ojos brotaron lágrimas; de su corazon, cargado de tan acerbas penas, estalló un dolor varonil, grave, profundo.

Aquel hombre apuró su cáliz, rindió su alma, llegó á la oracion. ¿Sentía sus lágrimas? ¿Sabía dónde estaba? No.

....

Sacóle de su petrificacion la llegada de varias perso-

nas. Eran Casimiro el marinero, seguido de Jorge y otros pescadores. Entraron violentamente.

Casimiro, pálido y poseído por el mayor espanto, dijo:

—Señorito, mi comandante, venga V., venga V., se ha cometido un asesinato.

XV.

EL FIN DE UN DRAMA.

Souza fué llevado en un carruaje, que había preparado Casimiro, á una casa situada en uno de los arrabales de la ciudad.

Entró en un callejon oscuro, formado por altas casas negras, de balcones salientes y corridos y puertas estrechas; en todo el callejon había tal irregularidad, que parecía que las casas se hallaban amontonadas. Ofrecían el aspecto mismo que ofrecen esas multitudes desarrapadas y miserables vertidas en la ciudad por las bocas de esos arrabales.

Casimiro no sabía sinó que en aquella casa se había cometido un asesinato, y que un médico amigo de don Arturo le había encargado tomara un coche y fuera á buscar á su señorito.

Casimiro cumplía perfectamente la órden; pero Jorge, muy prudente, le advirtió que, no conociendo el grado de relacion que entre las víctimas del crímen y Souza pudieran existir, debía callar Casimiro cuanto

había visto, y el pobre muchacho halló esto razonable, pero no sabía dominar su espanto.

El cascabeleo del carruaje, el misterio del suceso, los gritos de la multitud que se apiñaba preguntando y comprimida de un lado á otro por los agentes, las conjeturas que no se atrevía aventurar, mantenían en un estado de ansiedad indescriptible á Souza. Por fin llegaron; el inspector de policía se dirigió á D. Arturo y le condujo al portal de la casa, diciendo:

—El señor juez manda llamar á V.; sígame.

Y ambos subieron por una estrecha escalera de caracol, iluminada por velas de sebo colocadas en la pared á cada vuelta de la espiral.

Como por la escalera no se podía subir sinó de uno en uno, y en la emocion que dominaba á Souza había un presentimiento de esos que misteriosamente sellan por el terror los lábios, no aventuró Souza pregunta alguna.

Por fin se hallaron, despues de haber subido al tercer piso, en un cuarto iluminado por la luz de dos bujías, cuyas llamas se agitaban suavemente á la accion del aire que penetraba por una ventana abierta completamente.

Había allí dos agentes de órden público.

Abrió el inspector otra puerta, y penetraron en una estrecha salita donde apénas cabían seis personas, y en la que se hallaban el juez, un escribano, el médico forense, el doctor *** de reputacion justísima y envidiable, y un alcalde de barrio.

Se apartaron al entrar Souza, y se ofreció á los ojos de éste el más terrible espectáculo; el cadáver de un hombre hallábase tendido en medio de la habitacion.

Tenía los brazos abiertos en cruz; en una de sus manos se veía un trozo de tela; al morir aquel hombre de-

bió de haberse agarrado á la vieja cortina de la alcoba inmediata, y en ella hacer su última presa; nada más difícil que abrir la mano cerrada en la agonía, y en el último arranque de accion; es un acto que se resolvió en vida y parece se continuaba en muerte; diríase que en aquel hombre todo había muerto ménos aquella última voluntad.

Su traje era pobre; pero del chaleco se desprendía una gruesa y elegante cadena de oro. Un magnífico reló latía dentro del bolsillo, un reló que habría latido al tiempo mismo que el corazon de aquel hombre; el ruído y el movimiento producían un efecto extraño. Cuando el juez se apoderó de la máquina percibió aquel continuado y metálico golpear; le parecía tener en sus manos algo vivo, algo que le hablaba; aquel reló había sido un testigo del trágico suceso.

No se veía el rostro del cadáver; tenía el cuello rodeado de un cordon largo de seda, anudado fuertemente á la nuez, y un pañuelo negro cubría su cabeza.

Hacia el lado izquierdo, y por entre los pliegues de su camisa, se veían manchas de sangre, cuyo surco partía de una mancha amoratada y oscura visible en el pecho; tal vez bajo la ropa se ocultara alguna profunda herida.

El cuarto en que se hallaban, había sido el teatro del crímen.

Era una sala pequeña y en cuadro con una alcoba, que entónces se encontraba cerrada, pero debiera haber alguien dentro de ella, pues se veía luz y oíase un extraño ruído. Una mesita pequeña, sobre la cual se veían dos candeleros de cristal; una urna rota debió cubrir la imágen de un Niño Jesús que estaba en el centro de la mesa sobre una alta peana.

Dos velas encendidas en los candeleros, y aquella

imágen ante el crímen, daban al cuarto un aspecto extraño: los supersticiosos hubieran encontrado en esto algo extraordinario; parecía que aquella imágen había roto la urna por sí y por aparecer ante el criminal y la víctima. Por lo demas, la urna debió romperse á la violenta sacudida que recibió la mesa. Esta se veía separada de la pared por uno de sus lados.

Una guitarra pendía de la pared, y junto á ella una jaula cuadrada que, colgada por su centro en una escarpia en la pared, debió inclinarse al recibir algun golpe.

Dentro se agitaba vivamente un canario, medroso y aterrado; la inclinacion vertical de su jaula debía extrañarle, y el ruído y la gente asustarle; pero aquel pajarillo ofrecía tambien un contraste inexplicable.

Aquella jaula debía quedar de tal manera.

Los crímenes todo lo petrifican tras sí.

Luégo que penetró Souza en la habitacion, el juez preguntóle su nombre y apellido y demas preliminares á un interrogatorio.

Dirigióse al cadáver, levantó el paño que le cubría, y preguntó si reconocía aquello.

Era el cadáver de Villart.

Despues abrieron las puertas de la alcoba y penetraron en ella el juez y Souza.

En una estrecha y pobre cama había una mujer moribunda; junto á la cama un jóven, practicante del hospital.

El ronquido de aquella mujer era el ruído que ántes se sentía en la sala.

Acercaron una luz, y el juez preguntó si le era conocida aquella mujer.

Estaba amoratada, desfigurada; parecía tener cuarenta y ocho ó cincuenta años; era gruesa y estaba vestida

con cierta elegancia, aunque en su traje se mostraba el mayor desórden.

Souza, pálido, impresionado por el más vivo terror, tardó algun tiempo en reconocer á la moribunda; pero despues de una detenida observacion, dijo:

—Diría que es Cármen Camponell, la mujer de ese hombre asesinado.

—Cerciórese V. bien,—dijo el juez.

Souza, despues de un momento, durante el cual contempló más detenidamente, añadió:

—Sí, es ella.

¡Qué momentos tan terribles se siguieron á este interrogatorio! El juez mandó al escribano levantar acta; luégo recibió del médico los informes primeros del reconocimiento.

Segun el médico, aquel hombre había muerto extrangulado por el cordon que rodeaba su cuello; la herida de su pecho se había inferido con un instrumento cortante. Debió de haberse entablado una lucha violenta, por otra parte, desfavorable para el asesinado, pues éste se debió encontrar debilitado por otra herida que tenía en el costado izquierdo y que debió haber recibido tres días ántes del suceso.

Nada pudo decirse de la enferma, pues su estado era tan grave que no consentía reconocimiento alguno.

En tanto, Souza no comprendía por qué se le había llamado, tanto más cuanto que no era para dar á conocer á Villart, pues ya se sabía que aquel era su cadáver y lo supo el juez ántes de la llegada de Souza, segun éste pudo inferir de la lectura que se hizo del acta al terminar el interrogatorio; ademas, para reconocer á Villart hubiera bastado cualquiera vecino de Santander; el negociante era bien conocido.

¿Por qué se le mezclaría en tan horrible suceso? ¿Por

qué había sido llamado por el juez? pues evidentemente el juez era la persona que mandó á Casimiro al Hotel de Europa. ¿Temía que el misterio que se había visto obligado á emplear en el asunto de Matilde pudiera hacerle sospechoso despues de aquel terrible suceso? ¿Quién sería el asesino de Villart? ¿Quién el que había atentado contra la vida de Cármen? Souza se perdía en confusiones, y se hallaba en las tinieblas. No podía explicarse cuanto veía; creía que aquello era un sueño.

En tanto el juez y el escribano se hallaban extendiendo el acta, sentados ante una pequeña mesa de pino que los agentes habían subido de la alcaldía inmediata, el doctor *** se acercó á Souza y sacóle de su meditacion y de su estupor.

—Amigo Souza,—le dijo,—esto ha sido terrible. Villart, disfrazado, llegó huyendo á esta casa, donde vive una antigua criada de Cármen, y halló aquí á su mujer, á quien hace dos días despidió en la estacion y embarcó para Madrid. No sabemos quién había informado á ésta acerca de lo acontecido con su hija; ignórase lo que ha ocurrido; pero, segun las declaraciones de la criada, que fué á dar parte, despues que se hubieron dirigido los esposos duros reproches, injurias y terribles acusaciones, cerráronse en este cuarto, y las violentas sacudidas hicieron que la criada llamara á la autoridad; cuando hemos llegado encontramos á Villart muerto y á Cármen, no léjos de él, congestionada y sin sentido. Creo que ésta podrá declarar.

El largo informe, un segundo reconocimiento y otros trabajos de procedimiento judicial prolongaron la permanencia de la autoridad en aquel sitio hasta bastante tarde.

Cármen en este tiempo recobró momentáneamente su razon.

—Yo le he matado,—dijo.

Y espiró.

La puerta de la habitacion se abrió bruscamente, y sin que nadie pudiera oponerse, entró en la alcoba un jóven gritando:

—¡Madre mía!

Todos quedaron petrificados de sorpresa; aquel jóven era Gabriel Camponell, á quien conocemos por el enamorado á bordo.

¡Cómo pintar aquel dolor! ¡Cómo describir aquel terrible instante!

A estos efectos, los que los presencian, responden con un silencio sepulcral.

Hagamos constar el silencio y la reserva en que todos se mantuvieron.

....

El juez y el doctor *** mostraron á Souza dos cartas; la una debió motivar el terror y la fuga de Villart, la otra la venganza de Matilde. La primera nos es conocida; estaba escrita desde Bourdeaux por el antiguo criado de Villart.

«Tu robo al francés será probado; las infamias cometidas conmigo, las que por tí he sufrido... tambien.

»El crímen que cometiste con Camponell, el que cometes con sus hijos, de igual modo. La presencia en esa de D. Arturo Souza no es lo más terrible para tí; si intentas huir morirás; el encargado de entregarte esta carta te lo probará.»

Esta carta debió ser recibida por Villart el día que desapareció, y en este mismo día debió recibir la herida del costado. En cuanto á la otra carta, jamás denunció Souza lo que encerraba.

¿Qué motivos tenía el antiguo criado de Villart para vengarse? No los conocemos.

Nada se ha sabido despues acerca de aquel terrible cuanto extraordinario suceso.

Presa del más vivo dolor, sin sentido, sacaron despues á Camponell de aquel lugar; Souza se encargó de llevarle consigo y le aposentó en su propia habitacion.

XVI.

CAMPONELL Y ADELINA.

Han pasado ocho meses despues de los terribles sucesos referidos.

Matilde se encuentra en el manicomio de Carabanchel en primera pension, costeada por su hermano; éste continúa en Santander con Souza, que le retiene en dicho punto hasta que, pasado algun tiempo, pueda informarle acerca de asuntos del mayor interés, para lo cual Souza había solicitado una licencia que le permitiera residir temporalmente en España. El gobierno le concedió lo pedido.

Barbeniga acudía frecuentemente á visitar á los jóvenes, permaneciendo ante ellos reservado y silencioso casi siempre.

Cuando se le hablaba de visitar su casa, solía decir:

—Esperen Vds. algun tiempo; es conveniente.

En cuanto á Adelina, diremos que apénas llegó á comprender lo que en casa del Sr. Mateo había ocurrido: Barbeniga había tomado tales precauciones, que alejó

completamente toda curiosidad acerca de aquellos sucesos por parte de la jóven.

Ademas, ésta se hallaba profundamente preocupada; la corbeta *Esperanza* había llegado, pero en ella no había venido la persona que esperaba, segun le dijo el mismo Barbeniga.

Un asunto importante retenía á dicha persona en la Coruña; no podía dudarlo, puesto que Barbeniga había entregado á Adelina el cuaderno del enamorado á bordo y una carta de éste, en que le aseguraba que bien pronto llegaría á su lado, y añadía despues de esta promesa:

«La persona que entregará á V. esto conoce cuán ligados estamos, no sólo por nuestro afecto, sinó que por graves asuntos de interés grande para ambos.»

Cuando la jóven interrogó á Barbeniga, éste contestó:

—Señorita, V. confía en nuestra honradez; pasan cosas extraordinarias; V. ha llegado á mi casa conducida por su destino, por Dios, por el bueno que está arriba; yo le aseguro á V. que nada debe temer. Fíe en mi palabra.

Los ahorros de Adelina se habían acabado, y Adelina se puso á trabajar en bordados, y dedicóse á pintar acuarelas para abanicos.

Barbeniga no se opuso á esta resolucion.

—Sin duda,—pensó Adelina,—sienten mis amigos no poder oponerse á esta resolucion mía.

Otro era el pensamiento de Barbeniga.

Sobre Adelina pesaba una calumnia que repugna decir; Villart, no habiendo podido perder á la jóven, manchó su reputacion.

A la llegada de Gabriel al puerto recibió terribles informes; estos informes eran los que Barbeniga quiso

desvanecer, y para ello esperó que Gabriel pudiera informarse de todo.

Pasado algun tiempo, Souza desenvolvió el paquete que había encontrado Barbeniga y leyó á Camponell todo lo que se refería al negocio de Villart con M. Aubé; existían documentos con los cuales se hubiera podido mandar á presidio al negociante, y que entónces servían para reclamar los bienes de la jóven Adelina Aubé, pero no le dió á conocer los amores ilegales de Villart y Cármen; únicamente le entregó todo cuanto á su fortuna se refería.

Entiéndase que solamente pensaban recuperar aquello que podía resarcir á Adelina; en manera alguna lo demas ganado por Villart con tales infamias.

En un arranque de indignacion, Camponell los rechazó.

Souza, aquel hombre fuerte, aquella superior energía, se hallaba realizando el mayor acto de justicia con delicadeza, con prevision, con prudencia.

Camponell estaba aterrado; jamas había podido adivinar que hubieran acontecido tan extraños sucesos.

Se le ocultó la complicidad de su madre; se le ocultaron las causas de la locura de su hermana; todo quedó en la mayor reserva. Para Camponell no había acaecido otra cosa que cuanto le refirió Souza. Souza era el prometido de su hermana, fué rechazado por ésta, y Matilde entró en el convento de donde había salido enferma.

En cuanto al crímen se le dió una explicacion; la desdichada madre de Camponell, ante alguna nueva violencia, y conociendo la miserable vida de su segundo marido, había, sin duda alguna, perdido la razon.

Hé aquí todo.

En cuanto á la conducta del pescador se explicaba de este modo:

Habiendo sabido Barbeniga por Jorge qué persona era la buscada por el marino á su llegada, y por Adelina cuál era el buque esperado, y quién la persona que en él había de llegar, se lo participó á Souza, y éste le impuso la manera cómo había de obrar.

Pasados ocho meses despues del trágico suceso que hemos narrado, Souza había cumplido todos cuantos deberes se había impuesto.

No fué poca la sorpresa que Camponell manifestó al descubrir que su padrastro era el estafador del francés del Bajo Aragon; la noche que acerca de esto tuvo detalles, manifestó á Souza que desde hacía tres años había encontrado en Marsella á la señorita Adelina Enriqueta Aubé en casa de uno de los más queridos amigos de su padre; sorprendióse al saber que aquella jóven era la niña que él había conocido en el Bajo Aragon; entabló con ella estrechas relaciones de amistad, que por último acabaron por reunir sus almas por un afecto, y sus voluntades por un juramento. Mas á su llegada vió que se había engañado; amigos tan leales como lo eran Souza y Barbeniga, á los que tanto debía, le habían exigido que detuviera sus juícios, fácil cosa, por otra parte, dado su dolor; la honrada palabra de Barbeniga que le inspiraba gran fé, le exigió entregara aquel manuscrito y una carta para la jóven que, segun él, se hallaba léjos de Santander esperando la solucion de graves acontecimientos. El, esperando y creyendo en aquellas palabras, obedeció.

Bien pronto comprendió que los informes que al llegar le había dado Simon eran viles calumnias. Souza presentó á los ojos del jóven todos los manejos oscuros de Villart y de Simon; se había intentado corromper á una jóven, hacerla desaparecer en las redes oscuras del negocio más criminal, negocio que de un tiempo largo

venían realizando Simon y Villart. Aquella jóven era Adelina Aubé.

Los amores de ésta con Camponell eran conocidos por Villart.

Camponell era, como todos los jóvenes que pasan su vida en un buque, un soñador, un romántico; desconfiaba muchas veces de sus sueños de color de rosa; tenía siempre un brusco despertar. Sabido es que nadie cae más pronto en la desconfianza que el soñador. Camponell soñaba como un tiempo había soñado Matilde.

Un día se resolvió este asunto.

Barbeniga dijo á doña Adelina:

—Señorita, mañana llega el enamorado á bordo.

—¿Quién es ese?

—D. Gabriel Camponell.

Adelina tenía una confianza inmensa en el jóven sencillo y honrado que conoció en Marsella; era pobre, vivía de su trabajo; era bueno, le había conocido en la infancia y le amaba como á su única esperanza, como á su único ensueño, como á la única salvacion que podía encontrar en su abandono, en su terrible orfandad. Mil y mil veces leía sus cartas, que, aunque de tarde en tarde, llegaban en monton á su poder; el marino escribía siempre; cuando hallaba ocasion remitía sus cartas. El ahorraba y especulaba con sus ahorros; ella tambien tenía depositado en la caja del Monte el fondo de grandes economías y de grandes trabajos.

Hé aquí las necesidades que mútuamente se desenvuelven y por un mismo fin se satisfacen; hé aquí los sentimientos que se funden, los pensamientos que se identifican.

El amor es esto; para los hijos del trabajo, no un sueño, no una vaga aspiracion, no un delirio enfermo, sinó la vida completa.

Estas aspiraciones fundamentan el hogar, forman el nido, crean la dicha.

Si aquel jóven, aquel infortunado Camponell veía realizarse sus sueños; si la dicha hace á los dichosos los protagonistas de los acontecimientos, sólo Camponell podía ser el protagonista de esta historia. El había soñado en todo aquello. ¿Quería á su madre? Sí; pero, debemos decirlo, había perdido desde muy niño la costumbre de verla; amábala en sueños; á su hermana tambien, pero no la conocía. El, despues de todo, era el verdadero dichoso. El, aquel piloto conocido por el enamorado á bordo.

Una hermosa mañana penetró Barbeniga en su casa seguido de Souza y de Camponell.

Adelina supo aquel día todo, y aquel día comenzó su felicidad.

XVII.

PRINCIPIO DE UN IDILIO.

La casualidad había preparado todo por libertar de mil peligros á Adelina; el acaso todo lo había dispuesto en favor de ella; la dicha le estaba reservada últimamente á Camponell.

Pocos días ántes de la boda de ambos jóvenes, Souza despidióse de ellos; se volvía á Bourdeaux.

Antes de partir, en el camino que mediaba desde la casa del pescador á la estacion, informó á Barbeniga de un modo detallado de cuantos sucesos habían ocurrido.

—Sólo V. lo sabe,—dijo Souza,—sólo V. conoce mis dolores y los sucesos acaecidos.

El meditabundo Barbeniga quedó sumido en una profunda preocupacion.

Al siguiente día se realizó la boda; de todo olvidados Adelina y Gabriel, disfrutaban de su dicha; hermoso día aquél, felicidad imposible de definir, mayor aún sucediéndose á contrariedades tan dolorosas.

Barbeniga miraba aquellos afortunados jóvenes y sentía un indefinible placer.

Despues de las bodas, acompañó á los jóvenes á la estacion.

Dirigíanse á una linda casita comprada en Boó por Camponell.

Cuando Barbeniga volvió de la estacion, pensaba, recordando la despedida de Souza:

—Aquél se va léjos; de aquí á Madrid y de Madrid á Bourdeaux; no sería feliz jamas; á éstos, como están ahí cerca, volveré á verles; son felices. Aquél le conocí hace muchos años, y le pierdo tal vez por siempre; éstos los conozco no hace mucho, y segun parece han de vivir á mi lado.

¡Qué horrores, qué delicias, qué bien y qué mal mezclados; qué oscuro es el poder que mueve las cosas!

La noche era oscura; Barbeniga caminaba lentamente hacia su casa, pensativo siempre y triste.

Era tiempo de primavera.

Los insectos cantaban produciendo ese alegre ruído de cascabeles que en distintos tonos y con diversos sonidos parece anunciar al hombre la hora de la fertilidad de los campos; un sonajero de esfera metálica no produce ruído tan variado, de tanto alborozo; ès la primavera que entretiene la naciente vegetacion esplendorosa. Anuncia la ruidosa y loca prosperidad de los campos.

Este estridente y monótono estruendo le hizo mirar á unas tierras sembradas, y pensó:

—El arañon que picó á mi hijo en la mano, hizo que curara ésta doña Adelina, y que yo me viera despues mezclado en tales cosas como las pasadas. ¡Qué casualidad!

XVIII.

LA BARCA Y LA CUNA.

Llegó Barbeniga á su casa, cenó, besó á sus hijos, penetró en *el arsenal,* sacó sus botas de mar, se puso su grueso chaqueton, y luégo de haber dirigido á María algunas preguntas, se encaminó á la puerta de la cocina; iba á partir á la pesca.

—¿Te olvidas de la niña, tonto?—dijo María asombrada mostrando á Jesús uno de los rincones de la cocina.

Barbeniga hizo el gesto propio del que se enoja consigo mismo, y retrocedió.

En aquel rinconcito que María indicaba, destacábase en la semi-oscuridad un objeto; era una cuna.

Barbeniga tomó un candil, dirigióse á aquel rincon y se acercó á aquella cuna.

La niña que estaba echada en ella, era la misma que jugaba con Barbeniga la tarde que le presentamos á nuestros lectores.

Su linda cabecita aparecía histriando en pliegues la almohada con su peso; sobre la blanquísima funda se veían ésparcidos sus lindos rizos; un suave rosado teñía sus mejillas, y candorosamente cerrados sus ojos y abiertos sus lábios, respiraba y soñaba.

Por fuera de las ropas asomaba una motita roja iluminada por indecible gracia; ¿qué era aquello? Era una de las manecitas de la niña.

La cuna ofrecía una masa blanca. sobre la cual vigorosamente se pintaban las sombras en ese desarreglo gracioso que hace que los pintores llamen á lo accidentado de los pliegues caprichos del ropaje: sobre esta masa salía el rostro encantador de la niña, produciendo en los que le miraban ese momento de silencio, de éxtasis, de respeto al sueño, de adoracion al débil, de enternecimiento paternal, de entusiasmo inexplicable, que obliga á juntar las manos á las buenas mujeres del pueblo, y á exclamar como si tras aquel sueño se vislumbrara el paraíso:

—¡Angelito!

Un niño durmiendo ofrece un espectáculo más religioso que el que pueda ofrecer un Pontífice oficiando.

Aquella cosa, aquel objeto, aquella camita ligeramente apoyada en el suelo, aérea, pues al más leve contacto con ella, poníase en movimiento; sagrada, pues se la miraba como al ara de un altar, era llamada por Barbeniga la barca.

Sin saberlo había hecho un poema.

Un escritor asegura que el ave es la madre más tierna; el proceso y el misterio de la incubacion, segun este escritor, constituyen dos períodos de tal interés y de tan ardiente y continuado celo, que hace del ave la primera de las madres.

Prestar calor á su hijo á través de la cárcel calcárea

que le encierra, es de un asiduidad maternal; esperar lo que de aquel misterioso huevo brota, excita poderosamente la curiosidad y la solicitud. Sí.

Pero la mujer tiene en la cuna el huevo y el nido; la cuna es todo esto.

La mujer que cría á sus hijos, es dos veces madre; sus hijos arrancaron de sus entrañas como los hijos de otras especies, y por la lactancia les nutre, y por la crianza les forma, les presta calor, les trasmite vida, cultiva, cuida, vigila, ama, empolla.

Y como las aves en su nido y sobre su huevo, ella sobre la cuna, solícita aguarda el lento despertar de aquella existencia á la vida, y tal inquiere con su solícito é íntimo pensamiento el misterio de aquel sér, el destino de aquel alma cual jamas esperó el ave la rotura del huevo.

Aquellos dos séres que tanto se amaban, aquellos padres, María y Barbeniga, besaron á su hija y despues se besaron.

—Cuida de la barca,—dijo Barbeniga;—muévela *suavito*, *suavito*, que duerma y no se despierte... Me voy á la mar.

Barbeniga perdióse poco despues en la oscuridad caminando hacia los acantilados; desde allí silbaría á su barca, cuyo farolillo divisaba, y como no estaba mal con los guardias del resguardo, podría embarcar.

No acertaba aquel hombre rudo explicarse el estado de su ánimo; dominábale una tristeza íntima, profunda, inexplicable.

Así como algunas ténues neblinas no se hacen visibles hasta que, posadas sobre los altos montes se condensan y nublan el sol, así los sueños vagos hasta que un hecho cualquiera no les ofrece su apoyo, apénas anuncian su existencia en nosotros. Lo vemos todo

algo borrosamente, pero no tenemos conciencia de nuestra manera de ser.

Barbeniga, desde que se vió complicado en los sucesos referidos, tenía una tristeza, hallábase dominado por una melancolía que no podía explicar.

Cuando besó á su hija, le asaltó este pensamiento:

—¡Dios mio! ¿Llegará este pedacito de mi corazon á sufrir alguna vez tanto como doña Adelina? ¿Llegará á enloquecer como doña Matilde?

El hecho de contemplar la cuna fué lo que le hizo darse cuenta de su estado; sobre aquella cuna se condensaron sus pensamientos, sus melancolías, sus tristes ensueños, todo el dolor que las desgracias de otros al pasar junto á él habían depositado en su espíritu.

La reflexion se posa en los acontecimientos como la vista se fija en los objetos.

Los ojos, despues de apreciar el conjunto de una cosa, arranca de ella detalle tras detalle y verifica el análisis de la mirada, como de los accidentes de los hechos la reflexion deduce una experiencia ó una verdad.

Llegado que hubo al sitio, desde el cual pensaba llamar su barca, paróse un momento, se apoyó en la planicie perpendicular de unas altas rocas, y quedó pensativo.

El foco del faro de Cabo Mayor se agrandaba ó se achicaba, y sus intermitencias de mayor á menor grado de luz producía un mágico efecto: diríase que era un lenguaje de luz, un astro que, dilatándose y contrayéndose, hacía movimientos significativos, misteriosas señales y revelaciones.

En todo cambiante de luz, como en todo sonido, el hombre cree entender algo.

Una profunda oscuridad envolvíalo todo, oscuridad en la cual producía un maravilloso efecto el aparecer y

desaparecer del foco de Cabo Mayor. Sentíanse los golpes rudos del oleaje al chocar contra las olas, continuados despues por miles de ruídos diversos producidos por la entrada del agua en las laberínticas galerías formadas bajo el promontorio.

Esas revelaciones de la proximidad del mar, que la noche hace invisible, son aterradoras.

Barbeniga debía subir al promontorio para descubrir desde allí el farolillo de su barca, pero no acertaba á moverse de aquel lugar. Pensaba en el mundo, mejor dicho, en la tierra, como dicen los marinos: los sucesos que á su vista se habían desarrollado le aterraban.

Prefería mil veces tener que habérselas con los elementos á tener que luchar con los hombres.

Pensaba en que él, un pobre pescador, al morir, dejaría en el más completo abandono á sus pobrecitos hijos; ménos mal sus hijos, pero ¿y aquella lindísima y querida niña? Si quedaba pobre veríase tal vez expuesta á los peligros que habían rodeado á doña Adelina, y si era rica tal vez pudiera caberle la suerte de doña Matilde. Aquí hay algo muy malo que nadie quiere matar: el hambre y la ignorancia.

Los que no tienen que comer aceptan cualquier cosa; los que ignoran creen en cualquier cosa... Y los pobres ni podemos comer ni podemos aprender.

¡Oh! ¡el mundo es malo para los pobres!

¡Cómo! ¡mi hijita vendida cuando su padre no pueda alimentarla, abofeteada cuando no pueda defenderla! ¡Ah, cobardes! Cuando un hombre como yo está ausente ó no existe, os echais sobre los hijos de su corazon, como cuando el águila desaparece robais sus hijos. Apareceis vestidos como grandes señores y no valeis una hilacha de mi chaqueton.

Vale más recibir toda el agua amarga de la mar, las

agudas cuchilladas del viento, los rayos de arriba, los bamboleos de abajo que tratar con vosotros.

Luégo, en la sombra, en la soledad, aquel hombre limpió sus ojos llenos de lágrimas con su mano callosa.

—¡Hija mia!—exclamó;—quisiera primero verte ahogada.

Algunos momentos despues, Barbeniga estaba en su barca; la gente, ménos el pescador de guardia, dormían un poco, esperando viento y otras barcas.

Dulcemente se mecía la barca, y Barbeniga pensó en la cuna de su hija entónces tambien mecida por María.

Y pensó en una cosa profunda; pensó en María, cuyo pensamiento ora en la cuna, ora en la lejana barca, tal vez sufriera la más íntima tristeza. ¿Qué será de mi hija? ¿Qué será ahora de su padre? se preguntaría. Nunca se le había ocurrido pensar de este modo; la vida monótona y accidentada, la costumbre, la aptitud para aquellas terribles faenas, le habían ocultado siempre este motivo de pensar.

—¡Por algo he llamado yo barca á la cuna!—se dijo.

Y su pensamiento volvió al recuerdo de cuanto había acaecido.

Pocos marineros y pescadores igualan en perseverancia y arrojo á los cántabros; se fortifican en la montaña para luchar en el mar; despues de la gimnasia, que presta dureza y fuerza, ejercen la que da agilidad y destreza; con sus piernas robustas escalan las alturas; con sus brazos diestros vencen las olas. Su pecho no siente la fatiga en la ascension ni el cansancio en la natacion. Son los héroes de la cima y del abismo.

La inconstancia de la temperatura de las montañas es igual á la del mar; de aquí que los pescadores cántabros sean tan buenos montañeses como buenos marineros. La niebla en el mar les anuncia lluvia en la tierra;

la bruma azulada y pegada á los montes pronostica viento.

A veces no tienen más que una vereda en la montaña y un solo camino en el mar, un estrecho que la ilusion óptica borra uniendo los puntos de tierra separados.

El naufragio es un peligro que amenaza constantemente á la barca.

La barca camina al acaso.

Sobre la cuna hay tambien un misterioso acaso.

Igual peligro para la una, igual peligro para la otra.

....

Aquella noche sopló un recio viento vendabal con el cual lucharon.

¡Los vientos! Soplos del misterio para el marinero supersticioso.

La rosa determina sus direcciones; el anemómetro su velocidad; el reló su duracion; ellos impelen las nubes y velan con ellas el sol; ellos separan las aguas y abren los abismos; revuelven las arenas del desierto y sepultan las caravanas; arrancan de raíz los más gigantescos árboles y avivan el incendio; el mayor poeta de nuestro siglo les llama «los locos del abismo.»

Simoum, Chausin, Siroco, Tizon, Monzon, Pampero, Samiel, trágicos enajenados que en su vértigo empañan de sombras el cielo y trastruecan el orbe, ciegan la sima y derrumban la montaña.

Alas del negro ángel de la tormenta, la envidia del mal trastornando el universo bello, les remueve y aguija.

El indio llama al huracan «aliento de Vismí.» «La puerta del infierno se halla entreabierta,» decía Wilson cuando se preparaba á hacer frente á los vientos.

La inconstancia es la forma constante de la locura; estos terribles vientos son bufones, rugen y silban, der-

riban las fuertes torres y arrebatan vuestro sombrero, como en mofa, haciéndole girar á vuestra vista envuelto en una nube de polvo, de plumas y de hojas.

Son los mismos que, tras un día de calma, acechan al buque descuidado para deshacerle contra las rocas ó hundirle en lo profundo.

Burlones y trágicos, como el misterioso destino humano. Uno de estos vientos es el destino.

Familias enteras, á las que una fuerza maléfica impulsa, dejan vacío el hogar, abandonan las perspectivas bellas que contemplaron siempre, solitario el taller donde empezaba el trabajo de sus hijos, desamparadas las tumbas donde descansan los antepasados... y emigran. Van á merced del destino.

Revueltos, como las hojas que el viento mueve en torbellino loco, van tantos séres desgraciados; principian la vida errante, ellos ciudadanos de una gran nacion; terminan la vida de su hogar, ellos obreros que tan gran derecho tienen al descanso.

Del uno el destino se burla, al otro le aniquila, á éste le ensalza y á todos envuelve en movimiento ciego.

Huracan que nos impele ó nos repele, tan fatal como los que invierten las leyes de la estática.

Mahoma, César, Sixto V, Napoleon, Mohamet Alí, ¿qué son sinó hechuras del destino? ¿Cuán visible se hace lo que su impulso eleva? ¿Quién conoce los desdichados, los cautivos y los miserables que hunde en el cieno, que deshace y destruye?

El dorado monton yace en la era; ¿quién sabe dónde fueron las leves aristas que el viento arrebató?

El destino, como el aire, toma formas diversas, ora leve brisa ó bien huracan impetuoso.

La miseria, la codicia, la esclavitud arrebatan é impelen á lo desconocido.

Barceló decía al sentir bramar los vientos: «Bien, ya están ahí, los amarraré á la popa.»

¿Puede el hombre evitar los males que le sobrevienen, acelerar el momento de posesion del bien que espera?

¿Hay sobre nosotros vientos, predestinacion terrible, que nos impele fatalmente á un punto ya determinado?

En esto tan incompresible pensaba Barbeniga y hallóse durante toda aquella noche dominado por un extraño terror.

Veía á su cuna á merced del vaivén conque se movía su barca.

El acaso aterra al sábio y hace soñar al hombre sencillo é ignorante.

El hombre de mar ya se sabe que por su sencillez y por los contrastes que le ofrece su ruda existencia sueña más que otro alguno.

¡Cuántas visiones, qué extraordinarios fantasmas crea!

Hay el hombre rojo, demonio de las tempestades, génio que hace de las suyas en Saint-Pal-de-leon (Bretaña). Hay el Guagota terrible de Tenerife; á través de la distancia y á la indecisa luz crepuscular ó la misteriosa claridad de la luna, los peñascos son esfinges, son los oxinios minotauros y sirenas aterradoras; los marinos escoceses llaman al viento Kelby, á la tormenta Kelby, á la fatalidad Kelby. ¡Oh! Kelby es un génio malvado á quien se debe temer; se dedica á hacer el daño en aquellas costas, y es el que persigue á los barcos escoceses hasta quinientas leguas léjos de las costas.

Kobal es un diablo que muerde riendo; cuando los germanos son engañados por alguna perfidia del mar, Kobal ha abierto sus fauces para reir y morder. Cuando Kobal y el viento se asocian, se oyen en el espacio lamentos trágicos, burlones unas veces, tristísimos otras.

Los bretones y los cántabros atribuyen estos lamentos á las gritadoras que anuncian las catástrofes. Los antiguos bretones decían (1): «Cerremos las puertas; óyense las gritadoras, y la tormenta les sigue.» Los cántabros dicen: «Aullan los diablos.»

Despues del aullido de las gritadoras, se sucede el trueno que las acalla como el rugido del leon á los chacales.

La noche y la tempestad, la mañana y la calma, la mar agitada y la mar bella; todo hace soñar.

New-Hacen es un barco ideal; las ninfas se bañan en las costas, como Venus nace de la espuma.

No más; ¡quién pudiera dar cuenta exacta de tantos delirios, de tantas ilusiones, de tanta fantasía, y, por último, de todo lo que aterra al marinero!

A la mañana siguiente llegó Barbeniga á su casa; María, asustada, había orado toda la noche, meciendo á su niña.

—He tenido miedo toda la noche,—dijo María;—he estado viendo tu barca.

—Y yo nuestra cuna,—replicó Barbeniga.

Hemos procurado en el desórden de este capítulo seguir el desordenado y triste trabajo cerebral del pobre pescador.

---

(1) *Diccionario infernal.*—4. Colle de Plancy.—Traduccion española.—Barcelona, 1842.

EPÍLOGO.

En un hotelito situado en la Tete de Buch, próximo á Bourdeaux, vive un hombre de cabello encanecido, á pesar de ser jóven, delgado, pero vigoroso, siempre triste, siempre solo.

Socorre á los necesitados y estudia durante todo el día; escribe mucho y nadie sabe quién es.

Este hombre es D. Arturo Ignacio Souza.

....

De Santander á Bilbao hace la travesía un bellísimo vaporcillo que cada tres días aparece en el pico de Santoña, humeando, batiendo vigorosamente las aguas y rápido como una persona á quien sus negocios no conceden un minuto que perder. Es el vapor *Gillat*. Su capitan es el jóven piloto que se hallaba con el enamorado á bordo en *La Esperanza;* su contramaestre es Jesús Barbeniga; su propietario Gabriel Camponell.

María y sus hijos viven con doña Adelina y su marido en un precioso hotelito.

Cuando el *Gillat* llega al puerto, el capitan y el contramaestre, despues de presenciar la descarga, van al hotel, donde son esperados por el armador y su esposa, por María y sus hijos.

Uno de estos días recibieron una carta de Souza, y en ella se les comunicaba que á Bourdeaux habían llegado malas noticias referentes al estado de Matilde.

Hacía dos semanas que Gabriel no había recibido carta del director del manicomio.

Por último llegó una con sobre enlutado; era la noticia del fallecimiento de Matilde; la carta era desgarradora; escribíala Souza.

—¡Pobre hermana mía!—exclamó Gabriel llorando. —¡Infortunada hermana de mi alma!

Y Barbeniga murmuró:

—¿Por qué esta desgracia? El acaso no sabe lo que se hace.

BORRADORES.

DIABLURAS.

A MI QUERIDO AMIGO LEONCIO CID.

I.

EL DIABLO SE FUÉ.

Ya el diablo desapareció para siempre, como hijo de la fantasía acalorada que daba forma y vida al mal, á la duda, á la pasion, á la fatalidad.

Ya el diablo desapareció; bien pronto el Paraíso, ese sueño de esperanza, colmará nuestras aspiraciones.

II.

«Cayó Luzbel, es verdad;
Mas tan grande, que Dios mismo,
Por castigar su maldad,
Produjo otra inmensidad:
¡La inmensidad del abismo!»

Haz de leña, Gaspar Nuñez de Arce.

Brasas encendidas, cascadas de oro y granate precipitándose sobre las oscuras peñas del abismo, el rojo

fulgor de un inextinguible fuego, el ruído hasta el fragor, la luz del incendio, todo lo más denso, todo lo más informe, la dilatacion sin límites de las sombras, el infinito noche, la profundidad tinieblas sirven de prision al siniestro génio de la rebelion, al formidable proscrito del Paraíso, á Satán.

Del fondo del infierno se elevó sobre sus negras alas é inspiró á Milton. Luzbel se convirtió en Satanás; las alas blancas del Arcángel se cambiaron en las alas pardas del murciélago; su morvidez en angulosidad; su color rosado en negro; y allí donde más brilla la cándida altivez del hijo del cielo, donde ántes se hacía más visible el destello divino en su pura y espaciosa frente, se pintan las arrugas, nubes que indican la tempestad de las pasiones, y brotan de sus sienes dos hediondos cuernos.

El ángel toma las formas del alimaña; hay un descendimiento en esta metamorfosis; es ley divina la ley de la ascension; el gusano labra el capullo, y de él escapa convertido en mariposa: todo se embellece elevándose; la sucia raíz sustenta á la rosa como la negra ola termina bordada por un feston de espuma. Y una presciencia extraña ha hecho pensar que el espíritu parte á las alturas en raudo vuelo impulsado por el último suspiro del hombre. La ley del progreso, presente hoy y siempre en el misterio de la creacion, es hollada en contra de Lucifer: inmenso castigo para un inmenso pecado.

¿Qué convulsion volcánica turbó la serenidad de aquella angélica conciencia? ¿Qué tormenta nubló la inteligencia clara de aquel espíritu celeste? La ambicion.

Era el segundo en poder, en grandeza, en magnificencia; sinó hubiera deseado ser el primero quizá valiera más que éste. ¡Cómo! ¿estar cerca de Dios y no querer

ser Dios? Es inconcebible no teniendo la perfeccion misma de Dios.

Todo privado ha sido enemigo de su señor. Para el soberbio de un cielo la cárcel de un abismo.

Al que pretende el imperio de la luz no puede castigársele sinó dándole el dominio de la sombra.

Tal es de sublime la primera aparicion de este hijo siniestro de la fábula.

No es Prometeo en la roca, consolado por las ninfas oceánidas y prediciendo la caída de Zeus, es el sér de luz trocado en alimaña, ciego para siempre, para siempre condenado. El era una llama viva de célico esplendor; fué apagada y quedó carbonizado.

Tal es el diablo del Génesis; su primer diablura no tiene igual. Competir en lo infinito el dominio eterno de lo creado. ¡Colosal tentativa! No puede suponerse que el privado de un Dios intentase una rebelion sin que algunas probabilidades de éxito le sedujesen y engañasen.

El *quid sicut Deus* lanzado por las legiones angélicas le precipitó para siempre en el abismo.

Moisés habla de este asunto sublime que motivó el gigantesco drama cuyo teatro fué el cielo en la plenitud de la luz y el infierno en la intension de la noche, cuyos personajes titánicos combaten en el nombre del principio creador unos, en el nombre de la muerte otros, cuyo protagonista es Dios.

La ignorancia de aquellos tiempos del poeta hebreo, ¿no se escudaría tras esta tradicion? En una palabra, ¿será esta fábula manera de explicar el combate sostenido por los elementos todos en la profundidad del caos?

La desaparicion del sol, la presencia de la noche y el triunfante reaparecer del sol en el siguiente día, recuerdan tambien la titánica lucha cantada por el Génesis.

III.

> **¡Hijos de la luz, combatamos en la sombra!**
>
> ***Pereovich.***

Satán tiene en sí un infierno más terrible que el infierno en que cae: la ambicion; y sobre el fuego y las sombras eleva su voz, convoca á sus infortunados compañeros y predica contra el eterno castigo una eterna rebelion.

De entónces, el pensamiento, como el Satanás de Milton, rebelde é inquieto, se agita y mueve en la sombría ignorancia; combate eternamente por su engrandecimiento, por su glorificacion, por acercarse y confundirse en Dios.

Guerra jigante del que desconoce contra lo desconocido; espansion sublime de unas alas en lo infinito; inquirir valeroso; pregunta audaz á ese misterio que más allá del oro de las nubes y de la luz de los astros, y más bajo que la profundidad del mar y las sombras de los precipicios, hace á la inteligencia vivir en el infierno de la ignorancia.

En su principio el combate engrandece la majestad de los combatientes; del fondo de las sombras surge el grito de rebelion: «¿por qué he de vivir? Y si vivo, ¿por qué he de ignorar?»

En un mundo virginal empieza la vida de dos séres. Adan y Eva; la inocencia, ese sonambulisimo del cielo mantiene tranquilos sus espíritus, alimentándoles tan sólo con la expectacion dichosa y vaga de los contornos que forman las cosas, dejándoles gozar de la luz que les

inunda, dormida su voluntad, sin nacer todavía la inquietud activa de su alma.

Satan sale del abismo á turbar esta paz, á poner el contraste para originar la duda, á presentar el claro-oscuro, el bien y el mal, á imbuir la ambicion que en sí siente, á continuar la guerra.

El rebelde truécase en pérfido enemigo; al principio luchó, despues conspira.

Indudablemente desciende; hay un rebajamiento; de príncipe soberbio truécase en alimaña pérfida; arrástrase como los cortesanos ó los insectos; cuando ménos lo pensáis aparece y os hiere.

Es una espiral negra, brillante, escamada, que termina, de un lado, por una cabeza triangular, y de otro por una cola afilada; arróllase al árbol cuya fruta es prohibida de gustar, y ofrece la fruta, incita el deseo. ¡Negro anillo formado por la boca mordiendo la cola al aparecer á la cándida luz del Paraíso, eres el cero, el cabalístico signo de la muerte!

¡Eterna fatalidad!

No es Satanás, es el demonio; no es Luzbel, es el diablo.

El Satán blasfemo y altivo, gritando libertad en las prisiones del abismo, luchando é incitando á la lucha, es el propio espíritu humano caminando á la consecucion del progreso y agitado violentamente por esa sed insaciable de saber que enardece al hombre: tal es la primera *diablura* del diablo, segun Milton.

III.

EL DIABLO EN ACECHO.

Satanás, el rebelde titan recurre ya á los medios que emplear puede un vulgar intrigante.

El diablo no es ya Satanás, es Mefistófeles.

Va conquistando una por una las almas: despues de haber envenenado la inteligencia, va á envenenar el corazon; luégo de haber triunfado sobre el pensamiento, es indispensable que el sentimiento le pertenezca.

De aquí la intriga; de aquí el disfraz. El hombre ha de ser suyo completamente; para esto cambia de táctica en la lucha. Al hombre primero le presenta el misteria de una estrella; al hombre de la Edad Media le aparto de la meditacion y le conduce al sensualismo. En el uno señala el lado divino y le enorgullece; en el otro el instinto animal y le empequeñece.

Sigue su degradacion; de titan rebelde desciende á traidorzuelo aventurero. Hállase el diablo ya dotado de la perfidia del gato; vedle en el poema:

Un amigo alegre. ¿Puede haber mayor peligro para vuestra virtud? El pone los naipes, los dados y los vasos á vuestra vista; él os incita y ayuda en las aventuras de amor y seduccion.

Mefistófeles preséntase como jovial y peligroso camarada.

El estudiante viajero, el gracioso, alegre y chispeante bohemio, el estudiante *correton*, el estudiante de la *tuna*, que diríamos en España, el estudiante aventurero de Alemania, mitad levita, mitad soldado, que conoce los cantos religiosos y las ceremonias sacerdotales como la

esgrima y el juego; decidor, pendenciero, ingenioso y audaz; niño aún valeroso y enamorado, siempre dipuesto á jugar la vida por un nada; es el tipo que sirve de disfraz á Mefistófeles.

Puede ser frívolo, pero no perverso; nadie sospecha que tras el estudiante esté escondido el diablo, que bajo aquella jovialidad, oculto en aquella franqueza, se halla la perfidia del más antiguo y experimentado de los malvados, de Satanás mismo.

Se disfraza para encender el deséo en un sábio y precipitar en la culpa á una doncella. Fausto sacrificô su juventud al estudio. En forma de vagos ensueños siente su alma la inquietud del deseo cuando la nieve de los años cubre su cabeza y cuando la proximidad de su fin le sumerge en la meditacion: él tiene derecho á una aurora de que no ha gozado; su corazon ha debido amar, y lo conoce cuando la senectud, ese invierno de la vida, y el desengaño, esa vejez del alma, le conduce á la muerte.

Mefistófeles le presta juventud, Mefistófeles le ayuda, Mefistófeles se vale de Fausto para tronchar la azucena, para manchar el armiño.

Toda la perfidia que guarda el abismo desatada contra una virginal criatura, contra una aldeana sencilla, contra una mujer que aún es niña.

Satanás ha descendido: cuando inquietaba con el misterio era terrible, pero grande su tentacion: ahora es baja su malicía.

El huracan troncha despiadadamente la flor; la oruga la envènena con su baba.

Se disfraza para perturbar la paz en el alma de un viejo y mancillar el alma de una niña.

Y para esto deja su imperio de las sombras, deja su trono de fuego, deja sus legiones negras, se disfraza y maquina una intriga, medita un plan.

¡Cuánto ha descendido desde Lucifer á Mefistófeles, desde el Satanás de Milton al diablo de Gœhtte!

El génio oscuro de la rebelion de que habla el Génesis ha llegado á ser en la Edad Media un tentador repugnante.

Este tentador, ¿no es el deseo como fué la duda? Fuego vivo que abrasa las venas; inquietud íntima que impulsa y arrastra con la celeridad de la pasion. Promete á Margarita, vision dulce que los ojos ven en la primavera de la vida, sueño de juventud... ilusion deseada...

IV.

EL DIABLO INGENIERO.

El combate en la region de la inteligencia, la lucha en la profundidad del corazon: estas son las dos diabluras del diablo.

Trátase ahora de la actividad.

He aquí un testimonio trasmitido por la tradicion.

En una aldea aparece un hombre cargado de objetos extraños; los sencillos campesinos le rodean llenos de curiosidad, y el extranjero les muestra los objetos que la suscitan; son unas cajas, dentro de las cuales se oye un ruído singular, de las que pende un disco en perpétuo movimiento, sin que pueda explicarse ni este ruído ni este movimiento: aquellas cosas miden el tiempo, son relojes.

¿Cómo es posible que se verifique, sin la intervencion directa del hombre, todo lo que dentro de esas cajas sucede? Aquello es diabólico, aquello es horrible... ¡Qué

sospecha! Y el que las trae, ¿quién será? No puede por ménos: es el diablo mismo.

El diablo relojero; el diablo, que bajo su brazo trae papeles con dibujos y caractéres misteriosos; el diablo, que ofrece ese secreto, la industria para hacer esa diablura: la máquina.

El pensamiento, el deseo, la actividad son los tres resortes que el diablo toca para la consecucion de su siniestro propósito.

El relojero diablo sufre los ataques de la supersticion, y por fin vence; en la mente del aldeano desenvuélvense facultades extrañas; pronto comprende las líneas y los caractéres de los planos; pronto observa y medita; pronto triunfa su razon y completa orgulloso su construcion primera, su reloj, la inocente máquina que da la medida del tiempo.

El aldeano trabaja como el diablo.

Lucha grande, por la que el más indefenso y débil de los séres, elevado sobre los deliniamientos oscuros de la materia, lanza en derredor la luz que despide su frente, domina y subyuga cuanto le rodea.

Encadena los elementos todos, surca los mares al soplo de los vientos, toma de los astros el hilo que le descubre los secretos caminos del laberinto que habita, da á su pensamiento por esclavo el rayo.

No es eterno; pero el monumento es su huella indeleble, el libro su alma inmortal, la fotografía su sombra perpetuada, el fonógrafo el eco de su voz. La sombra separada del cuerpo, el eco respondiendo siglos despues de haberse producido el sonido.

La actividad, ¡qué prodigios! Los portentos que el cielo realizaba á los ojos del hombre, los milagros, tienen un secreto que el diablo descubre.

Así como para ir á la comprension del grandioso mis-

terio descubre el camino del libre pensamiento, para llegar á dominar el prodigio descubre la senda anchurosa de la ciencia.

Última diablura del diablo.

En la lucha el hombre es más diablo aún.

V.

¡POR FIN!

Los dioses se van.—¡Bueno!

Cierran las nubes; un loco huracan agita el ramaje y hace bambolear los gallardos árboles; apáganse los astros velados por la sombra; siéntese dolorido el corazon; ninguna esperanza halaga; ninguna promision habrá al termino del martirio. ¿Qué sucede? ¡Los dioses se van!

Lloran los poetas. Si el cristianismo derrumbó los ídolos, la idolatría no acaba, y la gigante evolucion de los siglos presenta un gran momento; todos, absolutamente todos los dioses se van.

¡Oh qué dolor! ¡Cuánto lloran por esto los poetas descreídos; ellos colocan en música el grito de angustia de la imbecilidad humana; ellos cantan en la tierra el vacío del cielo! La realidad no es bella, los aspectos sensibles no deducen, el derecho determinado, la vida, la ciencia venciendo la muerte, el trabajo realizando el progreso, el amor realizando el paraíso; ¿qué és esto? Al lado de Baco, borracho, desnudo y montado sobre una cuba, al lado de Roque, el protector de los apestados, al lado de Anton, protector de las bestias.

¡Ah! Lloran sin motivo: los falsos dioses se han ido, pero Dios no; el hombre-Dios, el Dios-hombre sobre el mundo como sobre un pedestal vedle erguido; el rayo de Júpiter en sus manos, el hélice por tridente, la imprenta por culto.

¡El padece todavía un martirio; El tambien llora por una redencion!

¡Asume en sí todos los martirios, circúndale toda la gloria! Su reino quizá no sea de este mundo, es decir, de estos tiempos.

Llorad si queréis, llorad los falsos dioses, llorad al diablo; la ignorancia, la duda, el temor, el deseo; todo esto ha sido el negro príncipe de las tinieblas.

Por fin se fué; llorad, ¡oh poetas de sacristía!

En este trabajo, desigual, espontáneo, diabólico, queda un último panegírico al señor de las tinieblas. En tanto que por la ignorancia fué desconocido el gran secreto de los primeros días del mundo, tú representaste el mal; en tanto la filosofía no señaló el libre vuelo de la razon, tú representaste la duda; en tanto el deseo no fué armónicamente educado por el arte, tú fuiste la fatalidad de la pasion, y en tanto que la actividad humana no realizó su primer victoria, tú fuiste el obstáculo.

La alquimia, la cábala, la astrología te acompañen en el perpétuo olvido.

La civilizacion ha sido el más poderoso exorcismo. *¡Fúgite!*

¡Reíos, hermanos!

No tardará el día, cuya aurora se anuncia, en que exista una intensa luz presente en el espacio, un nuevo sol, la verdad que vivifique todos los corazones, encendido en el amor.

La igualdad, ese imposible de hoy; la libertad, ese sueño; la fraternidad, esa utopia, serán escritas en un

código para todos los pueblos; vivirán los niños amparados por el derecho, las mujeres engrandecidas por la educacion, el hombre glorificado por el trabajo; y en tanto, y miéntras los ojos sólo entreven la grandeza del luminoso porvenir, miremos la arbitrariedad, la duda, la tiranía, como otros tantos demonios que asoman en el abismo de la ignorancia.

No otra cosa ha sido el diablo sinó la personificacion de nuestros males, el hombre luchando con el misterio; llamó á su duda Satanás, á su torpe pasion Mefistófeles; ve el diablo á sus piés, y le llamó ignorancia.

Al hombre de la fatalidad sucederá el hombre regenerado, el hombre que ha de tomar posesion del paraíso prometido, el hombre del progreso, en fin, el hombre ascendiendo por los aires por medio del globo, como el arcángel de las fábulas por medio de sus alas, el hombre caminando sobre las aguas por medio del traje impermeable de Boyton, como Jesús ó Elías con sus túnicas, el hombre cambiando la forma de la tierra, perforando los montes, rompiendo los istmos, realizando las aspiraciones todas de su voluntad.

Y miéntras por la filosofía se acerca á descubrir el misterio de su destino, por la política entra á disfrutar de los goces de la sociabilidad y por las ciencias corona sus sienes con la diadema del rey de lo creado.

PINTORIN Y GORGORITO.

A MARIETITA.

I.

Un librote majestuoso que pierde el equilibrio es cosa trágica.—*Victor Hugo*.

¿Qué cantas? ¿Qué parloteas ahí en tu lengua? ¿Por qué mueves á un lado y otro tu cabecita como los pájaros prisioneros cuando á través de las rejas miran al cielo y adoran al sol?

¡Irreverente! En vez de contestarme, cubres con un sombrero el venerable busto de Cervantes. ¡El efecto! ¡Buscabas el efecto, y, verdaderamente, cualquiera diría que en esa cabeza de yeso va á aparecer una sonrisa.

¿Podré detenerte, diablillo? ¡Adios! ya te apoderas de la cajita de obleas y las esparces por el suelo.

¿Buscabas otro efecto? Lindo es, en verdad, para tí; ese cuadro de alfombra está lleno de florecillas rojas, blancas y azules.

Imposible; no hay modo de llamarte al órden. ¡Cataplum! al suelo Platon, Rousseau, Santa Teresa, Caba-

nis, Voltaire, de Maistre, Darwin y Augusto Nicolás. ¡Querube hermoso, que das al traste con la torre de Babel de los sistemas humanos, hé ahí los grandes libros por el suelo, y tú te ríes! Otro efecto.

Marietita, eres una artista.

Me miras con tus brillantes ojos.

—¿*Ista* has dicho? Sí, una artista.

Esto no lo comprendes hoy, revolucionaria irreducible; pero voy á escribírtelo: hay correo para las distancias, y le hay para el tiempo; fechado esto hoy, que tiene V. cuatro años, lo recibirá V. cuando llegue á los diez.

¡Oh temible niña, ruidosa, vivaracha, encantadora, capitana de todo lo que importuna, de las moscas que zumban, de los pájaros que cantan, de los roedores que destruyen! Mi pensamiento, que apartas del frío estudio, es seducido por tus encantos. Voime contigo al paraíso de tu sonambulismo. ¡Todo esto que has derribado es fúnebre; compónese en gran parte de sueños tétricos; es el trabajo de existencias condenadas á la pesadilla de un combate grande, pero doloroso!

Tú eres algo más. Ven á mis brazos, revolotea, charla, envuélveme en el aire que agitan tus invisibles alas; atúrdeme con tus cantos, importúname con tu eterno preguntar; ven aquí, donde brillen tus cabellos al sol.

—*¿Y qué el sol?*

—¿Qué?

—*¿Qué el sol?*

—¡Ah! te entiendo; ese monísimo índice que señala el cielo, acaba de hacerme comprender; preguntas ¿qué es el sol?

¡Oh Dios! ¡y cómo la contestó!

II.

> **Un pájaro volando sobre el mar es el más bello de los contrastes que puede ofrecer la naturaleza. ¡Qué cosa tan inmensa! ¡Qué cosa tan pequeña! El uno tiene sus olas, el otro tiene sus alas; el uno brama y ruge, el otro pía y gorgea.—*Ortega Munilla.***

Marietita: yo tengo dos amigos, míralos: Pintorin y Gorgorito; ahí están en sus jaulas.

Pintorin alisa sus plumas con su pico de oro; vuelta su cabecita remueve las de sus alas, despues óyese el raspar del pico sobre el palo, luégo se perciben sus rápidos saltos, ya en este palo ya en el otro, ora columpiándose voluptuosamente en la argolla, ora comiendo en la bandeja ó chapuzándose en el vaso. Su movilidad es tan ruidosa como el repiqueteo de un disco telegráfico.

Gorgorito contempla de vez en cuando el sol; parece que quiere salirse de su cárcel segun lo que se aproxima á la parte de la jaula que da al jardin; su cabecita mira al cielo describiendo rápidamente una curva en su movimiento; ha pasado un pájaro libre, velocísimo, sobre su jaula; quizá le haya mirado con igual tristeza á la que siente una niña que tras los cristales, encerradita en casa, ve otras niñas allá en el prado jugando al corro.

Gorgorito, más juicioso, espónjase al sol, agita sus alas, mira al cielo y canta, en tanto los groseros gorriones, procaces y atrevidos, picotean en lo saliente de la bandeja el alpiste y los cañamones del artista.

Pintorin se ha criado en casa, mírale; no ha visto otra

cosa que su jaula; es un comodon, come, se arregla, toma su baño, canta un poquito, duérmese temprano; en fin, á no ser tan amigo de saltar, sería el pájaro más formalote de la tierra. Si le preguntaran á él para qué quiere las alas, no sabría responder.

Pero ¡ay! la mañana es hermosa, el sol va mandando sus rayos primero á las bohardillas de enfrente, luégo refleja en los cristales, por último extiende su luz por los cuadros del jardin. Gorgorito pía, preludia, suelta algunas notas, tal vez para probar su voz, y, por último, canta desatinado agitando vivamente su garganta y su pico y fijando sus ojos de granate en el hermoso cielo azul.

Gorgorito goza breve tiempo de alegría; entristéeese, no come apénas, y del silencio más melancólico vuelve al canto más alborozado y locuaz. Gorgorito no es feliz.

No, Marietita, no lo es; fué infamemente robado por un aturdido muchachuelo que le vendió al primer comprador que halló; ántes, Gorgorito, ¡quién sabe! tal vez gozara de una vida tan placentera, de una paz tan dulce, de una libertad tan envidiable...

Mírale; ha nacido para más que para cantar; con sus largas alas cruzaría el espacio.

Pintorin es un egoista, un holgazan; duerme, come, salta y nada ambiciona.

Gorgorito es el enamorado del sol.

Dios mío, ¿qué veo? la jaula vacía. Cierto.

Gorgorito estaba en su cárcel; ahora le mirábamos, y de pronto, en un subir y bajar de cabeza mío, en tanto dejaba de mirarle para mirarte, ha desaparecido.

Un relámpago, un suspiro, el rápido escintilar de un astro, el fugaz aparecer del pensamiento, podrían tan sólo compararse á la pronta desaparicion de nuestro amigo.

Nada se ve; pequeño, ocultaríase tras el lomo de un canal de los tejados de enfrente; ligero, puede alejarse leguas y leguas en un abrir y cerrar de ojos.

¡Ah! mírale, es aquel, sí, está aturdido, quizá se arrepienta, quizá vacile, quizá nos ame; mas no, vuela, vuela allá, se hace imperceptible. ¿Qué mirada puede perseguir ese puntito que se disipa y desaparece?

Allá va, bajo el dilatado cielo azul; agitando incansable sus leves alas, corta veloz los aires, atraviesa por cima de los campos, por cima de la tierra accidentada, de secos arbustos y ásperos pedregales, por la llanura rasgada de surcos de labor, y sobre los cuadros de heredades cuya diversidad de dibujo y diversidad de color recuerdan la capa remendada de un pobre.

Pasa hasta sobre las montañas más altas; vuela pertinaz, enardecido, léjos, muy léjos, por cima de campos, ríos, montes, cascadas, aldeas, ciudades, bosques y llanuras.

Mas, ¿qué es aquello? Una llanura sin fin, una franja azulada, ancha, una planicie inmensa. El mar.

¡Qué importa! El pajarillo vuela bajo la extension de los cielos, sobre la extension de los mares; aquel sér tan pequeñito, tan imperceptible, atrévese á volar y vuela.

La sombra cae; parece que el cielo y la mar se juntan. ¿Qué será del pobre pajarillo?

III.

> Para subir de frente á aquella altura inaccesible es preciso ser alado.—*El Abate Casti.*

¿Ves, Marietita mía? ¿Quién puede seguir á Gorgorito?

Los pájaros no se han hecho para la jaula; apénas si

el nido les puede sujetar; los pájaros, como los niños de los pobres, apénas empiezan á vivir cuando se ven abandonados á sí mismos. La casa del pobre, como el nido del pájaro, tiene un fondo estrecho y una abertura ancha; los hijos de éste vuelan por el espacio, los hijos de aquél escapan á la ventura; la cuna se vierte en el tugurio, y el hogar en la calle. ¡Ah, si el pobre tuviera alas!

Gorgorito, ademas, tenía una aspiracion altísima: volar al sol. ¿Ves esta torre de libros que has derribado? Pues todos los que han escrito estos libros han tenido igual ambicion que Gorgorito, la misma ambicion que tú. Interrogar es querer volar.

Sí, volar; Marietita mía, déjame que arregle tus rizos de oro, y descubra tu blanquísima sien, y te bese; tu audaz pregunta me ha parecido un abrir de alas, tu despierta curiosidad, ¡quién sabe á dónde ha de conducirte! Léjos, muy léjos, alto, muy alto, sin fatigarte jamas.

....

En el áspero y abrupto promontorio de peñascos, en la punta á que no puede subir nadie, me figuro descubrir á Gorgorito; allí reposa no de su largo vuelo, tal vez de la emocion que le produce su huída; allá está en lo más alto.

Lo más cerca posible del sol.

¡Oh audacia de las alas!

Tú podrás elevarte más.

¡Oh potencia del pensamiento, altivo inquirir, curiosidad inaudita, augusta potestad!

Madrid, Diciembre, 1881.

EL MANIFLAUTISTA.

A MI QUERIDO AMIGO ANASTASIO CRESPO.

I.

«Un distinguido artista español, á quien los azares de la vida errante llevaron á Lisboa, donde encontró insuperables obstáculos y terribles pruebas, decía:

—El portugués es un hombre que habla como un andaluz y piensa como un gallego.

Dictada esta definicion, más por la inspiracion que por la verdad de un lento, frío y detenido modo de observar, fúndase en la semejanza que el portugués tiene, por el calor de su fantasía meridional, por sus hipérboles y por la excesiva ampulosidad de su frase con el andaluz, y en la semejanza que el acento portugués tiene con el dialecto gallego.

Y á nosotros, este dicho de Crespo, nos revela el poco conocimiento que de Portugal, ese pueblo hermano, tenemos en España.

Puede asemejarse al andaluz; pero no es el idioma de Camoens el dialecto gallego.

Por el idioma portugués ha pasado la poderosa volun-

tad de grandes génios; es más vigoroso y más dulce, si bien es tan *gracioso* y participa de igual lirismo (1) que el referido dialecto.

¿Creéis que los portugueses exageran? Pues ahí teneis á Alves de Silva, del cual aún no han dicho lo bastante.

Alves de Silva es un génio; lo ha revelado por sus manos.

II.

La mano es una segunda fisonomía y una facultad más.

Nos sirve para la expresion y nos es en gran manera necesaria para la accion; esas dos consecuencias de la vida, esos dos resultados del sentimiento en sus vibraciones y de la voluntad en su determinacion.

La mano es el medio del trabajo y el medio del delito.

La mano bendice y siembra, la mano hiere y roba; con ella aplaudimos, y así como el aleteo manifiesta la alegría de las aves, el palmoteo es la señal de nuestro entusiasmo; el índice del sabio se extiende denunciando un astro en el espacio y un dios tras ese espacio; el índice del tirano levanta un cadalso y domeña un pueblo.

Besamos la mano del padre, estrechamos la del amigo, nos encadenamos á la de la esposa, y en la última hora la posamos, como Jacob, sobre la cabeza de nuestros hijos.

Juntas para orar nos elevamos á Dios, separadas para

(1) Entendemos aquí por lirismo su tono armónico, su acento musical.

abrazar amamos á nuestros hermanos y acogemos á nuestros enemigos.

Ella es la que por el trabajo rinde la dura materia á nuestra voluntad.

Jehová aparece en el espacio retenido por querubes; el índice de Dios se extiende hasta el hombre; éste, tendido en la tierra, acaba de separar su mano de la del Creador.

Tal es la creacion del hombre, segun Miguel Angel.

La mano labra, escribe, pinta, esculpe.

Vierte el colorido en la paleta é ilumina y presta vida, arranca de un instrumento los sonidos y extasía y conmueve.

Ofrece al pensamiento el signo y la imágen, y al sentimiento el ritmo y la nota.

Para el trabajo la herramienta y el instrumento le son necesarios.

En el taller adquiere su automatismo, verifica su educacion.

Pero á veces la mano se basta á sí misma.

Si dudais de Robinson en la isla, ahí teneis á Alves de Silva en el mayor aislamiento, en la orfandad.

¿Quién le ha educado? Nadie.

¿Qué hace? Junta sus manos como en la oracion ó en la súplica, acerca á ellas sus labios, deposita en ellas un suspiro y arranca de sus manos los sonidos dulcísimos de una flauta.

Mejores, más ligados, más vibrantes que los de una flauta.

Pan, soplaba en las cañas.

Pico, en un pito hecho con un corta-plumas.

Los ocarinistas en un tubo hecho de barro.

Alves de Silva es superior al dios de la fábula, al celebrado ciego y á los aplaudidos ocarinistas.

Toca con las manos.

¿Quién, al oirle, no mueve las suyas? Ya que nuestras manos no sean tan hábiles, deben, por lo ménos, ser justas.

La mano que une al pobre que implora y al rico que socorre, ¿no ha de unir al artista que sabe conmover y al público que sabe sentir?

Dos manos enlazadas han sido el signo más elocuente y profundo de fraternidad humana. Ademas, Alves de Silva hace en el arte una obra completamente nueva.

Une á Charon con Wagner, como si dijéramos, á De Maistre y á Cabanis.

Charon quiere que la melodía y la armonía se produzcan sin necesidad de instrumentacion alguna.

Wagner encargaría instrumentos de música á Chassepot y á Amstrong.

Alves de Silva complace á Charon y Wagner; sin instrumento toca un instrumento. ¿Quién triunfa aquí? El niño abandonado, el niño de la calle, el pilluelo que de un silbido estridente ha hecho una cosa verdaderamente original: una flauta.

III.

Alves de Silva ha vivido más en Oporto que en Lisboa.

Escuchó á Camoens y celebró á Bocage.

Al gran poeta épico y al gran poeta satírico.

Tiene terremotos frecuentes, como una dama tiene movimientos nerviosos.

Alguno de éstos ha sido terrible; pero ella se repone pronto, vuelve á embellecerse.

Apénas cubren sus calles las ruínas, cuando aparece trasformada.

¡Oh, bella Lisboa, *ciudad das minhas saudades!*

Ciudad de póetas, de alta y poderosa fuerza intelectual, eres generosa aventurera como nuestro pobre hidalgo manchego.

Oporto es Sancho; Oporto es el mercachifle; más que el comerciante, vive para ganar el *vinten*... Arte, poesía, inspiracion... palabras vanas.

El interés nada más.

Si navega, llega á Lisboa ó Vigo; si intenta explorar, no pasa de Entroncamento; anda poco; en cuanto á volar... inútil propósito.

Es como los patos.

Alves de Silva es portuense, y nadie es profeta en su patria, y mucho ménos si esta patria es Oporto.

En Lisboa Alves de Silva produjo un extraordinario entusiasmo; en Oporto perdió cuanto había ganado.

En España se metió las manos en los bolsillos y se fué con la música á otra parte.

¡Pobre bohemio!

Tal es lo que se nos ocurre decir de Alves de Silva, el *garatonhio* portuense que del silbido de la plazuela ha hecho un medio de alcanzar nombre y gloria.

En cuanto al dinero, diremos que luégo de haber tocado se frota las manos; pero no es de satisfaccion las más de las veces... sinó de frío.»

....

Esto lo hemos arrancado de nuestra cartera de viajes.

Lisboa, 1876.

EL VIEJO PALACIO.

A mis queridos hermanos

ETIENIETTE, NAGOT Y A. DAMIANI.

I.

Hay un período en toda revolucion, por el que las cosas más respetables y venerandas, las más firmemente dispuestas y más reciamente afirmadas, sufren violentos y rudos embates.

Así como en el otoño mírase la tierra cubierta de los despojos y los restos de una espléndida vegetacion y á impulso del viento vuelan las hojas secas desnudando al árbol, así desaparecen las ideas dejando al corazon en la desnudez del escepticismo; preséntase el cielo, ántes azul, de un color plomizo; desaparece el verdor de los prados y vénse en el llano las últimas flores y en las alturas las primeras nieves, como en las sociedades desaparecen las ilusiones del pueblo y comienza la fria indiferencia de los sabios.

Mas hay otro período en la naturaleza igual al que se estudia en las revoluciones; todo cambia, se inicia una nueva vida; los botones se rompen y despliegan sus

corolas las flores, cúbrese de verdor el bosque, reprodúcense en breve tiempo los días primeros del mundo.

A los escépticos de ayer suceden en las revoluciones los creyentes en el mañana; aparecen nuevos ideales, se alzan altares á nuevos dioses y parece que los pueblos renacen á la vida del pensamiento y de la fé.

II.

Una gran sorpresa nos condujo á las reflexiones más graves.

El suceso es sencillo por su manera de producirse, grande por las consideraciones que sugiere.

Hay en A. (ciudad monacal y feudal) un viejo palacio que pertenece á los duques de M., sombrío, extenso, imponente.

Nada más severo, nada más terrible que aquel palacio; en su parte superior hallábase toda la riqueza de los dominadores, en su parte baja se encontraban subterráneos oscuros, que tanto podían servir de graneros como de prisiones.

La crueldad y la voracidad del feudalismo se recordaban con terror al mirar al viejo edificio.

Una anciana ilustre, la generala C. y sus dos hijas, llegaron á la ciudad á veranear y ocuparon este palacio galantemente ofrecido á las forasteras por su primo el duque de M.

La generala no podía soportar el verano en la córte, y sus hijas querían, en la libertad que se goza en las pequeñas poblaciones, hallar un descanso al trabajo que les prescribía la institutriz y á las molestias de la etiqueta.

Dedicarse á un frío y ordenado estudio; aguardar la hora que se dedica al piano; recogerse un tiempo determinado para estudiar la acuarela; dedicar diariamente algunos momentos á la lectura de los autores italianos y franceses; vivir en el órden siguiendo los preceptos de la profesora certificada por la medida del reló, es insoportable para mujeres que no han llegado á los veinte años.

Todas estas tareas solicitan un descanso: las vacaciones.

Mirar ante la vista extenderse un dilatado campo, vivir bajo un cielo azulado y purísimo, sentir en los pulmones el aire poderoso que el sol enardece y las brisas templan, ver de día el suelo matizado por las flores y de noche el cielo en toda su mágica riqueza y su severa majestad, recordar entónces á Tasso, repetir á Dante, hablar por Ariosto, unir al canto de los pájaros el canto de los inspirados, recogerse bajo la sombra de un árbol á leer á ese gran novelista, Dikenss, á ese gran poeta Thompnon, disponer los lápices para copiar en el pequeño álbum el lugar que nos encanta, sin esperar la llegada de un importuno, sin temer la acometida de una lisonja ó de una falsedad de salon, pensar libremente, sentir libremente, todo esto es necesario á las almas de esas mujeres, que son niñas todavía; todo esto había llevado á A. á la referida familia aristocrática.

Pertenecía á la más culta, á la más selecta sociedad; lo que constituye la parte principal de la educacion había formado sus almas; lo que adorna y completa una enseñanza distinguía sus personas.

Desde su llegada cambió de fisonomía el viejo palacio inhabitado.

Sus ventanas, ántes cerradas, se abrieron.

Y nosotros, que ántes le habíamos contemplado po-

seídos de terrror, le miramos llenos de admiracion y reflexionamos gravemente.

Convirtieron el salon de armas en estudio de pintura; otro salon contíguo en salon de baile; en la sala principal habían colgado una hamaca, colocaron tiestos y flores en los balcones, jaulas con pájaros en las ventanas. Era, mirado desde afuera el venerable edificio, un viejo loco.

«Los aspectos de las cosas son pensamientos de Dios,» ha dicho Víctor Hugo; «las cosas sin las ideas serían geroglíficos sin intérpretes,» añade Castelar.

El poderoso cambio que se opera en nuestros tiempos, la gigante evolucion que se determina en el fondo y en la superficie de las sociedades presentes, leíanse en el aspecto extraño que por entónces ofreció el viejo palacio.

Su silencioso aspecto contrastaba poderosamente con los sonidos del piano que de vez en cuando salían de sus severos salones.

El sonido de la trompeta que precedía á la salida del señor, y que al mirar el palacio parecía esperarse oir todavía, era sustituído por las alegres sonatas del piano, por los juguetes Chopin, por los voluptuosos walses de Straus, por la genial opereta francesa.

El palacio *chocheaba*. Coronado de flores parecía entregarse á una pueril locuacidad de que no tenía conciencia, pues aunque por sus bocas, aunque por sus ventanas dejaba el mónstruo salir acentos angélicos, sonidos dulcísimos, las viejas paredes conservaban su austero ceño.

La militar severidad, la ruda grandeza que los tiempos del monarquismo y del feudalismo habían dado al palacio de los duques de M., se veían profanadas por la inocente jovialidad, por los gustos aristocráticos de dos niñas.

Nosotros, que presenciamos esto, pensamos:

Antes el bardo mandaba su canto al pié del palacio y del castillo, siendo apénas escuchado por la jóven señora que en el fondo de su guardado gabinete, al sentir aquel acento vibrar en su alma, sentía el temblor de la conciencia y el miedo á esa sombra siniestra de que la leyenda nos habla: la dueña.

El arte imploraba á la puerta de los señores; hoy son artistas los señores; el mercenario Ariosto, el protegido Cervantes, el socorrido Salvator Rosa son hoy ídolos, dioses lares: sus bustos presiden las salas más lujosas de los señores.

Tal profanacion se verificó en el viejo palacio de los duques de M., cerrado por tanto tiempo, mudo por tanto tiempo; en su vejez extrema había sido invadido por los jóvenes; sus ruínas serán pronto veneradas por los pájaros; los sitios que el hombre abandona son poblados por éstos, rasgo de piedad que les semeja una vez más á los ángeles.

III.

El palacio erigido por el poder para la esclavitud, convertido en mansion de libertad, en templo del arte.

Y no era aquello una invasion brutal, no era la fuerza del esclavo oponiéndose á la fuerza del señor, no era un palacio invadido por las turbas; era algo más.

Lo diremos; el viejo palacio había sido invadido por una falange profundamente revolucionaria y más temible que las turbas de esclavos: la buena sociedad.

La fuerza de las ideas, poderosa y creadora, cambia de un modo misterioso la manera de ser de las sociedades.

IV.

¡Hermosos tiempos que alcanzamos!

¡Primavera de la revolucion, día que has seguido á la muerte de otra fé y otros ideales, y al invierno de la más aterradora indiferencia, tú presentas los cielos teñidos por el carmin de una luminosa y dulce aurora, llenas el suelo de nueva belleza y tesoros preciosos, y lo mismo el hondo valle vístese de flores, que los lugares inaccesibles y elevados hasta hoy, region de las nieves y de los horrores.

A la accion dulce, benéfica y poderosa de la luz, todo cambia y se renueva, modifícase y perfecciona.

CARTA AL SEÑOR ZIG ZAG MI HIJO.

Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada.—D. Quijote á Sancho. Capítulo XLII. Part. 2.ª

Amigo Zig Zag:

El Señor le depare tan buena ventura como deseo, y no ha de ser ésta segun sus merecimientos, porque á corta porcion había de tocarle entónces, sinó en conformidad con sus debilidades que han de provocar piedad y llamar la compasion en los ánimos; únicos dones que puede solicitar el que, como vuestra merced, es engendro de un cerebro estrecho y turbado.

A la fuerza de las cosas debe vuesa merced algo más de lo que imagina, que á no ser por ella nunca mi cerebro se hubiera visto con manía de escritos y tocado de locura de letras; mas ello es así; que en los tiempos por

que corremos, tales y tantos pensamientos se cuelan, áun en los ménos capacitados, que han de encontrar léngo salida, si no queman el cerebro ó le hacen estallar á modo de granada que se inflama.

Por cierto ó por dudoso sendero, vuesa merced tiene á su padre hace tiempo amando la libertad, que es cosa muy principal, y debe tenerse entre las cualidades más dignas y nobilísimas, luchando por la igualdad, ley que debe regir á los hombres en todo y por todo, y deseando la fraternidad, virtud tan exquisita que de suyo se alaba con sólo que labios humanos la nombren. A esta religion debe vuesa merced ser libre sin más acá ni más allá, ni haber puesto en vos sinó desaciertos, ni haber hecho otra cosa que dejaros hacer.

Vaya con Dios, y viva con esa mala prosa y esas poquitas, pero malas coplas.

A propósito.

De lo que lleva vuesa merced, que pudiera llamarse verso, no le dé por Dios tal nombre, pues al vaciar la cartera salieron esos malos ensayos que no ha sido posible retirar, y ahí se quedan para escarmiento de pícaros y vergüenza mía.

No me ha dado por hacer versos, y ménos en estos tiempos en que los poetas véndense al *escepticismo jesuítico,* quiero decir, á ese escepticismo que niega las excelencias del presente y suspira por la cogulla.

Y si negare esto, ¿qué he de decirle? si el mismo Cervantes me sale al paso muy lleno de ingenio y no falto de claridad. Óyelo, que si por abultamiento de palabras se creyere exagerado cuanto á la venalidad de algunos poetas de buen entendimiento y cultivadores de las letras he dicho, el sereno juício del príncipe de nuestra literatura ya en su tiempo conoció todo esto cuando dijo en la *Gitanilla:*

«Hay poetas que se acomodan con gitanos y les venden sus obras, como los hay para ciegos y les fingen milagros y van á la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo, y esto, ó el hambre tal vez, hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa.»

Sólo me falta decirle que impreso, como si dijéramos vestido, se halla vuesa merced en papel tan elegante que, no siendo algun devocionario, bien puede decirse que no habrá libro más inútil en papel tan bueno, y puede vuesa merced creer que no me quedan ni otra sentencia ni otra verdad contrarias en el cuerpo.

Salga, pues, al mundo, y no se engría, que, á manera de vuesa merced, salen otros y quedan á carros todos los días en las tiendas de ultramarinos; no olvide que está confeccionado de partes muy desiguales, dispuestas en *Zig Zag,* como bien á las claras denuncia su propio nombre.

Tenga en cuenta que los discretos no juzgan al hombre por el atavío, ni al libro por el forro, y sea comedido y declare modestamente su humildísimo orígen.

El padre de vuesa merced ha trabajado mucho, sin seguir tras las faldillas de personaje alguno, ni quitar motas á celebridad, ni á hacer genuflexiones, sin tener amigo presbítero, ni protector palaciego, y así le ha ido, que viene trabajando sin provecho, ¡Dios sabe cuánto tiempo!

Compónese vuestra merced, como si dijéramos, de deshechos de ropas que ántes usó el padre en periódicos y revistas, y es vuesa merced hijo por el cual un padre se despide de la edad primera y se propone enmienda y juício.

De todo lo viejo hace vuestro padre almoneda.

Dios libre á vuesa merced de tenderos como á mí de críticos, y todos vivamos en santa paz y en buena sa-

lud; y esto lo digo por si acaso hay paz que no sea santa, ó salud que no sea buena.

Ahora, concluyendo académicamente, le diré:

VALE.

P. D.—Olvide, amado hijo, una declaracion de Proudhon que puedo hacer mía.

«Gran placer tendré en saber el camino que he recorrido y las veces que he tropezado. Léjos de avergonzarme de tantas caídas, estoy casi tentado á vanagloriarme de ellas y á medir mi bravura por el número de mis contusiones.»

FIN.

INDICE.

ARTÍCULOS Y CUENTOS.

BORRADORES.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
191	16	primera.	postrera.
177	3	gradacion.	degradacion.
177	16	creerían.	se creería.
284	24	Escuchó.	Lisboa escuchó.

Muchas hay que el buen sentido del lector sabrá corregir; aquí sólo hemos apuntado éstas, advirtiendo que la precipitacion con que nos hemos visto obligados á terminar la impresion del libro, produce tales erratas, uno de los muchos desaciertos en que hemos incurrido.

ADVERTENCIA.

La obra PENUMBRA consumió todo, ó casi todo el papel expresamente fabricado para dicha publicacion y para el presente libro del Sr. Zahonero.

De modo que no habiendo alcanzado el papel para la conclusion de este libro, se hubo de recurrir á otro semejante, aunque más inferior. Las obras que se sucedan á ésta llevarán papel escogidísimo y se imprimirán con elegancia y esmero.

Debemos advertir que esta Biblioteca no ha repartido prospectos por razones de carácter privado que expondrá en su día.

Publicados LOS NIÑOS ESCLAVOS, mejorarán notablemente las publicaciones de esta Biblioteca.

EL EDITOR.

ADVERTENCIA

Los tomos que sucesivamente irá publicando esta [Bib]lioteca, tendrán el mismo volúmen y las mismas [con]diciones tipográficas que el presente, y se venderán [en] las principales librerías.

PRECIO DE ESTA OBRA

DOS PESETAS.

[L]os pedidos se harán á la librería de Donato Guio, [Ar]enal, núm. 14.

EN PRENSA.

LOS NIÑOS ESCLAVOS, coleccion de artículos originales de los Sres. Ginard de la Rosa, Ferrari, Senderos, Rodriguez-Solís, R. Chaves, N. Amorós, Redondo Orriols (D. Antonio), Sanchez Perez, Guardia (D. Ernesto), Acevedo y Huelves, Vera y Gonzalez, y otros, precedida de un prólogo de uno de los más notables publicistas españoles.

LA CULTURA

BIBLIOTECA-ORDAX

PASEO DEL OBELISCO, 3, PRINCIPAL, MADRID

Lógica de las Matemáticas, por Bain.—*Lógica de la Física,* por idem.—*Lógica de la Química,* por idem.—*Lógica de la Biología,* por idem.—*Lógica de la Psicología,* por idem.—*Insurreccion y guerra de barricadas,* por el general Roguet.

Un volúmen, 50 céntimos; diez, 4 pesetas; veinte, 7.